MEMORIA

SOBRE LA EPIDEMIA DE ANDALUCIA

EL AÑO DE 1800 AL 819.

POR EL DOCTOR ALFONSO DE MARIA

PROFESOR EN MEDICINA Y CIRUGIA.

CÁDIZ: AÑO DE 1820.

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO MURGUIA.

Oportet exâcte perdiscere unamquamque temporum constitutionem, et quemque morbum..... Hipp. De dieb. judic. p. 161. 1.

Cuando emprendo toscamente referir la Epidemia de Andalucia, no propongo una enfermedad reciente y especial, traida de la India; Africa ó América, que se esconde y se propaga por contagio; sino un morbo general, al cual por naturaleza estan sujetas ciertas localidades del Globo, y en busca de cuyo origen tendré que ampliar ideas reducidas hasta el presente.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/b28038721

ORIGEN DE LA EPIDEMIA.

Es dificultoso asignar la edad del mundo en que exerció la peste sus iniciales estragos, atendida la larga serie de siglos que media entre la obscura noche de la Historia. Moises, que una cronología razonable y divina coloca justamente entre los primeros escritores, menciona la peste, como el máxîmo castigo de la venganza celestial: leyéndose en la Biblia, que reusando obstinadamente Faraon la salida de los judios de Egipto, lo amenazó el caudillo de los ebreos con la peste sinonimo de muerte. *Nunc enim extendens manum percutiam te et populum tuum peste, peribisque de terra.* Exôd. c. 9. v. 15. Y en otro lugar del sagrado texto: *Percutiat te Dominus tumore, febre, et frigore, ardore et æstu, et aere corrupto ac rubigine.* Deuter. c. 28. v. 21. Hippocrates que concurrió á la consabida peste de Atenas, descripta por Tucídides, año 430 antes de la era cristiana dexó advertido: *Morbus regius acutus est et celeriter occidens.... febris et horror debilis habet.... et si quis erigat ipsum, aut alloquatur, non sustinet.* De dieb. judic. sect. 7. p. 160. Galeno, cuyo genio y saber fué superior á los médicos sus coetaneos y profesó esclarecidamente en la capital del Orbe, trece siglos antes del descubrimiento del nuevo mundo, describe nuestro tifo. *Ycterodes, hoc est, auriginosa febris ea est, quæ similem galgulo avi, quam Græci icteron vocant, colorem molitur.... Pestilens est.... bilis omnis generis vomitus.* Adscript. med. t. 1. p. 46. Y Boerhaave enseña: *Atrabilis aliquando in febribus epidémicis evomitur, quam nemo causæ ignarus sanaverit....* Prelect. Accadem. t. 6. p. 105. De lo cual se deduce, que habiendo sido connatural con las criaturas los males,

en su triste catálogo debió incluirse indispensablemente la peste, cual supremo entre los padecimientos humanos, sin que los climas mas bellos, distantes y bonancibles puedan descartar de en medio sus desventuras la aparicion de morbos epidémicos.

Á un vicio pues inherente en el aire fué ordinaria costumbre atribuir el manantial de la peste desde la mas apartada tradicion; tanto que en las santas páginas se usa la palabra *viento pestileute y pestilencia aire corrompido. Ecce ego suscitabo super Babilonem et super habitatores ejus, qui cor suum levaverunt contra me quasi ventum pestilentem....* Jerem. c. 51. v. 1. Y el grande Hippocrates decia: *Mortalibus autem vitæ et morborum aer solus est auctor....* De flatib. n. 6. p. 39. Y en otro lugar: *Mihi vero hi affectus divini quidem esse videntur....* De aer. aq. ec. p. 38. Luego los hombres sin otra filosofia que una desgraciada esperiencia, viendo que enfermavan á un tiempo y morian de tropel sin culpa de su parte, dominando cierto temple y cesavan de estar malos con el cambiamento de la estacion, descubrieron justamente que del aire procedia el principio de la peste entre las demas dolencias populares; mas no alcanzando ni comprehendiendo el modo como esto sucediese, recurrieron como en otras cosas ininteligibles á lo sobrenatural, al Firmamento. *Pestilens autem febris*, escribia Fernelio, *causa est pernicies, venenataque qualitas é sublimi, coelitusque demissa.* Mas apesar de los descubrimientos modernos poco ó nada, despues tanto tiempo, se ha averiguado de cierto tocante al escrutinio deseado.

Absolutamente la calor aunque excesiva no todos la reconocen causa suficiente para producir la peste. *Etiam Hispania licet calidíssima rarius peste infestatur, neque tam vehementer ac multis in locis....* Diemerb. de pest. t. 2. p. 37. En efecto la peste no devasta tanto durante la Canicula cuanto al aproxîmarse el Otoño. *Autumno morbi acutissími atque exitiales maxîma ex parte.*

Hipp. aph. 16. sect. 3. Ademas es bastantemente sabido no ser mui destructivos de la vida los efectos del calor, habiéndose comprobado en Francia é Inglaterra, que sin detrimento pueden subir mucho los grados de calor aplicados al cuerpo humano. Y Mr. Daxille advertia, «que mal aproposito se habian reputado las grandes calores de la Zona-torrida por causa primitiva de las enfermedades que resienten sus habitantes y especialmente los acavados de llegar de Europa, cuando la calor no hace mas que desenvolver la causa local, dàndole mas ó ménos impulso.» Observ. sur les malad. des Negr. t. 1. p. 7. et 19. No asi las veces que el calor se junta con la humedad, siendo suficientemente notoria la potencia y sorprendentes resultados del calor húmedo, y del agua transformada en vapor para los usos de las máquinas hidráulicas y procedimientos de la fisiologia patológica. Ademas si el calor preternatural infunde unicamente la peste, porqué los navegantes y nativos del emisferio del Sud, aunque hayan tolerado los insoportables calores de la línea, adolecen con la epidemia, cuando arriban á los puertos donde se padece?

Y procurando indagar el manantial de la peste cual terrible acontecimiento entre los grandes fenómenos del mundo, hace de considerar: que el calor conceptuese emanacion, modificacion ó el mismo fuego Solar, siempre constituye el único elemento y primordial agente de la naturaleza, y como tal entra en todas sus obras y composiciones. Asi cuando en su estado libre esparcido por la atmosfera ó en el de agregacion con la materia guardando cabal equilibrio en su distribucion, mantiene la armonia del Globo terraqueo y la permanencia de sus operaciones; mas si se aumenta ó reconcentra en demasia, forja entre otros colosales desastres, espantosos meteoros, tormentas, terremotos, volcanes, y la peste que aterra los mortales. Pero en cualesquiera circunstancias el aire atmosférico como medio mas diáfano

y por el cual atraviesan primero los rayos del Sol, esperimenta con antelacion y traspasa á las regiones y entes subalternos incluidos dentro su ámbito, los efectos violentos del calor cuando estraordinario. En segundo lugar la inmensidad de aguas que cubre la mitad de la tierra, presentando amplia superficie y masa para la concentracion é incorporacion del principio calorifico, manifiesta tambien en sus resultas perniciosas, la vehemencia con que reina sobre ella el planeta igneo. En tanto el hombre como produccion fisica de la comun madre Naturaleza sobre la haz del Universo, que se sustenta principalmente y está circundado de aire, participa á continuacion de la benignidad ó destemple de su influxo único ó misto con las exhalaciones del agua.

El calórico pues mientras escede en el aire turbando el balance que exîste entre los rudimentos que forman la atmósfera, los desune con su recargo, y por su mayor afinidad con el oxîgeno deja suelto el azótico. Á este radical desconcierto si se junta el que produce tambien un calor descompasado sobre las aguas, especialmente sobre las lentas y de poco fondo, sucederá aparte de la evaporacion acrecentada, la descomposicion de sus ingredientes, en cuyo proceso se desprende el hidrogeno por la misma atraccion del calórico al oxîgeno del agua. De consiguiente las comarcas en climas mas cálidos y en la confluencia de mar con desbordes de rios serán insalubres por causa de los vapores relentosos y sépticos. Alli las olas y mareas acarrean cúmulo de brosas que llegan á hacer bancos, y en las márgenes de rios arrastran los torrentes escombros y reptiles envueltos con el légamo y restos de plantas acuáticas; en cuyos sitios, que quedan descubiertos al retirarse las aguas en baja mar, y á medio secar al recogerse las riadas á su vertiente, comunican con la putrefaccion el efluvio de tufos pésimos, hidrogeno azótico y carbonoso, llamado por Volta *aire inflamable de pantanos*. Verificandose asi

en todos los puntos del mapa, por exemplo en el bajo Egipto á la desembocadura del Nilo en el Mediterraneo, en las paludes pontinas á la introducion del Tíber en el mar de Toscana, en la baja Ungria á la entrada del Danubio en el mar Negro, en la costa de Guinea al desagüe del Gambia en el Atlántico, en la Pensilvania (su capital Filadelfia) al ingreso del Dalaware en el Oceano, en la Andalucia baja á la salida del Guadalete en el golfo Gaditano &c. Luego estrivando la salubridad de los climas sobre los requisitos del calor y de la localidad, aquellas regiones están espuestas á la peste, donde los efectos tópicos se encadenan con los del aire.

Sobre nociones tan generales y sabidas resta cotejar la situacion topográfica de Cádiz y su provincia marítima para inferir su supuesta insalubridad. Es notorio que se halla fabricada esta Hercúlea colonia de fenicios y romanos acia la estremidad meridional de Andalucia cercana al grado 36º. 31' 20" latitud Norte, sobre una isla plana de arenas y escollos á nível del mar, y unida al Continente por un costoso arrecife de piedra levantado sobre su Istmo. Un playazo desigual no todo neto de algas y mariscos, lodoso con remansos, queda en seco dos veces al dia en las horas de marea vacia, desde el canal de bahia y su seno hasta el castillo de Sanctipetri (cuatro leguas al Sud de la ciudad.) Juntamente un semicírculo de 30 leguas de llanura fértil desde Sevilla á Conil se vé entrecortado de marismas, alvinas, esteros, caños y salinas: cuyos estanques son formados por las crecientes del mar y de los rios Guadalquivir, Guadalete y Balbate, y por las lluvias embalsadas. Asimismo, el Levante conocido desde la antigüedad infausto al Emporio Gaditano y molesto aun á los sanos, contribuye con su condicion ardorosa y direccion de efluvios acia Cádiz al empeoramiento del aire, á lo que puede agregarse el rebervero de la superficie llana y cristalina del mar los dias de calma. Á las indicadas imperfecciones

territoriales si se añaden las urbanas de Cádiz (reputándose tales) haber realzado muchos edificios y redoblado los apartamientos de casas para subvenir á la estrechez del recinto, permanente la angostura de calles y congregado muchas familias encaramadas: aparte de la reciente construccion de husillos bovedados, que si han intervenido á ermosear tan primorosa Ciudad, tambien por falta de declive y aguas subterráneas se atascan en ellos las posas durante el verano, y mantienen una fumigacion méfitica; se advertirán las concausas permanentes que obran en menoscavo de la salubridad de Cádiz; mas relevantes despues algunos años que las temporadas de invierno son tan templadas casi como la primavera, sin esperimentarse la furia de los equinocios y del solsticio de invierno, en que la mar bravia derocaba las murallas y las tormentas atemorizaban á los mas impertérritos.

Cierta ó precaria la salubridad de Cádiz, no es escasa la memoria de las grandes pestes que ha sufrido. En confirmacion, desde la quema del archivo capitular por los ingleses en el saqueo del año 1596 bajo el mando del conde de Esex, se conservan registradas las épocas de peste en 1599, 1649, 1680 y 1730, que coinciden con dos anteriores recordadas por el cronista de *Cádiz ilustrada* los años 1507 y la de 1582, que duró tres años y pasó de catorce mil el total de muertos, habiendo quedado solo un prebendado en la Catedral. En una de estas pestes se especifica el síntoma del vomito negro *parecido* al que se tolera en el Nuevo-mundo, y en otra se destinó la isleta de S. Sebastian para *descontagiar los géneros*. Hállase caval noticia de tan melancólicas comparecencias en la *Epidemiologia Española*, y recuerdo de otro *vómito oscuro* traido de América en la *crisis epidémica* de Málaga, compuesta por el Dr. Rexano año de 1741. Sin echar en olvido la epidemia del año 1764 contenida dentro el casco de Cadiz, y limitada

á los pavellones: tan exâgerada su declaracion y abultado el estado necrológico por el médico irlandés Magüer, pero relatada en verdad en un pliego manuscrito en latin por el Proto-médico de la Armada el Dr. Salvaresa.

Siendo evidente que por desconcierto en el aire suceden las constituciones epidémicas, el procedimiento de la pestilencial se uniformara con la revolucion de las estaciones á similitud de otros objetos naturales. Y asi como muchos seres de los reinos animal y vegetal se entorpecen y despojan en el invierno para vigorar y brotar con el retorno del calor, igualmente la fiebre tropical varia sus phases: no aparece ó bastarda durante el rigor, mas si precede un invierno templado, y el estio se anticipa ó mas caloroso, á mediado de Junio empieza á manifestarse con caracter bilioso, y engradeciéndose en la canícula, acia mediado de Agosto se hace epidémica y maligna por un trimestre, cargando por Octubre para declinar con el mismo orden retrogado y debilitarse pasado el solsticio de Capricornio, cuando la reduccion del calor por la conversion del círculo solar, lluvias y nieve han concertado el estado atmosférico. *Mutationes temporum potissimum pariunt morbos, et in quibusdam tempóribus magnæ mutationes caloris...* Hipp. aph. 1. sec. 3. Luego hasta corridas las épocas señaladas, no estan exêntos de caer con la calentura, los que demoran su salida ó regresan temprano á los sitios en que se padece la fiebre tropical. Yo presencié en Rota dia seis de Enero 1801 la muerte de un dependiente de rentas con vómito negro al segundo dia de haberse retirado de la campiña donde habia permanecido tres meses por evitar la epidemia. Y sabido que las poblaciones grandes son menos sanas que el campo por la notoria impureza que se agrega en las ciudades al destemple del aire, siempre se tendrán por mas seguras las personas que durane la peste permanecen lejos.

Este curso interpolado de la peste al principio engañoso y constriñido, y en adelante espándido y devastador acarrea con frecuencia á los médicos la responsabilidad de tamaño infortunio, culpando á su indecision y equivocado juicio el esparcimiento del mal, como si estubiera en poder de ellos impedirlo, ó fuese cosa indiferente alborotar un apacible pais y condenarlo á las penalidades de la incomunicacion por casos al comienzo ambiguos y circunscritos. Por haber declarado con anticipacion cuatro médicos la ruidosa peste de Marsella año 1720 fueron injustamente insultados por la pleve y las esquinas se llenaron de libelos contra ellos. Por anunciar otro esperto profesor la peste en Messina año 1743 tuvo que refugiarse á la iglesia perseguido de la gentualla y abrumado de sátiras y dicterios. ¡Ojalá fuesen únicos tales exemplos en los anales de la medicina! En tanto el clandestino progreso y variada presentacion de este mal ocasiona la disculpable contradiccion de los facultativos al principio, hasta que el esparcimiento popular los saca ya tarde de la incertidumbre y del engaño involuntario.

Asimismo donde una causa general opera en circunstancias análogas, por precision las consecuencias deben suceder identicas. Tal se confirma respecto á las embarcaciones reputadas como pueblos ó casas fluctuantes cruzando el Atlántico ó el Mediterraneo por apropiados paralelos en tiempo de estio. Allí se desembuelven los mismos gases perniciosos que en tierra, promovidos por la causa imperiosa del calor atmosférico, y por la tópica de la calor humeda de la bodega, vaho encerrado de entrepuentes y camarotes, agua parada ó podrida de las bombas y de la quilla, sitio reducido, respiracion de gente apeñuscada, inmundicias, falta de aseo, y uso de ropa lanar tosca. «Y como las fiebres malignas se engendran facilmente en medio de una tripulacion numerosa amontonada en bageles poco aseados, el principio de una epidemia se cuenta las mas veces desde la llegada de una escua-

dra. Entonces en lugar de atribuir el mal al aire impuro que contienen los buques sin ventilacion, ó al efecto que un clima ardiente y enfermizo imprime en gentes recien desembarcadas; afirman que han dimanado de un puerto, por el cual la escuadra ó comboi ha pasado.» Alexand. Humbold Minerv. t. 2. f. 364.

Se ha creido que las famosas pestes que refiere la Historia derivaron siempre de Oriente, mientras en época mas reciente se culpa al nuevo emisferio de otra análoga malatia formidable, distinguida con el epiteto genérico de *epidemia*, asi como en un tiempo se atribuyó á las Cruzadas la importacion de las viruelas desde Siria, y á los españoles de Colon la introducion de la lue venerea desde las Antillas. El mismo Dr. Chisholm, el mas circunspecto espositor de la fiebre maligna pestilencial, opina primeramente contra el parecer de los médicos franceses Desportes y Chevalier (quienes suponen la fiebre amarilla conducida á la América desde las posesiones de Siam evacuadas en 1688) que la calentura se procreó á bordo del propio navio frances la Oriflama, empachado con los miserables colonistas durante un molesto y largo viage; y luego se esfuerza probar, que la pestilente pajiza de los años 1793, 94, 5 y 6 (derramada por las Antillas y de allí á los Estados-unidos) fué llevada por el navio Hankey procedente de Boulam en la costa de Guinea á la falda de Sierra-Leona. Con parecida irregularidad se imagina en Europa, que el *vómito negro* se trae del Seno Mexicano, Costa-firme é Islas, a semejanza de una mercancia; sin reflexîonar, que por la misma razon de manifestarse allí la epidemia al arrivo de navios ó convoyes de Cádiz pueden decir la reciben de España, inculpándonos reciprocamente como en Turquia.

Nuestros cronistas Torquemada, Cárdenas, Garcilazo, Bárcia, Solis y Herrera nos han transmitido noticia de horrendas pestes entre indios, sin caracter singular, dimanadas de causas ordinarias, no consiguiente *á las ca-*

restias y escenas de sangre excitadas por los españoles, que segun Robertson, *manchan nuestros anales*. Es fama que el vomito negro no se conocia en Cartagena de Indias, ni en toda la Costa-firme hasta los años 1729 y 30. Sobre el *vómito fusco* epidémico y frecuente en los puertos de las Indias Ocidentales dió á la prensa un tratadito en 1753 D. Juan de Gastelbondo, médico de Cartagena de Indias, quien por espacio de 40 años se habia dedicado con preferencia al estudio de tan terrible indisposicion. D. Antonio Ulloa cuenta una grande epidemia que se declaró en Guancavelica acia fin de Julio año 1759. Los médicos Dominguez y Oyarvide escribieron en la Havana en 1794 y 1801, afirmando, que la fiebre amarilla la habian transportado del Norte-América. Pero es digno de aprecio un pequeño *tratado teórico-práctico del Tiphus á calórico*, que se ha dado á luz en la Havana, obra póstuma de D. Francisco de Córdova, y de cuya apreciable composicion entresacare algunos periodos.

Se controvierte, si la peste establece una calentura especial, un morbo singular, ó si le comprende otra consideracion diferente. Y principiando por los escolásticos distinguieron las voces *peste*, *pestilencia y malignidad* á medida de los grados de pravedad, colocando la peste en el superlativo de la perversidad. Mas concediendo que ni la razon de mas á menos, ni la mutacion de nombres, la forma, ni los acidentes componen un atributo capaz de cambiar la identidad de cosas, concluye un anónimo: » que indevidamente los autores de medicina hicieron de la peste un órden particular de fiebre maligna, podiéndose con justo título calificar de tal, todas las calenturas maliciosas y epidémicas que ocacionan suma mortandad: el uso habiendo autorizado la palabra peste para significar cualquier mal relevante, que en breve plazo estermina gran número de vivientes.» (Trait. des fiev. malig. et. pestil. t. 1. p. 110 et 201.) Apoyan otros el enunciado dictamen con la sancion de Galeno, quien canonizó de

peste toda epidemia perniciosa, dando á entender, que cuanto estremadamente ocurre en la peste, tanto con menos abatimiento sucede en el tifo. (De vict. ration. com. 1. p. 109.) Asimismo escritores mui exâctos sostienen, que estrechamente hablando la peste no tiene diagnóstica absoluta, que dada decida su presencia y quitada desvanezca su sospecha, ni que sea necesario para su declaracion la multitud y prontitud de muertes, una fiebre peligrosísima, las landres ó anthraces, las manchas purpureas, &c. en vista que la ruidosa peste de Athenas, la de Ungria de 1566 y el sudor anglicano del 1436 fueron pestes sin tumores. Sin embargo semejante erudicion se reciente de la confusion de la edad media, y está poco conforme con el espíritu pirrónico y observador del siglo XIX. por lo cual no me detendré de un todo en rebatirla, ni repetir lo que la esperiencia imparcial ha rubricado varias veces. «Los bubones y los carbunclos son dos signos diagnósticos de la legítima peste, su aparicion por separado ú en concurrencia no deja equívoca la condicion de ella, pero fatal ha sido el error de pronunciar, que por su falta ninguna dolencia puede ser pestilencial, cuya deduccion ha aniquilado naciones enteras, cuando temprana precaucion hubiera probablemente arrestado su esparcimiento.» (P. Russel teat. of. the. plag. p. 112.) *Ex bubonibus omnes febres malæ.* Hipp. aph. 55. sect. 4.

Sobran pruebas que confirman no ser la peste una dolencia especial, ni una enfermedad rara de aquellas misteriosas familias que afligen la humanidad, sino una calentura popular exâltada que se manifiesta con efectos desiguales en violencia, celeridad y estrago, comparativamente mayores que en las demás fiebres perniciosas. Demostrando igualmente la práctica, que las calenturas desde la efimera mas simple á la malignante mas insidiosa se incluyen en el mismo género de malatia, modificándose á compas de las circunstancias, intemperies, individuos &c. Y como dice sabiamente el Dr. Clark: «Si

exâminamos de cerca los supuestos géneros de flegmacias, veremos, que no hacen mas que espresar diversos grados y estados de la calentura, amoldados á las causas generales. La mayor parte de las fiebres manifiestan al comienzo casi los propios síntomas, mas en diferentes periodos aparentan pertenecer á distintas ramas de pirexîas, del mismo modo que el fuego constituye siempre el mismo elemento aunque desprendido por friccion, efervescencia, combustion, electricidad &c.» (Observ. on the diseas. volum. 1. p. 146.

La fiebre tropical aparte de otros requisitos que la simpatizan con la peste, guarda una escala de atribuciones peculiares, á alguna de las cuales no puede darse completa solucion. Comparece en verano y se debilita en invierno. Domina en paises cálidos, donde el thermómetro de Reaumur sube de 26 grados. Se padece en el trópico de Cancer hasta la latitud de 38 grados. No se observa en la América Meridional, ni en las costas del mar Pacífico. Tampoco se interna que á 15 leguas del mar. Liberta á los negros y acomete una vez solamente.

Aunque hai noticia de haberse manifestado la peste de bubones á 50 grados latitud Norte segun consta de la renombrada de Nimega en los Paises-bajos año de 1635 que asoló la Bélgica por espacio de tres años, y describió largamente Diemerbroek, deve tenerse presente, que entonce el calor fué alli estremado y estraño, en un terreno el mas inundado de Europa por el remate anegadizo del Rhin, Mosa y Wahal. En la peste de la ciudad de Moscow, situada á los 55 grados, no menciona Saimolowitz la temperatura del aire, estado de localidad &c.

La peste de bubon y de vómito negro desaparecen del Emisferio Austral, quizas por ser aquel polo y Occeano mas glaciales, y estar dividida longitudinalmente la América Meridional por la elevada cordillera de los Andes, cuyos riscos los mas empinados del Mundo y cubiertos de eternas nieves sombrean y refrescan el aire;

en lugar de los piélagos sabulosos del Africa Boreal, batidos por los rayos verticales del Sol quemante que abrasan y secan el terreno, comunicando aun á los vientos que de alli proceden el mismo incendio. Sin que sea fácil esplicar, porqué á 15 leguas de mar intermedio de Tanger en la costa de Marruecos se sufre la peste con afectos glandulosos, y en Cádiz y costa de Andalucia se padezca con perversion atrabilaria? No habiendo memoria se hayan promiscuado alguna vez ambas formas de apariencias. La naturaleza es un laberinto, nacemos dentro de él, mil caminos nos guian al error, y por desgracia aquel que dirige acia la verdad, es del que mas desconfiamos.

«Engendráse la peste y el vómito en los parages adecuados de costas, cuando los habitantes del interior bajan en la estacion mui cálida y se detienen algunos dias en esta ciudad (la Havana) en donde la padecen con igual fiereza que los forasteros. Esto mismo sucede en el virreinato de México con los que viajan de los puertos internos al de Veracruz, y en los que desde el interior del de Sta. Fé de Bogotá vienen á Cartagena de Indias, y deve atribuirse á que todos los paises internos son frios ó á lo menos no tan calientes como las playas, tanto por la mayor elevacion que tienen sobre el nivel de ellas, como por hallarse mas ó menos proxîmos á cordilleras cubriertas de nieve..... En las ciudades y puertos de comercio se vicia mas el aire por el numeroso vecindario, estrechos y elevados edificios, abundantes hornos y herrerias.... en el campo circula mas libremente el aire y es mas sano por la perenne renovacion y aire vital que se separa de los vegetales mediante la luz.» (Cordov. del tiphus &c, p. 44.) Por identica paridad nuestros paisanos visoños arrivando á las Indias Ocidentales pagan tributo al clima sufriendo la *chapetonada*, dicha asi del nombre *chapeton* que dán al español novato, y ser aquella la primera enfermedad que le acomete. Por esperiencia se

computa en España y en America á 15 leguas del mar el espacio en que se estiende la epidemia, disipandose á tal lejania la area de los vapores dañosos; corroborándose la seguridad si á la mencionada distancia circunvala un cordon de montañas, tal en Andalucia Sierra-morena y los montes de Ronda. Españoles que hicieron residencia en la capital de Mexico han fallecido con la epidemia en Cádiz, corriendo la comun suerte adversa de padecerla grave con los que vienen del trópico de Capricornio.

La fiebre amarilla eceptua los negros, indios y gente de color, mulatos, zambos, gitanos, pardos y mestizos. Ya los Doctores Lining y Jackson llevados de una constante práctica habian enseñado, que negro bozal traido de la costa de Africa estaba libre del *vómito*, á menos que viajase despues á mas altas latitudes; porque entonce avezado á la dieta, vestidos y costumbres insólitas, está sujeto á la epidemia en su retorno á las Islas. Rush vió en Filadelfia negros con la fiebre amarilla, y añade habersele muerto alguno nacido alli. Yo los he medicado aqui con la epidemia leve, procedentes de Portugal y naturales de la Isla de Sto. Domingo. Se sospecha, que la complesion que en los climas cálidos liberta á la estirpe negra de la fiebre pestilencial, pierde este privilegio en pais frio por la merma de oxîgenacion, y por el desvanecimiento de la diathesis oportuna adquirida á beneficio de los poderes laxântes del calor, sudor, &c. La referida inmunidad no encierra arcano al reflejar, que por la contraria razon fisica de estrañar mortalmente la epidemia los moradores de un temple helado, no lo contraen los nativos del pais mas cálido. Las criaturas aclimatadas desde su infancia á vivir en un pais cercano al polo, soportarán un frio intenso mas bien que los criados vecinos al Ecuador, quienes transportados á la Zona glacial estarán mas dispuestos que los indigenos á contraer morbos inflamatorios, cuando los primeros adquirirán en los paises meridionales con mayor pronti-

tud y fuerza indisposiciones disolutorias.

El tostado africano en su Pais natal desnudo goza frescura á los rayos del sol quemante, y embarnizado de un sudor untoso duerme en cueros con perfecta seguridad bajo el ancho pavellon del Cielo, cubierto únicamente con el tenebroso manto de la noche. De dia trepa los árboles para coger su cuotidiano sustento, cuando los europeos y criollos necesitan de confortativos y reservas en América á fin de conservarse integros. Los descendientes de negros disfrutan menoscavada la prerogativa consabida por la degeneracion de su casta; asi como los criollos en Indias y los gaditanos en Europa estan obligados á su connaturalisacion con un calor aproxîmante al de la línea, de la moderacion con que padecen la epidemia, contraendola regular en ocasiones de gran devastacion. De ocho marroquies enfermos con la epidemia en Cádiz este año 1819 uno falleció, y los demas la pasaron con suavidad, segun me informó uno de ellos.

«El hombre que en la cadena de los seres forma el primer eslabon, está sujeto á las mismas leyes que las producciones que se transfieren á temples distintos, que pierden de sus calidades ó se destruyen..... no pueden ir á situacion contraria sin esponerse á perder la vida..... los que pasan por esta fuerte prueba, si salen bien de ella quedan como amalgamados entre el nuevo orden de agentes que deven circuirlos..... por la misma razon el tiphus no afecta á los europeos aclimatados, ni á los criollos que por haber nacido y vivido continuamente en aquellos paises y estan debilitados por una seguida accion de calor, gozan de una fibra mui elástica.» Está averiguado que los habitadores del polo viven poco en las regiones Equinociales. En la peste de Siria fueron sorprendidos con mas velocidad y violencia los franceses del Norte de su *Republica*, que los del Mediterraneo: alli la infanteria por causa de su mayor trabajo fué mas vejada por la peste que la caballeria. Muchos de nuestros compatriotas que

vienen de la montaña y de las provincias Septentrionales de España á Cádiz, estrañan la primera vez el clima, adoleciendo de calentura gástrica, y sufren cruelmente el tifo en tiempo de epidemia en comun con la pluralidad de forasteros, siempre en razon compuesta de su cercania á latitudes heladas. Tambien está comprobado, que los ancianos que van á América, rejovenecen en aquel emisferio, y prolongan su vida mas allá del periodo ordinario: deviéndose tal metafórmosi al calor, que le proporciona estímulos bastantemente moderados, y mui propios á mantenerlos en el grado conveniente con que se remozan y robustecen.

»Se cree comunmente que la persona que una vez padece este tiphus está inmune de él en lo sucesivo, del mismo modo que se verifica con las viruelas, y yo soi de esta misma opinion por haberlo manifestado asi la observacion; mas para que esto suceda, es indispensable se haya sufrido con rigor, por que cuando ha sido pequeño el ataque, esto es, que sus síntomas sean tan leves y poco peligrosos que no lleguen á amenazar la vida del enfermo, como sucede ordinariamente en la estacion fresca de estos paises, acomete luego cuando el calor sube en el estio con la misma seguridad que á los que no la han pasado..... de manera que muchos de los que en la primera ocasion la tubieron benigna, volvieron á padecerla maligna y mortal en la segunda..... Por regla general padecen esta fiebre los recien venidos á los pocos dias ó meses de su llegada á estos paises cálidos, mas para poderse creer prudentemente libres de ella, es indispensable pasar un año entero sin salir de ellos...» Cordov. p. 98. Rush asegura que los indigenos que se repatrian despues diez años de paises menos equinociales, están propensos á padecer de nuevo la fiebre amarilla. Tambien se han visto aquí sufrir calenturas estacionales en la temporada de epidemia, á los que en otra época la sufrieron con fuerza. Nunca hace de confundir la reinfeccion con las recaidas.

CONTAGIO.

El problema mas agriamente disputado de la fiebre amarilla recae sobre el *contagio* advenedizo y doméstico, en cuyo médico debate ha intervenido principalmente la facultad Anglo-Americana, sacando á favor de su partido cuantas razones fisicas han ocurrido desde la mas apartada tradiccion sobre la negativa de transmitirse el contagio de la peste: siendo lamentable que médicos distinguidos por su espiritu de liberal y cándida indagacion difieran unos de otros, y á corta distancia de si mismo tocante las indisposiciones miasmáticas, las cuales han sido siempre el azote de la raza humana por el estrago é influencia sobre el comercio y comunicacion entre los pueblos. Al paso que tambien es otra melancólica certeza que las débiles é indeterminadas nociones que la medicina ha abrazado acerca la contaminacion, no han consolidado los medios de su segura precaucion. Nada satisfactorio ni claro han dejado escrito los antiguos, y los mas ingenuos han confesado la imposibilidad de adelantamiento. Indistintamente desde los dias del grande Hippócrates se han aventurado los hijos de Esculapio con poco suceso, recurriendo á un *principio deletereo*, *atomos sépticos*, *prevaleciente virulencia*, *inquinamento*, *estímulo que consume la incitabilidad*, &c. Donde tan solo un juicio imparcial cimentado sobre rudimentos filosoficos y profunda meditacion pueden decidir el argumento mas arduo que ofrece la medicina moderna, y cuya decision aparenta oponer una barrera insuperable á los triunfos del arte, segun el divino provervio *Nec habebit ultra medicinam.* Cap. 6. v. 15 Recelo que por una equivocada interpretacion en los procedimientos de la Naturaleza, un defecto atmosférico peculiar á ciertas localidades se ha convertido en ente abstracto y portatil con el epiteto de *contagio*, envolviéndo é identificando el efecto con la causa.

Yo no indicaré el capricho de los médicos astrólogos, ni diré los ridículos juicios de la gótica ignorancia forjados allá en los espacios imaginarios de tanto visionario, quienes no entendiendo un mal tan grave como la peste, volvieron sus miras á las regiones empíreas, imputando su origen á la ira de los Dioses, á maligno influxo de los astros, á conjuncion ú oposicion de planetas, á eclipses, cometas, constelaciones, arte mágica, hechiceria, maleficios y equivalentes desatinos. Tampoco mencionaré el pensamiento de otros fanáticos, los cuales no satisfechos con los quiméricos atributos de las causas etereas, bajaron á las vanas revoluciones del mundo sublunar. Igualmente frívolas é insignificantes fueron las supercherias acerca los prestigios y supersticiones de amenazar peste por la observacion de las estrellas cadentes, encendimientos fosfóricos &c.

En tanto los que admiten ideas de contagio en toda acepcion y derivan su etimologia de *á contactu*, creen que un cuerpo inficionado contiene el germen y difunde excentricamente una esfera halituosa de su lue imperceptible y transmisible á otros individuos sanos y á las materias porosas, capaces sucesivamente de retener el fomes, asimilar la levadura, desarrollar y derramar las partículas ó átomos, acia cuanto se aproxîma á su foco, *mediata ó inmediatamente*, es decir, por el simple tocamiento con el apestado, ó por la interpolacion de personas ó cosas inanimadas que estubieron en la cercania del inficionado; interviniendo pasivamente el aire en la mayoria de casos, á guisa de menstruo ú vehiculo para la conservacion y conducion de los demás cuerpos saturados con las semillas del contagio. Al contrario los que desechan el contagio, fijan su principal reparo, en que los médicos de la antigüedad ó no hablaron, ó apenas obscuramente del asunto, y que fué un disparate de Fracastorio y sus secuaces, acogidos únicamente en la doméstica ignorancia de una opaca política, haber forjado semejante doctrina.»

«Muchos enfermos que al principio sufrian la infeccion bastante ligera, ofrecieron la reunion de síntomas desagradables, inmediatamente que se servian de la cama, cobertores y efectos de otros enfermos. Cuanto mas gravemente estaba un doliente, tanto su cercania se hacia mas contingente y de peor condicion, por lo cual dispusimos lugares separados en los mismos lazaretos. El contacto, el aliento, la transpiracion y el sudor eran otros tantos conductores por donde el cuerpo animado propaga la infeccion. Nada de cierto se ha asegurado con relacion al tiempo necesario para desenvolverse mas tarde ó temprano los efectos del veneno pestilente.» Mr. Pugnet. Mem. sur les fievr. de Levant. p. 180.

«Yo no me detendré en refutar á los que admiten contraria opinion del contagio, y pretenden justificarlo con citar algunos exemplos de comunicacion mui directa sin resultar contaminacion. Ellos pueden decir otrotanto de la viruela y de otras malatias que hasta hoi han sido declaradas contagiosas. Tambien podria yo oponerles un mayor número de hechos conocidos y ciertos. Ocho franceses en Caifás se transmitieron sucesivamente el germen de esta dolencia por haberse traspasado una peliza. Cinco ó seis sujetos la contraxeron en Jaffa, gastando pañuelos de cuello de un boticario muerto todavia caliente, que tuvo bubones en el cuello, y perecieron todos del 3.º al 6.º dia.... Pero será contagiosa cuando ahorra tan escrupulosamente á cuantos se acordonaron y busca victimas entre el tropel de la turba? Los ingleses despues de efectuado su desembarco, se atrincheraron este año en los puntos menos sospechosos del territorio egipcio: ellos no se comunicaban sino con infinitas cautelas, abroquelándose por todos los medios que la prudencia Europea sabe oponer á la propagacion de la peste. Vanas precauciones! Inutiles empeños de la cordura! En arribando á Egipto, es menester cercarse totalmente ó pagar tributo al contagio que rige. La enfermedad

persiguió con furor á los sirvientes de los oficiales ingleses, á todos agarrava y morian; de forma que tubieron que substituirle turcos ó egipcios, quienes menos circunspectos y mas acostumbrados á la influencia del clima eran economizados.» Idem. p. 126. et 133.

«Las fiebres pestilenciales, dice el Dr. Assalini (histor. de l' Arm. de Orient. p. 88. et 247.) ó mejor dicho la peste ya que és tiempo de darle á las cosas su verdadero nombre (despues que ciertas consideraciones políticas no impiden mas hacerlo) ha sido á la fin embestida, estudiada y manejada por muchos médicos..... La peste es evidentemente contagiosa, pero la trascendencia de esta infeccion es tan inexâctamente conocida cuanto su naturaleza específica. Los cadáveres no pueden traspasarla. El cuerpo en la calor y mas en el trasudor febril ha parecido comunicarla mas facilmente. Se ha visto cesar el contagio pasando de una á otra rivera del Nilo, y un simple foso ha arrestado la devastacion. Sobre observaciones de este género está fundado el ventajoso aislamiento de los francos.»

«No hai enfermedad sobre la cual el influjo del clima y de la estacion sea tan conspicuo como en la fiebre amarilla. En las Islas y parages dentro los trópicos donde la enfermedad es engendrada, los fisicos que practican en aquellas partes, no tienen idea sea contagiosa, por motivo que rara vez ataca á los naturales del pais... Numerosas observaciones prueban que es altamente contagiosa, las veces que conducida á otros paises, especialmente á populosas ciudades construidas con calles angostas y en ocasion que la calor es igual ó excede al de los climas tropicales. Para exemplo de lo referido el lector puede ver á Lining en la narracion de las muchas ocurrencias en Charleston, publicadas en el 2.° volumen de los fisic. y liter. Ensayos de Edimburg." Medic. Reposít. t. 7. p. 61. «El temor y la ignorancia pretendieron probar, que aquella enfermedad era estacio-

nal y no contagio específico; pero los partidarios de semejante pensamiento tienen la desgracia de confundir una pirexîa dependiente de la estacion y del clima con otra verdaderamente pegajosa. Cathrall y Currie que escribieron en el año 1794 procuraron destruir las objecciones, y se confirmaron en lo que tienen declarado anteriormente en apoyo del contagio ultramarino.» Luzuriaga. Bosquejo medic. ec. p. 148.

El Dr. Diaz, inspector de epidemias en Caracas, en un docto manuscrito suyo que me regaló, se esplica así. «La fiebre amarilla fué contagiosa, verdad comprobada con los pasos de su propagacion, y con una série de patentes hechos. Si es un caracter imprecindible de ella, si el contagio es negado á su exîstencia, y si la afirmativa de esta propiedad es puro efecto del sobresalto y preocupacion, fueron qüestiones controvertidas entre los primeros profesores que la han exâminado de cerca, mientras que su reino parecia limitado á las Antillas, á otros lugares de la Zona-tórrida y al suelo de la Pensilvania. Pero despues que como un torrente se ha dejado caer sobre las fértiles costas de Andalucia, y sobre algunos puntos de Italia, los hombres y los gobiernos convencidos intimamente de su caracter pegajoso han tomado todas las precauciones que exîgia una parte tan importante de la pública seguridad, y dado al desprecio como debian opiniones contrarias, dictadas solamente por falsos raciocinios, esperiencias equivocadas ó criminal deseo de manifestar sabiduria en defensa de peregrinas proposiciones. Aqui fué contagiosa de un modo que hasta los mas infelices é ignorantes del pueblo en que dominó, no dudaron confesarlo..... Se vió entonce que el contagio de esta fiebre no obra á distancias considerables.... Asi no creeré jamas que una enfermedad contagiosa deje de serlo por manifestarse en Spitzberg ó en Damasco, en las heladas cimas de los Andes ó en los abrasados arenales de la Arabia. De estos principios concluiremos, que

la fiebre amarilla legítimamente caracterizada es contagiosa en cualquiera parte del Mundo que aparezca, pues que lo han sido la de 1794 en esta ciudad, la de Valencia en 1800, la de Puertocabello en 1802 y últimamente la de Victoria de 1804.»

Corriendo años hasta el de 1793 estubieron por el origen exôtico de la fiebre amarilla los esclarecidos medicos Anglo-Americanos Rush, Mosseli, Miller, Pascalis (que estuvo en Cádiz el año 1805) Phineas &c. afirmando que una vez por medio de un estuche de navajas de afeitar, y otra por la chaqueta de un marinero epidémico se habia introducido la calentura pajiza en su tierra desde las Antillas. Ademas se alargaron á presentar la tabla de afinidad que guarda la calentura ictérica con respecto á la peste y á otras fiebres malignas en orden á contagio; mas posteriormente estos mismos por ingenua conviccion ó por las razones del docto Senador y médico Samuel Lathan Mitchill abjuran la *erronea opinion y popular engaño*, esforzando probar, que el tifo icterodes es indigeno de la América, y nace en el seno mismo de las ciudades populosas y bodegas de navios. Tanta ha sido la influencia política de las teorias del Dr. Mitchill en un pais donde se admira con razon la sabiduria de los magistrados. Este ingenioso médico repele elegantemente «la prevaleciente falsa opinion de las exhalaciones contagiosas de la fiebre amarilla y conceptua de despropósito el clamor de la *importacion* del contagio, á la par que desprecia los términos triviales de *peligro*, *comunicacion*, *reparos de la infeccion y enfermedad de distantes paises*, que ha dado lugar á una práctica erronea en los esfuerzos hechos para destruirla y en las medidas á fin de alejarla..... La especie humana ha sido tratada como si la putrefaccion de un cuerpo tuviese un esparcimiento ú animilante poder para volver podridas las cosas en su cercania; pero no han considerado como plenamente deberian, que despues pasada la putrefaccion y aun durante su pro-

cedimiento, los vapores producidos con referencia á las substancias inanimadas son á lo menos grandemente antiputrescentes. Por exemplo el aire fixo tan copiosamente desprendido entonce, es justamente el reverso de una putrescente operacion, y la verdadera fuente del séptico (nítrico) acido y del alkali volatil.... Los fluidos pestilenciales siendo asi la desendencia de un séptico proceso, de donde derivan su nombre y título, ellos son antisépticos en sus efectos, y minan la salud impidiendo la respiracion, interponiéndose en la digestion, mezclándose con la sangre, estimulando sucesivamente el corazon &c. mas nunca por alguna operacion sobre el cuerpo humano que se parezca á la vulgar nocion de la corrupcion.» Medic. Rep. t. 2. p. 234.

Como si por trocar dictámenes cambiasen de condicion los males, á la calentura pajiza que se le atribuyó antes un *contagio específico* se le rebaja hoi simil atributo pésimo, y se desmiente su contaminacion cual *ideas inveteradas*, al propio tiempo se asegura su *doméstica generacion y simple infeccion* en comun con las demás fiebres en cualesquiera lugares insalubres. De tal modo que Benjamin Mosely una vez esforzado contagionista, desecha en la actualidad la *envejecida médica supersticion y credulidad* que señala el nacimiento de la peste ó fiebre pestilencial pandemica á un contagio exportado de una á otra parte del Mundo, y reputando *bárbaras é ignorantes* las mas de las precauciones de sanidad, publica y no teme asegurarlo asi, é incurrir en la nota de temerario al lado de medrosos y apocados, quienes adoptan máxîmas y tradicciones sin exâmen, añadiendo á continuacion. «Tales son mis sentimientos, y esta la manera que tengo de servir á mi patria, despojado de las estrechas nociones de una vulgar preocupacion.» Por decontado en varios pasages de la voluminosa obra *Medical Inquiri of New-York* se nos trata á los médicos españoles en el mas miserable concepto, menospreciándonos entre la falange

de los principales contagionistas, *importadores*, *abogados*, *apóstoles y mártires del contagio.* «Ellos imaginan (los españoles) ser tal su situacion topográfica, que los expone constantemente al contagio de la peste por el lado de Oriente, y de la fiebre amarilla por la banda Ocidental... Tal es una desastrada opinion.... Los médicos franceses que estuvieron en Cádiz el año 1801 dieron la alarmante relacion de haber sido importado alli el contagio desde las Indias Ocidentales, y de su semejanza à la fiebre amarilla de los Estados-Unidos. Esta obra la compusieron del informe de los médicos españoles, y por lo mismo es cosa fácil comprehender el *aprecio que debe dársele.*»

Últimamente el Sr. Córdova pretende: «quitar un terror pánico que consterna los pueblos y proporciona la tranquilidad que su asercion les infunde, y como la decision es un punto tan interesante á la humanidad y especialmente á las posesiones españolas, en la que este morbo se padece con mas frecuencia; siendo endémico y annuo en muchas de ellas, toca precisa y únicamente al médico su deliberacion, para que con su informe puedan los magistrados, á quienes pertenece poner en práctica todos los auxîlios oportunos á impedir su comunicacion siendo contagiosa.... Y atenido principalmente á las observaciones que he presenciado que son tantas, cuantas estaciones he pasado en América, debo decir, que el *tiphus á calórico* no es contagioso apesar de la opinion general..... apoyado en observaciones adquiridas con aquella veracidad y candor propio del hombre de bien, que por todos los intereses posibles no querria engañar en asunto de tanta importancia, y de cuya equivocacion se seguirian á la sociedad unos perjuicios irreparables.... De quien la adquiere el primero? del mismo modo la aperciven los demás.»

«La escuadra de Aristizabal de Europa á Puertocabello sufrió esta epidemia con la mayor fiereza, sin haber hallado en dicho puerto ninguno que la padeciese, y el siguiente año se verificó lo mismo en la Havana..... Es

cosa constante, que en ningun parage caliente de América se vé jamas un solo enfermo de esta calentura, cuando no hai embarcaciones acavadas de llegar de paises frios ó individuos del interior.... Es mui fácil la respuesta á estas preguntas: nunca se ha tránsmitido el contagio de esta enfermedad, por que nunca ha exîstido mas que en los cerebros de los médicos, acostumbrados á creer contagiosas casi todas las enfermedades.... De lo que resulta que ni estrangeros ni españoles pueden darnos lo que no tienen, y sí que la adquieren en estas costas, por encontrar en ellas las causas que la producen.... Ya se acavó, podemos decir, el tiempo de los contagios.... En general mas ilustrados y perfeccionados que en la antigüedad los modernos han disipado una gran parte de la credulidad en que estavan nuestros ascendientes. Ya ha perdido el alto concepto de contagiosa la calentura hetica que habia disfrutado por tantos siglos.... lo mismo los *Lazarinos*. Seria nunca acavar, si quisiera detallar los fundamentos y pruebas vigorosas sacadas de la práctica, con las que se pueden poner en duda, ó mas bien no creer los contagios de tantas enfermedades, que los adictos á los sistemas antiguos admiten.

»Porqué en España se transfirió su pretendido contagio á pueblos distantes de donde principió á grasar esta enfermedad, á pesar de los cordones de tropa que exâctamente impedian la comunicacion de unos con otros? Porqué tanto en Europa como en América se han extinguido todos los años que hubo y hai esta epidemia con la estacion fresca ó fria que precisamente subsigue á los grandes calores que la encienden y vuelven á reproducir? Porqué no la padecen los negros africanos, ni los habitantes de sus costas cálidas? Porqué en fin todos los que de los pueblos epidemiados se transfieren anticipadamente á los del interior, que gozan de temperatura mas fresca, se preservan indubitablemente de ella? Pero en tantono me se conteste convincentemente, seame lí-

cito persistir en mis ideas y mantenerme en la firme persuacion de que no exîste el contagio de esta enfermedad, por cuya razon son á mi entender nada conveniente las cuarentenas que se establecen para impedir su comunicacion, resultando mui perjudiciales por los gastos excesivos que ocasionan, é infunde en las familias y pueblos un terror y consternacion que los espondria á contraer mas bien el contagio si exîstiese.... La verdad es que en los pueblos calientes de esta América ha habido esta fiebre, siempre que se encuentran en ellos sujetos recienvenidos; pero en tiempos frescos y sin establecer cuarentenas jamas se ha observado faltando esta circunstancia; y últimamente que sin embargo que despues de la epidemia Gaditana del año de 1800 se han tomado vigorosas providencias, inspeccionándose con el mayor escrúpulo todas las embarcaciones entrantes por las respectivas Juntas de Sanidad, se ha manifestado este tiphus en algunos pueblos de España, siempre que el calor ha subido y permanecido con exceso.

«Y aunque en las últimas Gazetas de Madrid se asegura ser contagiosa, y se toman á consecuencia las mas sérias providencias á fin de precaver su propagacion, y se establecen severas penas contra los que quebranten las cuarentenas, cuyas medidas aunque justas, supuesta la certidumbre de la opinion de aquellos profesores, todavia las observo ineficaces; respecto á que á pesar de ellas continuan las epidemias, y entretanto creo que mientras las esperiencias é indagaciones sólidamente practicadas no desacrediten los fundamentos con que se ha probado en esta obra no poder ser contagioso el *tiphus á calórico*, continuaré en esta persuacion, sosteniendo que depende mas bien de las alteraciones y variedades de la atmósfera, las cuales influyendo á un mismo tiempo en los individuos á quienes afectan, deben sufrir la mayor parte de ellos sus indispensables consecuencias, del mismo modo que los que están rodeados, por exemplo, de los vapo-

res ó efluvios pantanosos padecen fiebres intermitentes y remitentes, que nunca se han tenido por contagiosas: y concluiré deseando de buena fé el triunfo de mi opinion sobre contagio; por que ademas de los costos y perjuicios que he indicado, me aflige sobremanera, que un error sea la causa de que los cordones de tropas encierren como en una prision á los infelices que ataca una atmósfera maligna, sin dejarles el recurso de pasar á una temperatura, en que seguramente se salvarian.»

Veinte años de una esteril é inaveriguable imputacion legal á los barcos supuestos conductores de la *contaminacion ultramarina*, cuando salen de un mismo puerto y á un tiempo con sanidad, y llega enfermo alguno y otros sanos sin juntarse en la mar. Tantos años de vanos acordonamientos sin la mínima ventaja de haber cortado el contagio siquiera una vez. No parecer el tifo sino en determinada estacion y sitio, sin internarse mas que á cierta distancia. Alcanzar promiscuamente á las personas aisladas en las torres, clausuras, ó que huyeron no mui lejos. No atacar de segunda á los que la sufrieron primero. Exêntar á cierta estirpe. Son hechos constantes y opuestos á la realidad de un contagio positivo, y sí comprobantes el defecto local atmosférico.

Asimismo declararse anticipada y abiertamente la peste en las ciudades grandes de distrito marítimo, y opinable ó pausadamente en los lugares pequeños, es contingente á la mayor ó menor poblacion, que hace alarmante el número crecido de enfermos y muertos. Caer alguno ó mas individuos con la calentura juntos á un epidemiado, á su abitacion ó calle, sin reflexîonar que otros en los mismos parages se mantienen firmes, y aun dentro los hospitales. No adolecer todo el vecindario á la par, ó que el mal cunda ó se adelante en un barrio, no encontrándose todas las personas dispuestas á adolecer en un dia. Nada justifica en apoyo del específico contagio de la fiebre amarilla, por que las particula-

ridades espuestas son comunes y guardan el curso de otros males populares, tal la viruela, sarampion, escarlatina &c. cuando mas probarán los incidentes de ocurrencias secundarias. Sin que exemplos raros deban proponerse como colorarios suficientes para generalizar las cosas, únicamente podrán aducirse como ecepcion á la regla ordinaria, donde no consigue nuestra sagacidad descubrir la idiosincrasia refractaria del contagio, ni los procesos de su combinacion dentro el cuerpo humano. En la peste de Aleppo narra P. Russel (p. 24.) haber conocido á un Rabbi muerto al 6º. dia con bubon, quien hasta el 2º. de haber caido malo permaneció rodeado de escolares, á mas de varias mugeres y niños de su parentela, sin que á alguno prendiese el contagio, fuera que á su consorte que se recuperó. Yo traté en Velez Málaga la casa de Antonio Civico, miliciano que asistió á cinco hermanos suyos y á su madre, muertos todos de epidemia, sin que á él se le pegase, habiéndose hallado tambien el año anterior en la epidemia de Málaga, sin haber sido acometido.

La prevision de impedir el esparcimiento de la peste consiste pues, en desviar la concurrencia del agente universal con la del recipiente individual. Y en la imposibilidad de estorvar el acaloramiento estraordinario del aire atmosférico, resta eludir su daño no conteniendo la gente dentro el ámbito de la influencia. *Plerumque enim hominis natura universi potestatem non superat.* Hipp. de dieb. judicat. p. 161. Á cuyo logro presintiéndose un verano sospechoso por el antecedente invierno tibio, antes que la calor se vuelva intensa, no se acumulen tropas, comboyes y sujetos no habituados al temple en los puertos de mar, ó al momento de apuntar la fiebre pestilente huian á los montes los estraños en lugar de circunvalacion, que sobre su inutilidad, dispendio y privaciones, ministra, segun la frase de los contagonistas, mayor *pábulo* al fuego devorador, encerrando confusamen-

te sanos y libres con enfermos y convalecientes. En la grande epidemia del año 1800, la parte mas acomodada del vecindario de Cádiz salió á los contornos, y sufrió allí el mal por no haberse alejado á bastante distancia. Supuesta la abolicion de Lazaretos, cuarentenas &c. qué peor cosa puede sobrevenirnos, que lo que aguantamos con ellos? De lo cual desengañados con el andar del tiempo tanto en el Continente é Islas de América, como en Turquia, donde por su situacion topográfica, se padece frecuentemente la peste, no gastan ya precauciones médico-gobernativas. Es verdad que el mahometano alucinado por la predestinacion mira la peste con indiferencia, estando persuadido cometeria un atentado á disgusto de la Providencia, si alterase su método de vida en la época de la enfermedad, durante la cual se ven concurridos sus Bazares ó mercados, cuando en ocaciones de menor riesgo suspenden sus ocupaciones, y acuden á las Mezquitas haciendo rogativas públicas.

Las repetidas pestes de Marsella no me apartan de sospechar sobre su equivocado contagio, por que reparo en las circunstancias de una ciudad la mayor que se encuentra sobre la costa meridional de Francia en Provenza, visitada de forasteros y nacionales por su vasto comercio é industria, en latitud proporcionada del trópico, á la inmediacion del Ródano á su embocadura en el Mediterraneo. «Cuando la calentura de que trato se enciende y grasa con ferocidad en las provincias Americanas del Norte, acostumbran todos sus vecinos ricos retirarse al campo mientras la temporada de las grandes calores, con cuya sola precaucion se libertan absolutamente de la enfermedad.» Semejante disposicion coincide con el antiguado consejo de Celso en caso de inminente peste: *oportet peregrinari et navigare.* tom. 1. c. 10. p. 32.

Y con referencia á los navios que tubieron enfermos ó muertos, al instante de su arrivo al primer puerso, desembarquese la tripulacion, distribuyéndola con se-

paracion en el campo, en sitios y habitaciones elevadas, espaciosas y saludables, donde se disfrute una corriente perenne de aire fresco. Despues usen baños en horas acomodadas, cambiamento de ropas, nutricion de carnes y vegetables recientes, exercicios y juegos gimnásticos. Desembarácense los buques y aireense los entrepuentes y bodega, encalense los costados interiores del barco, estraendo el agua corrompida de las bombas, sacando afuera toda materia putrecente, cuya providencia puede substituir á la que llamamos *cumplir la cuarentena.*

El cuerpo humano por su delicada estructura y particular condicion de la economia vital reconociéndose el único objeto susceptible de la peste, cualquier otra materia tosca ó animada, se tendrá por exênta de engendrar ó contener germen de la preexîstente infeccion. Por tanto aquella medida de precaucion se tendrá por segura, que disipando los miasmas exîma los hombres de su impresion, tal el incomparable beneficio de la ventilacion con descrédito de las fumigaciones, quemas, mojaduras de vinagre, picaduras de cartas &c. donde se ignora la índole del tósigo, y de consiguiente la virtud incierta que tengan para neutralizarlo ó infringirlo los sahumerios de cualquier especie. El público desimprecionado del contagio advenedizo esquive el doméstico con la fuga, ó no podiéndolo verificar, á fin de no apercibir la peste, padecerla leve ó buscando guardar salud en tiempo malo, tome el segundo aviso del mismo Celso: *Ubi id non licet, gestari, ambulare sub divo, ante aestum leniter; eodemque modo ungi, vitare fatigationem, cruditatem, frigus, calorem, libidinem, multoque magis se continere.... Cum vero hæc in omni pestilentia facienda sint, tum in ea maxîme quam Austri excitarint..... ubi gravi tempore anni discesserunt, vel ubi in graves regiones venerunt...* loc. cit. El gas de la peste (si exîste) siendo imperceptible y de origen incógnito, no es comparable su procedimiento con el del humo ó perfumes, cuyo olfato y par-

tículas se sujetan á los sentidos esteriores, y se conservan por algun tiempo pegado á las ropas ó en parajes encerrados. Menos tendrá lugar el paralelo del miasma pestilencial con el de las semillas. Observemos en lugar de creer, si queremos que una severa lógica nos conduzca á la claridad.

No es Lind el único autor práctico quien asegura, que un cadaver frio de tifo ictérico de ningun modo es idoneo á traspasar el contagio, á menos que suceda por descarga de excrementos ó de podres de alguna llaga. Tambien se ha impreso por respetable autoridad, que la peste se agarra mas en los últimos que en los primeros periodos de su aparicion: que no dura arriba de tres años, por sentado durante este espacio todos los dispuestos la contraen: que sus embestidas son menos peligrosas en la mediania de la temporada que á su término: que debe reputarse el radio de la infeccion á díez pasos del doliente, volviéndose inerte á mayor distancia: que no se tengan por libres de contagio las estancias cerradas ocupadas por epidemiados. Igualmente se ha escrito, que la epidemia á similitud de la viruela tiene un periodo fijo sobrado constante en las vueltas de su grande aparicion, contándose de 17 á 30 años la data de su revolucion intercalar. Esta asercion será contingente y verisimil en razon de la gente nueva que se encuentre en las localidades apropiadas, y esto no podiéndose señalar á punto fijo, será nulo el emplazamiento de su retorno; pero si se conceptua por gente nueva una generacion intermedia, tiene lugar el cálculo supuesto.

Tucydides, Screibero y otros Historiadores de peste afirman, que se auyentan los pájaros de los lugares contaminados, mas el Dr. Saimoilowitz en su escelente memoria sobre la peste que en 1771 saqueó el imperio de Rusia (t. 1. p. 400.) está por el contrario dictamen, habiendo visto cantidad de gorriones sobre los terrados de tres edificios acordonados y abilitados de hospitales, y desea que cuen-

tos mantenidos por una falsa credulidad sean para siempre desterrados de los libros de medicina. Durante nuestra última epidemia año de 1819 no faltó de la hermosa plaza de la Constitucion de Cádiz una vandada de gorriones anidados sobre los arbolitos plantados acia el rincon de la izquierda; sin que incluya arcano, que en verano acudan los volátiles al campo atraidos de la copia de frutas y granos, ni que gatos y perros se encuentren muertos en las casas abandonadas, faltandoles el sustento. En la deplorable epidemia de Velez ya citada escarvavan de noche los mastines á vara y media de profundidad las zanjas de un cementerio rural, á pesar de los guardas, sin sobrevenirles detrimento.

«Resulta de las tristes esperiencias que presenta el hospital de S. Juan de Dios de Veracruz en los últimos quince años, que en todos los parages en donde los enfermos no eran tratados con cuidado, la mortandad ascendia en las grandes epidemias de 30 á 35 por ciento de curados, al paso que donde se le puede asistir con el mayor esmero, y donde el médico varia el método segun las diferentes formas, bajo las cuales se presenta la enfermedad en una ú otra estacion, la mortandad no pasava de 12 á 15 por ciento.» Humbold. Minerv. t. 2 f. 402. El Dr. Lean compadecia la guarnicion de Sto. Domingo considerándola como un hospital permanente, despues de haber presenciado el año 1795 reducido en menos de once meses un lucido regimiento de 960 plazas efectivas á 30 hombres vivos, inclusos 20 oficiales, víctimas de la fiebre amarilla. La misma que reproducida alli en 1802 en la espedicion del General Leclere en breve reduxo 3500 militares á 800 exîstentes. Por uu cálculo prudencial y áproxîmado entre nosotros mueren en las casas 20 por ciento de curados y en los hospitales 45 por ciento. En la grande epidemia año de 1800 morian en Cádiz 300 personas al dia, computada su poblacion en 70 mil almas, no inclusa la bahia.

PATHOLOGIA.

La enfermedad mas alarmante y difusamente tratada desde mediado del siglo anterior, la mas oscura y de controvertida indagacion, y en la que cada artículo de su narracion ostenta un incesante contraste, prosigo groseramente á disertar. Y principiando por su nomenclatura carece de nombre fijo, supuesto que diferentes naciones y autores le han adaptado denominaciones vagas, deducidas de sus marcas mas sobresalientes, lugar de su aparicion, clasificacion &c. Los españoles la llaman colectivamente *epidemia*, los de América indistintamente *vómito prieto y negro*, los ingleses y anglo-americanos *fiebre amarilla*, los franceses *mal de Siam*, y algunos Nosologistas la apellidan conforme al variado concepto que de ella formaron, titulándola promiscuamente *sínoco y tifo icterodes*, *peste biliosa*, *fiebre americana*, *peste y tifo de los trópicos*, *causus ó fiebre ardiente de las Indias Ocidentales &c.* Epitetos que todos pueden univocarse atendida la prodigiosa transformacion del mal sin enredarnos en la árida etimologia de apodos. No ajustándole estrictamente la palabra vulgar de *epidemia*, por que es sabido: que esta voz no dá á entender un mal señalado sino su estencion sobre las gentes. El dictado de *tiphus* le es impropio, por cuanto la mayor parte de los epidemiados padece mediocre calentura. No debe serle peculiar la nombradia de amarilla y vómito, por que son signos defectibles y acompañan otras malatias, aunque componen los mas triviales síntomas en la presente. Tambien es patente la discordancia de adjetivar fiebres coloradas, como escarlatina, láctea, blanca, amarilla &c. Precindo igualmente del error de nacionalizar la epidemia. Juzgo le estaria bien á esta pirexîa anomala el distintivo de *fiebre tropical* en atencion al sitio y estacion de su aparicion.

Pero apartando disputas infructuosas y gramaticales, tal vez escandalosas en los fastos de la Medicina, como la muerte trágica de los desgraciados facultativos Williams y Bennet que terminaron un literario altercado sobre la epidemia con un sangriento desafio, en que ambos se mataron en Kingston el dia 29 de Diciembre año de 1750, segun testimonio de Currié. A treat. of the syn. icter. p. 164, paso á mas sérias y combatidas disputas no de adorno ó curiosidad sino de precisa discusion, que ha hecho renacer la epidemia.

Bajando de los siglos mas remotos al presente, hallamos que á semejanza de otras facultades abstractas y sujetas á la opinion, pocas ciencias han sufrido mas revoluciones que la medicina especulativa; por que siempre ha necesitado ser sostenida por la razon, y esta ha tolerado todas las vicisitudes del espíritu humano. Asi desde su infancia cuenta la Medicina una cadena de multiplicadas conjeturas, las cuales acariciadas por sus inventores cambiaron de aspecto en menos de cada centuria, presentando al estudioso sobre reliquias antiguas recientes doctrinas, que en su turno cedieron senda para las subsiguientes. Teorias han decidido de otras teorias, las mismas que cayeron luego en olvido, siendo leidas por los literatos como demostracion de la dificultad del asunto y defecto de los conocimiéntos naturales. En general símiles cambiamentos fueron inducidos por los progresos de la filosofia, y en la comun rotacion de cosas cada sistema médico tubo su dia é inventor favorito, nacionalizándose los juicios al compas de las modas, tal en nuestro siglo fecundo de descubrimientos no salimos de gases, electricidad, magnetismo, galvanismo y grecismos. Pero dichosamente agitada de tantas fluctuaciones é hipótesis la práctica ha sido poco perturbada; aunque no cabe duda, que la racional y analítica manera la han seguido con provecho los modernos, si bien mui distante todavia de su perfeccion. Seguramente la parte contemplativa de

la medicina, sobre la cual los sabios de la antigüedad contaron tan poco, ha sido sumamente cultivada en nuestra Era, al paso que las leyes de la economia animal han sido atentamente exâminadas, y los principios filosóficos con mas caucion adaptados á la materia animada: la teoria habiéndose compuesto de una cuidadosa recopilacion de hechos en reemplazo de preconcebidas doctrinas, á cuyo auxîlio ha concurrido principalmente la química, esparciendo clara luz sobre muchos oscuros fenómenos de la salud y de las enfermedades.

Pero entre todas las indagaciones médicas se ha buscado con indecible ahinco la esencia de las fiebres, mas la encantadora conexîon que subsiste entre la premisa y la ilacion, y querer hallar la causa en lo que está mas inmediato al efecto, asi como la propension á generalizar verdades abstractas sin pararse en su aplicacion, ha eludido y probablemente esquivara nuestra mas perspicaz solicitud. Y si nó, qué denotan las fuerzas centrípeta y centrífuga, la gravitacion, inercia, atraccion y la elasticidad, sino una causa con relacion al efecto producido? Se ha supuesto mas bien que probado, que la redundancia de la bilis ocasiona la fiebre, en lugar que suele ser ésta mera contingencia, ó demostrar su mayor separacion. Una secta se declaró por el acelerado movimiento del círculo vascular: otra por morbosa contraccion de la fibra, cuando ambos cambiamentos faltan ó se conceptuan derivacion acesoria de la pirexîa. No separando pues la deducion de su principio se pierde el hilo de las pezquisas.

La historia de las fiebres, desde los dias del inmortal Hippocrátes, exîbe tan solo una noticia de frívolos sistemas. La misma enseñanza de Galeno y sus contemporáneos sobre las intemperies depende absolutamente de los sentidos externos, adoleciendo igualmente de vaciedades y sofismas peripatéticos la idea del *cálido innato*, preternaturalmente encendido dentro el corazon, causa e-

ficiente las calenturas. Asimismo las Aulas largo tiempo encadenadas por una ciega veneracion acia la antigüedad (como si la ancianidad fuese suficiente prerogativa para legalizar el error engalanado con los atavios de la verdad) copiaron posteriormente las nociones de los griegos, y recogieron los absurdos fracmentos de los árabes sus sucesores. Paracelso con los enigmas y emblemas de su Alquimia Spagirica. Helmoncio con su soñado Arqueo. Sthaal con el plan animástico. Los humoristas con sus fermentos, y los mecánicos con sus fuerzas equilibrantes y elasticidad de fibras, se persuadieron decifrar académicamente todas las operaciones de nuestra máquina, al paso que se atraian la parcialidad de sus discípulos. Pero quién podia figurarse, que la idea de un ácido predominante en primeras vias significada por Etmulero en Leipsick despues el renacimiento de las letras, é igualmente sostenida por Silvio Deleboe en Leiden el año 1665, olvidada ya la naturaleza ácida de la *atrabilis* de Galeno y del *hálito vicioso* de las materias contenidas dentro el abdomen casi anteriormente despreciadas, habia de renovarse ahora por los médicos anglo-americanos como causa próxîma ó intíma de la calentura pajiza, substituyendo á los celebrados polvos antácidos otros equivalentes alkalinos para su curacion? Ni cuando pudo imaginarse que las *ocultas calidades* de Sydenham habian de revivir hoi trocadas en miasmas?

Á Boerhaave que fué por muchos años todo el hombre de la facultad con el absoluto poderio adoptado y no bien justificado del *estado de los fluidos* y mayor despotismo sanguinario, no cedió Hoffman con su idea de los *sólidos interesados*. Cullen que habia enteramente copiado este postrer dogma, atribuyó todos los acidentes de la fiebre al *espasmo*, y reconoció esclusivamente en el contagio un poder sedativo á su primera aplicacion. Mas apenas la teoria de este escocés habia ganado considerable crédito en Europa, y captádose el público respeto, cuan-

do otro ingles Juan Brown, no de caracter popular, apartándose de la ruta trillada y no queriendo doblar la rodilla á su paisano, entre otros beneficios abrió nueva senda á un mas vigoroso espíritu de indagacion, y plantó un sutil scepticismo en la medicina, aunque no de un todo exénto de defectos; censurándose en su complicado órden de enfermedades, la diáthesis estenica en una parte del sistema, al propio tiempo que en otra la astenica: precindiendo de la uniforme institucion de los estímulos, la mala forma y abuso de ministrarlos en casos impropios, y en las excesivas cantidades que con frecuencia induce exîto pernicioso.

Consiguiente á las rápidas conquistas del precitado escritor, con fundamento debiamos prometernos su completo y no corto triunfo, si ya no nos vieramos con un fuerte torbellino de gases químicos en ademan de disputarle la palma. Supone un autor de reciente data, que todas las dolencias que afligen al cuerpo humano dependen de exceso ú escasez de alguno de los cinco principales gases, segun los cuales divide las clases de enfermedades en *oxîgeneses*, *calorineses*, *hydrogeneses*, *azoteneses y fosforoneses*, subdividiendo en otros tantos órdenes los remedios; sin atender que las operaciones pathológicas y therapéuticas no pueden químicamente esplicarse segregadas de la concurrencia con la vitalidad.

Mas no acava de salir á luz la tal Nosologia química, cuando Mr. Leymerié de Cayenna nos manda los lineamentos de otra nueva distribucion de enfermedades malignantes, fruto de sus muchas pezquisas y variedad de esperimentos. Discurre, que los fenómenos de la vida, el punto saliente de Haller, y el color roxo de la sangre son el producto de química combinacion, resultante de la union del ammoniaco (álkali) con una sustancia de calidad de gelatina. Reprueba la general recibida doctrina del oxîgeno en el proceso de la vida, y lo conjetura mui rival á ella. El espera que su dogma pueda

servir para ajustar los dictámenes de Boerhaave y de muchos hechos establecidos por Pringl, Macbride y Huzam sobre los modernos descubrimientos de la fábrica animal. Toma por concedido que la fiebre amarilla consiste en una disolucion de la sangre y demás humores, á la par que se efectua una descomposicion de las moléculas elementales. Ultimamente concluye que el amoniaco es el mas poderoso antiséptico, y el remedio mas apropiado para la calentura ictérica. Por remate el erudito Noe Webster en su breve Historia de la epidemia y de las enfermedades pestilenciales impresa en Hartford en el Connecticul el año 1799, separándose de la teoria que rige, establece mediante una série de acaecimientos cronológicos, que exîste una gran referencia entre todos los sucesos principales del Mundo y el pestífero periodo, dependientes todos de viciada constitucion del aire, la cual haciendo causa comun con la formacion de terremotos, volcánicas erupciones, cometas, sequedad, tempestades, inundaciones, carestia, plaga de insectos &c. deben su operacion universal al fluido eléctrico.

Los Drs. S. L. Mitchill, su discípulo Wintrop Saltonstall, Bay, Lent y postreros espositores anglo-americanos de la calentura amarilla, pisando las huellas de su Corifeo, reconocen por cimiento de las fiebres malignas y pestilentes un oxîde de azote ó nitrogeno, desembuelto durante el proceso putrefactivo, ó sea descomposicion de las partes excrementicias de los alimentos y sordideces detenidas dentro el tuvo intestinal, las cuales contienen radical azote ó septon (combinacion de una base acidificable sobrecargada de oxîgeno) en gran manera deletéreo á la vida de los hombres, y se asemeja al tufo que se levanta de los pantanos. Por consabido que la espuesta teoria contradice la añexa doctrina del alkalino y del amoniacal reputados causa de la corrupcion. Inducido el Dr. Chisholm por la poquedad de azoe que se eleva de las lagunas, por no ser puro azoe el vapor de

la putrefaccion, ni el azoe el único tufo mortífero, á parte de otras varias razones; presume con alguna veracidad, que el fundamento del tósigo pestilencial en lugar de azoe es gas hidrogeno absoluto ó misto con ácido carbonoso ó con azufre en estado de disolucion. Un autor moderno ha propuesto que el hidrogeno fosfórico constituye el principio de la calentura amarilla. Y otro lo atribuye á hidrogeno sobreazotisado, cuando no á un gas de condicion alkalina. Asi el Sr. Carbonell se inclina à que el supuesto gas hidrogeno-carbonado encierra una sustancia oleosa de propiedad animal. Mem. sobr. la aplic. de la quím. &c. p. 68.

En vista de discordancia tan patente tocante la certidumbre del requerido gas, que tan presto origina la fiebre ictérica como las intermitentes y las remitentes biliosas ordinarias, acogeremos como demostracion inconcusa las recientes nociones químicas sin la nota de espíritus superficiales? Pero sea cual fuere la idea que se hace del procedimiento gaseoso á fin de esplicar químicamente la calentura pestilente, siempre serán insuficientes unas combinaciones ternarias ó cuartenarias de hidrogeno, de azoe, fósforo ú amoniaco. Serian menester esperimentos que patentizasen su operacion directa en la inmediata aplicacacion al cuerpo viviente, ó su concurrencia palpable á la produccion de la fiebre pestilente, cuando necesitamos pruebas positivas que nos evidencien la presencia de tales tufos en los sujetos acometidos de la epidemia, y su ausencia en los que no la padecen, tanto como su influencia en la predisposicion á contraerla. Si sucediera el mal químicamente, en cualquiera lugar donde se desprende el referido gas artificialmente, deberia manifestarse la fiebre maligna ó atacar á los que asisten á su oficinal manejo: en vez que habiéndose sujetado á la descomposicion química varias porciones de aire mefítico encerrado en cuartos de epidemiados, se ha encontrado la misma porcion de aire vital correspondiente á un ambiente sano. Tam-

poco se apercive ofensa al inspirar el aire de tales viviendas, en lugar que se siente opresion sufocante á la aproxîmacion de los tufos químicos. Y finalmente como siendo idéntico el gas pernicioso, á unos quita de enmedio, y á otros deja intactos? *Indisputablemente la teoria puede engañar, la analogia seducir, mas la esperiencia conduce á la verdad.* Unicamente se deduce la exîstencia de un veneno en la peste por la ilacion de los efectos, supuesto asalta al cuerpo de improviso, lo inmuta, enfria y despues lo acalora, cúbrelo de manchas, lo ennegrece y mata, interin su operacion interior se esconde á la especulacion de los fisicos.

Entre un texido de tantos sueños, vaiven de inconsecuencias, y al cavo de alambicados los sesos acerca el enigma propuesto, no sabemos todavia el fundamento de las fiebres en general, ni la esencia de la peste en particular, la cual segun el Sr. Fordyce es indefiníble á pesar de los actuales adelantamientos médicos, y de poderse resolver este teorema el dia menos pensado; pero mientras serán las fiebres la barrera de la medicina, por mas que el talento y las diligencias se empeñen en superarla. *Mihi vero hi affectus divini quidem esse videntur.* Hipp. de Aer. aq. ec. p. 38. Cuando los sistemáticos guiados mas por mania de singularizarse que por convencimientos prácticos, han pensado restringir á tan sola una causa la surgiente de todos los desconciertos de la economia animal, atribuyéndolo á rigidez ó floxedad, humedad ó sequedad, calor ó frialdad, plenitud ó inaccion, á la sangre ó á la linfa, á los vasos ó á los nervios, á los espíritus ó fibras &c. no contaron que cada parte del cuerpo sólida ó fluida, orgánica ó similar, puede sola ó en conjuncion ser el asiento y causa de las dolencias. En resumen nada claro ni convincente se ha escrito todavia sobre la materia, despues de otorgado demasiado á razonamientos vagos y deficientes, y á conclusiones apresuradamente sacadas. Dogmáticos,

empíricos, humoristas, mecánicos, animistas, gaseistas &c. no han adelantado cosa mayor, siendo insondable (si exîste) el principio de la peste, cuya formacion inconcebible substrayendose á la perspicacia de los sentidos, elude las reglas comunes de la analisis.

Pero si la salud proviene principalmente del plausible concierto entre las partes orgánicas y similares, las enfermedades deberán atribuirse á una potencia rival que perturba la armonia de las funciones. En distintos términos, si la sanidad y enfermedad componen un mismo estado dependiente de la propia causa (arreglado á los Elementos de medicina del Dr. Brown t. 1. p, 73.) á saber, del demasiado ú pequeño incitamiento, conforme obre este agente en las diferentes cavidades, órganos, membranas, humores &c. sobrevendrán alteraciones (morbos) diversos, entre ellos la fiebre, sin que podamos adivinar todavia el mecanismo de la execucion. *Causa latet, vis est notissima.* Todo lo cual nos convence de una sublime pero humillante verdad, es decir: que si bien el hombre está ufano de haber medido la redondez del Globo, calculado la masa y giro de los Astros, dirigido el rayo, paseádose sobre las regiones empíreas, despedazado la tierrá en sus ocultos senos, descubierto el inmenso Oceano, y sujetado á número y cálculo casi todas las obras de la Creacion: con todo hai un límite para ciertos escrutinios y pesquizas, mas allá de cuya raya, aunque la fantasia tome vuelo y la teoria haga anchas y huecas escursiones, todo al fin es presuncion, caos y oscura tiniebla.

Es verosimil, que el superabundante calórico inspirado por los pulmones é introducido por el canal alimenticio y via cutánea, además de inducir un sobre-estímulo á la incitabilidad, actuando con el carbone de la sangre y de la bilis, promueva un hidrocarbonate que ennegrece los sólidos y los fluidos, reduciendo todo el cuerpo á un estado de carbonizacion. «Entre las cau-

sas de la *melanósis* (degeneracion negra) contemos el influxo de la bilis en el hombre y en los animales. El calor aumenta la accion hepática y hace dominar en la economia la secrecion del hígado. No son pues solamente la calor y la luz las causas que ennegrecen la superficie del cuerpo: el mismo efecto causa interiormente la secrecion abundante de la materia biliosa negra, que tiñe todos los humores, la sangre, la carne, la sustancia del cerebro, como lo hemos visto en varias disecciones, y como lo han observado muchos célebres anatómicos. Suele haber ictericias tan graduadas que pierden el color amarillo, y toman el negro ó el pardo oscuro. Tambien suelen formarse secreciones de sangre negra en las primeras vias, y la exûdacion de sangre venenosa que se arroja por medio del vómito en la *melena* ó enfermedad negra es mortal por lo comun.» Mem. sobr. la degener. ec. por Virrei en la cron. cientific. &c. N. 295.

En tanto si el tufo pernicioso ofende principalmente la caveza, compárece la fiebre pestilente con aspecto de *adinámica* por el acometimiento primitivo del sensorio comun, origen de todos los nervios que gobiernan la máquina viviente, esencialmente el corazon soberano motor y baluarte de la vi talidad. Entonce á la turbacion de las funciones idiopáticas del cerebro se asocian por simpatia las del estómago, constando el preferente consenso de ambas partes. Si la ponzoña se apodera mas bien del ventrículo, asume la calentura toda la apariencia de *gástrica*, y desde temprano se pervierten los oficios del abdomen, el movimiento peristático, la condicion de los humores, y se transmite la infeccion á las vias secundarias. Y sucediendo la pareja de ambas afecciones se mostrara la pirexîa en forma de *gástrico-nerviosa*. Pero no guardando órden ni fixacion particular, se hará *atáxîca*. Lo que hizo decir á Hippócrates, *que la vida es un circulo donde no discernia el principio ó fin*, por la razon que *consensus unus consentientia omnia*: debe por induccion

aplicarse al genio de ciertas enfermedades, en las cuales se embarazan los fenómenos de tal suerte, que se embuelven en su turno causa y efecto, sin poder separar uno de otro. Sirva de exemplo la predominante influencia, analogia y mutua accion en el prospecto y padecimientos del estómago y del cerebro en la epidemia, aparte de la estensiva comunicacion al sistema de los nervios y á otras funciones orgánicas.

La fiebre amarilla aunque se ha clasificado de varias maneras respectivamente á su presencia, ella establece una calentura *sui géneris*. Sobre las irrecusables pruebas de su naturaleza pestilente, no lo desmiente el aparato proteiforme con que se reviste en su progreso, casi tan multiforme como personas la padecen. Cuando asalta menos mala miente una catarral ó una biliosa simple, pero si perniciosa, entra con señales de ardiente, nerviosa, disolutoria ó mista, modificándose á tenor de las circunstancias. Muchas veces hizo suponer al paciente ser su indisposicion despreciable, mas luego se descubria la epidemia fuerte, por el color oscuro de las evacuaciones, súbita postracion &c. En algunos discreta fiebre con ligera náusea hubiera hecho juzgar el mal diverso de la andancia, si la comparsa despues de orines pajizos y tinte ictérico de la cornea no advirtiera el veneno de la epidemia no enfurecido. Rara observacion de esta fiebre anomala se prolonga mas allá de la primera semana. Ella ordinariamente aparecia *sinocal* en los jóvenes sanguinos, *disolutoria* en los mal humorados, y *nerviosa* en los melancólicos y estragados con purgantes, inedia, pasiones de ánimo &c. obrando siempre lo que se apercibe conforme al estado del recipiente, segun el testo aristotélico. Viéronse casos de la presente calentura veleidosa, en que los pacientes decian hallarse ni mal ni bien, ó de otro modo, mal y bien. Frecuentemente aparentando simplicidad ó encubriendo su perfidia al principio se trocava en adelante la fiebre en maligna. Otras ocasiones

desde el primer aceso esplayava la calentura su perversidad, ratificando siempre en su instabilidad, máscara y mudanzas, que no se diferenciava en la especie, sino que variava en el grado y figura, respectivamente á la concurrencia de causas concomitantes.

Regularmente el primer estadio designava diáthesis contenciosa ó una afeccion gástrica de peculiar condicion. El segundo era una forma de suspension de las operaciones naturales asociada con imperfecto egercicio de las facultades mentales y nerviosas, y con fenómenos indicantes oculta fiebre y rápida disolucion. El tercero indicava mortificacion de los órganos empleados en el sosten de la animalizacion. Si bien los pasos referidos no podian señalarse con exâctitud, por que á menudo en el tránsito del primero al segundo se interponia el tercero con la muerte.

No hai signo ni manera de indisposicion conocida con la cual deje de acompañarse ó disfrazarse la peste, concordando los clínicos en que dificilmente dos epidemiados esperimentan idéntico tren de síntomas. Basta que algun parage del cuerpo haya estado de antemano ofendido, debilitado ú el paciente dispuesto á cualquier achaque habitual, para que la influencia atosigada se desfigure con el morbo inveterado. Vimos individuos, en quienes se declaró ó suscitó la epidemia encubierta socolor de hemiplegia, podagra, iscuria y de otras importunidades, de las que un tiempo habian adolecido. En aquella sazon si alguien acidentalmente enfermava de indisposiciones comunes, á las pocas horas se le agregava la epidemia; no dandose entonce dolencia apenas inseparable de ella, á la par que se refundian en la mencionada casi todos los males esporádicos. Cuya asimilacion fué notada y casi pasada en proverbio singularmente por Sydenham (t. 1. p. 90.) Sin embargo no es tan pándemica la peste, ni tan lata la sentencia del Hippócrates ingles, que devastando la ciudad de Velez el año 1804 la fiebre amarilla, una ave-

nida de viruelas confluentes negras y cristalinas se dejara de asociar con la epidemia, de cuya complicacion perecieron bastantes párvulos recogidos en un orfanotrófio provisional. Acaso por que en la tribulacion de la peste no se atiende sino á su estrago, se habran persuadido de la minoridad ú ocultacion de los morbos vulgares. Posterior al despojo de la epidemia se advierte necesariamente carencia de enfermos, cual de esperar por el fallecimiento de muchos achacosos y tantos febricitantes.

La calentura amarilla si bien concuerda en algunos puntos con el tifo, con la remitente biliosa, con la fiebre de cárceles y con la peste, en la sorpresa bajo ciertas restricciones de individuos sanos, con todo difiere materialmente de la pútrida de campamentos y hospitales, en que esta prevalece durante la primavera, se repríme ó modera corriendo la estacion cálida, deriva su manantial de miasmas humanos y groseros, sobresale entre sus marcas el meteorismo, no anda tan precipitada como la pajiza, asalta con preferencia sujetos endebles, y aseguran no acomete al bello sexô. Se distingue la pirexîa flava de la legítima peste oriental por la tumefaccion glandular y carbunclos, con que la tal se ostenta; si bien nos ocurrió aqui algun rematado exemplar con bubon en la ingle. La epidemia se diferencia aun de los peores casos de la biliosa remitente no solo por su estraña carrera de síntomas, sino por que esta acostumbra ser endémica en distritos pantanosos y estensos, en lugar que aquella está confinada primordialmente á las ciudades y pueblos costaneros de mar. Qué casta de bilios remitente acomete con preferencia á los robustos y bien mantenidos, surtiendo menos nociva á los ancianos y á los de temperamento medio? Si la calentura amarilla es, segun Rush, el estado exâltado de la remitente ordinaria prolongada á suma malignidad en los climas cálidos por circunstancias anexâs, como asi puede clasificarse bien una pirexîa que asalta ligeramente á las dos terceras partes de

enfermos, al tiempo que otra porcion muere espantosa y aceleradamente? De cuando acá la calentura biliosa indulta á ciertas tribus, y se halla vinculada á los forasteros? Tampoco debe numerarse entre las estacionales una calentura que no embiste tan fuerte á los moradores de donde es ingénita, ni aparec todos los años. Y finalmente si la malignante amarilla fuese únicamente el grado mas alto de la intermitente antumnal, porqué los medicamentos que curanra la perimera son tan perjudiciales á la segunda?

Persuadidos algunos médicos por los síntomas de diarrea, sudores prófusos, fluxo ú estilicidio de sangre tenue, síncope, esquiva hediondez de materias salientes del cuerpo, manchas y equivalentes indicios de disolucion, conconcivieron la idea de corrupcion, y caracterizaron de fiebre pútrida el tifo ictérico, como si tales signos no fuesen con mas verosimilitud pertenecientes á una calentura que tiende á gangrenismo. Otros llevados por el calor mite al esterior, frescura de las estremidades, pulso pequeño, angustia &c. conceptuaron la epidemia de fiebre de coágulo; mientras varios fisicos conducidos por los síntomas de somnolencia, dificultad de respirar, encendimiento de cara, &c. la juzgaron ardiente. El Dr. Chatard creyó la epidemia una calentura biliosa sostenida una vez por plétora, y otras ocaciones combinada con afeccion nerviosa. Ya Pouppe-Desportes habia insinuado: "que en tiempo seco participava esta fiebre de índole inflamatoria, los dolientes inclinan al delirio, se lamentan de dolor de cabeza, estreñimiento de vientre, tumefaccion glandular y gangrena: compareciendo mui obvias las hemorragias en estacion húmeda. En sitios bajos é incultos ocurrian asiduos casos de postracion, mayor tendencia á la disolucion, promiscuas remisiones, padeciendo mucho el sistema gástrico. Pantanosos miasmas y sépticas exhalaciones prevalecen con especialidad durante los meses autumnales, por que las nuevas lluvias remueven el sieno de los grandes charcos, y los vientos australes detienen los

vapores de la tierra acia el mar." Hist. des malad. de Sto. Domingo, t. 1. p. 201. La estacion cálido-seca del verano fecunda temperamentos y fiebres biliosas, la cálido-húmeda del otoño complexiones y males atrabilarios, la frio-seca del invierno hábito sanguino y morbos inflamatorios, y la frio-húmeda de primavera constitucion flegmática y calenturas pútridas.

Últimamente la pestilente amarilla tiene su divisa exclusiva, reparándose en ella una pirexîa desposeida de claros subintrantes paroxîsmos, agena de admitir la doctrina Hippocrática aplaudida por espacio de veinte siglos sobre los tiempos y periodos de las fiebres, las crises, dias decretorios, índices &c. todo inamisible en el actual espantoso morbo, donde se trabuca y perturba el curso ordinario de la calentura, de suerte que á menudo al segundo estadio se reducia el paciente á la condicion del postrero en punto á debilidad, trastorno de sentidos y de las funciones naturales. Cuéntase entre sus marcas patognomónicas la transformacion del tercero al cuarto dia, el vómito y deposiciones oscuras, ninguna ó diminuta lesion de los órganos pectorales, la ictericia, y segun muchos autores un *específico contagio*. Cabalmente en la fiebre pestilente no es precisamente el grupo de síntomas alarmantes lo que fija la perversidad, sino su incongruencia con relacion al estado del cuerpo, conforme nota Riverio: « de modo que las mismas señales tenidas en poca monta en otras fiebres esenciales, se mudan en la peste maliciosamente letales, ni guardan la proporcion que en las pirexîas ordinarias; tanto que el calor templado al tacto y el pulso poco inmutado aparentan leve calentura, mientras se le arriman signos vehementes, tal la vigilia, manchas &c.» (Oper. medic. p. 449.) Tampoco la peste mata de repente ni arrebata en un dia, como ha querido persuadir algun escritor no mui sincero.

En todas las descripciones de peste advirtieron los

medicos cuanto influye la predisposicion fisica y moral, acerca la exêncion ligereza ó gravedad con que se sufre la peste, juzgándose necesario para que se efectue la enfermedad los necesarios requisitos de aplicacion del agente, disposicion del paciente y tiempo oportuno para obrar, segun el idioma de las escuelas. Regularmente en la peste todos adolecen curan y mueren indistintamente, á pesar de la diversa constitucion, temple, vientos, situacion, hábito, humores, pasiones &c. A menudo ahorra el mal los cuerpos impuros, y ataca con preferencia los sanos. Tánto sorprende álos preparados como á los desprevenidos. Mas precindiendo de la indicada generalidad indefinida, varias condiciones de personas están mas ó menos propensas á sentir con diferencia las impresiones de la epidemia. *In morbis minus periclitantur, quorum naturæ, aut ætati, aut habitui, aut tempori magis, congruit morbus, quam quibus secundum nihil istorum congruit.* Hipp. aph. 34. Sect. 2. Párbulos y niños enfermos son precursores de la peste, y su malogro es comparativamente mayor que los adultos; consistiendo acaso esta diferencia en la impotente reaccion corporal, ó por incluirse entre los no aclimatados, atendido el corto tiempo de residencia en el mundo; al contrario la árida senectud, cuya complexîon fisica es pùntualmente el reverso de la infancia y de la edad media, se hace inmune de la peste. *Senes pestilentiam mínime sentire*, notava Plinio lib. 7 c. 50. quizá por la impenetrabilidad dependiente de la sequedad, dureza y curtidura del pellejo, rigidez de la fibra y amortiguamento del calor vital destinado esencialmente á actuar la materia.

Comunmente el vigor de la edad, la construccion fuerte y la plenitud estraordinaria rinden el mal violento. Asi se verifica con la joventud lozana, matronas vistosas, varones corpulentos y musculosos, glotones y gente de oficio á la candela. Los vinosos caen de muerte. La diathesis asténica al contrario invalida el vencimiento de la fiebre pestilencial, tal sucede con los macilentos, vale-

tudinarios, afeminados, estragados y símiles. De todos los temperamentos el menos discrepante es el flegmático ó pituitoso, por que guarda un medio entre el fuerte y el floxo: presentando aquella flexibilidad y blandura tan congruente con el mejor aspecto de la fiebre amarilla. El sexô muliebre sufre y se desgracia la mitad menos que el masculino por su método de vida descansado, molicie de contestura y beneficio de la menstruacion; no asi las en cintas y puerperas que peligran aceleradamente. Los idiotas, fatuos y que tienen enagenado el entendimiento, se libertan ó sufren el morbo menos peligroso, acaso por la poca ó ninguna parte que toma su espíritu en la pública desolacion, y de resulta el menor abatimiento para rendirse al mal. Sobre todo el temor acrecienta incomparablemente los quebrantos y el riesgo; tal se confirma con los hipocondriacos é histéricas, no obstante de ocurrir epidemiados, quienes á pesar de la vivacidad del genio y esfuerzos que hacian á fin de alentarse, á medida que empeoravan y desplegava la malignidad sus resortes, decaian de ánimo involuntariamente cual soñoliento irresistible al poder de Morfeo. Guardada proporcion entre la clase ínfima y menos afortunada de gente que arrostra todo género de privaciones y mala asistencia, cohabita apeñuscada en aposentos reducidos lóbregos y empachados, en callejuelas ú hondonadas, en casas de madera, barracas y viviendas fabricadas con barro no cocido, donde ordinariamente se descuida el aseo y la ventilacion; con las personas ricas y morigeradas, fallece duplicado número de la primera con relacion á la segunda. De los que visten tosca túnica lanar en lugar de camisas de lienzo, se nota visiblemente el atraso curativo.

El vómito negro guarda ademas su tabla de afinidad con respecto á cierta condicion de gente. Asalta con preferencia y fortaleza á los marineros, soldados, blancos, jóvenes, intemperantes y relajados por dolencias. Los

europeos pletóricos y atletas que han estacionado largo tiempo en el mar, y no han sido enervados por una tropical residencia, en arrivando á América, peligran mortalmente, no tanto por el aumento del calor cuanto por la mudanza de clima. Un hábito mole debido al sudor copioso, vida no laboriosa, bevidas alkolizadas, frutas fragantes y placeres deliciosos, hecha los cimientos febles de la constitucion americana que mantiene á los naturales delicados, descoloridos, barbilampiños, pausados en hablar, y menos propensos al estrago de la fiebre amarilla. En aquel deleitoso emisferio el soldado europeo tiene que combatir con un enemigo quizá desigual en el arte de la guerra, pero superior por la ventaja del temperamento. Los que enardecidos por exercicio estraordinario ú embriagados se bañan ó duermen al raso, y los que se entregan á los estravios de desarreglada conducta, apersiven todos con mucho rigor la epidemia. Los negros deberán quizá su inmunidad consabida á la finura del cutis que le franquea profusa transpiracion bajo un Sirio abrazador, con lo cual se descargan de humores y la sangre se exônera del superfluo calórico, de donde su frescura al tacto, ligereza, alegria, fecundidad y larga vida.

El estrago pues de la fiebre pajiza tan insidiosa á los no connaturalizados, se halla en razon compuesta de las fuerzas de la economia animal, y su reduccion en la inversa de la energia y densidad de la fibra muscular, ó abstraccion del mayor estímulo. Luego la no asimilada complexîon de los europeos al suelo y clima tropical de la América, dispone los recienllegados á contraer la epidemia, asi como su colonizacion con estacionar en ella, logra hacer impune ó por lo menos apocar la violencia de la calentura amarilla. El Dr. Jorge Davidson de Fort-royal en la Martinica ha reconocido por ensayos eudiómetros, que la porcion de oxîgeno que alli contiene el aire es mas que doble que en Europa. Con esto esplica, por que se oxîdan en aquella Isla con prontitud los metales, se acele-

ra la fermentacion y la putrefaccion, asi como la espedita rancidez de los aceites y la consumpcion humana.

Segun el preámbulo que antecede, los sujetos que por su energia radical, peculiar método de vida, cantidad de carne que entra en sus comidas y graduacion de aire que respiran, están menos oxîgenados que los de larga residencia ó nativos de climas ardientes, sentirán en llegando al paralelo señalado una sobre-oxîgenacion en su sangre que aviva el séptico óxîde de la infeccion ó hidrocarbonate del miasma. De consiguiente los paisanos y reclutas en la primavera de su edad ó en su primer viage á América, incitados de pronto por el incremento del calor y del oxîgeno perecen en mayor número en parangon á los avecindados y veteranos, al reves de los hombres en el ocaso de su vida que se rinden serviciales. Conforme á la propia advertencia, nuestras tropas destinadas á América deberian permanecer antes bajo el meridiano mas cálido de España é Islas, acampadas fuera de poblado, á fin de avezarlas insensiblemente al temple del nuevo Mundo; estrivando asimismo la futura salubridad de los embarcados en la buena ó mala estacion en que arrivan al otro emisferio. Por lo cual se procurará salgan las espediciones por Setiembre, con la mira de aportar allá á entrada de invierno y ganar tiempo para aclimatarse, siempre que las circunstancias no lo impidan.

Á cualquiera que ha pasado una temporada en la mar son notorias las novedades que el cuerpo resiente en el tránsito de un temple frio á otro cálido. Alli la mayor espancion que adquieren los fluidos antes que las fibras carnosas cedan al beneficio de la acrecentada transpiracion, rinde mas irritables los vasos durante el primer tiempo, y origina males de plenitud y acidentes que disponen á la diáthesis ardiente, por el recargo tambien del estímulo de la copiosa bilis dentro el estómago y círculo vascular; para cuyo reparo todo forastero al trópico pletórico é irritable, deberá sangrarse segun la mayoria de fuer-

zas, practicándose dicha operacion en ocasion que no haya marejada, y á los biliosos se les promoverá suavemente el vómito aunque repetido. No obstante que en la mar se aumentan las ganas de comer, á los militares y pasageros robustos deberia acortársele la racion, especialmente la provision de carne salada, desusando condimentos de especies aromáticas, y substituyendo al aguardiente bevidas menos perjudiciales como cerveza y vino aguado; por que si bien la disipacion de la perspiracion exîge mayor reparo, importa que el fundamento de todas las viandas sea de jugos vegetales y de granos refrigerantes. Las pociones alkolizadas y tragos ardientes aunque crian un temporario vigor y exîtamento, disipado su estímulo fugaz, descaece la excitabilidad de modo que la languidez sequela de una borrachera dura mas tiempo que los alegres momentos que la producen: por que los poderes animales léjos de reponerse se destruyen, y por su culpa muchos hombres criados para ilustrar la sociedad se embrutecen, degradan y truecan en humillantes monumentos de relajacion. Quizá los frecuentes exemplos de larga vida entre musulmanes se debe á la prohibicion religiosa del vino, cuyo goce lo recerva el Koram para su material paraiso entre los demas apetitos sensuales. El abuso del vino, como el de otros estimulantes difusivos, arruina pues los resortes del sistema nervioso y la inteligencia del hombre fisico-moral. En la mar conduce aprovechar los dias buenos, para que la tripulacion suba á la cubierta, airee su ropa, catres y hamacas; ánimando á la gente con entretenimientos de inocente recreo, á fin de distraerla de las molestias y congojas inseparables de los viages, constando el provecho de la serenidad y alegria de espíritu, en el procedimiento de la asimilacion. Los mozos que llegan á las Indias Ocidentales mantienen el aspecto de fortaleza y el color vivo por espacio de tres á cuatro meses, luego van perdiendo uno y otro á fuerz del sudor, hasta que quedan de contestura análoga á lo

americanos. En general la naturaleza eshibe bajo los trópicos al humano sistema aflojado, y sin el mismo vigor que marca los robustos habitantes de las Zonas frias, recompensando á los meridionales con esquisita sensibilidad, y por eso mas sometidos á la influencia de causas esternas.

El primer cuidado en bien del servicio militar al desembarcar, se ciñe á acuartelar la tropa en parages altos, nunca en hoyadas, valles, cañadas, ni al pie de lomas, faldas de montañas, ni en territorios circundados de cerros, por el daño de la interrumpida ventilacion y reconcentracion de los rayos solares. Tampoco deben alojarse en las vecindades de rios mansos ó grandes selvas por causa de la humedad, ni por el lado que vienen vientos cargados de vapores nocivos, que se le incorporan en su tránsito por los estanques y molinos. Se debe impedir traven anticipada amistad los novatos con la gente del pais ó se hagan camaradas con los veteranos, por que se evitan riñas é intemperancias, y no adquieren conocicimientos licenciosos que conducen á enfermedades.

En vez de fatigar los soldados al principio con guardias, deberia ser restringida su ocupacion á corto exercicio por las mañanas, y al cavo de algunos dias de detencion hacerlos marchar á destacamentos de saludable posicion. Si en las cercanias de los pavellones hubiese proporcion de agua corriente ó comodidad para baños, es inesprimible su recomendacion, no usándolos despues de comer, del trabajo, de caldeados ni lloviendo. Es plausible se alargue esta preparacion durante 15 ó 20 dias. Incumbe tambien á los oficiales iniciar al soldado á una gradual tolerancia de calor, haciéndolo maniobrar en seguida bajo toda la accion del sol, y acostumbrarlo por fin á resistir la impresion de los efluvios. Á cuyo logro cuando la milicia haya estacionado algunas semanas en situaciones saludables, puede por pocos dias cumplir su destacamento en plazas menos sanas y dormir en barracas, y á continuacion volver á su primitivo lugar, hasta que

variada la estacion y todos los sitios igualmente seguros, se quiten semejantes penosas si bien útiles marchas y contramarchas, guardando siempre la mas exâcta higiene.

Hablando Mr. Bertin sobre los medios de conservar la salud de los blancos y de los negros en climas calorosos se esplica asi: «Los temperamentos biliosos y secos la pasan peor en las Islas, siendo los que tienen mas que temer por el influjo del calor y abuso de los placeres, á que se inclina su complexîon. La sangre tiene allí una tendencia particular á cargarse de bilis..... por lo cual cuando esta no se junta con disposicion inflamatoria, conviene el vómito con precaucion..... En los lugares bajos, calientes y húmedos la fiebre tira á putridez y á indoles erisipelatosa.... Los excesos son alli mas trascendentes para los recien-llegados de Europa, por que acaloran sus humores y aniquilan la vitalidad; entre ellos el baile, el juego, las vigilias, marchas forzadas, trabajos penosos, pasiones de ánimo..... La relajacion de estómago produce en aquel clima frecuentes indigestiones, especialmente las carnes de tortuga, cerdo y ternera.» Lavedan. Trat. de las enferm. epidém. t. 1 p. 191. Guárdese alli comer frutas agrias y sobrebever aguardiente de caña, por que se esponen á cólicos peligrosos y á fiebres agudísimas. En enfermando los que acavan de arrivar, colóquense en caserias, nunca en hospitales generales por dañosos en la parte fisica y en la disciplina militar, siempre estra-muros y cuidando mucho de la convalecencia.

ANATOMIA.

Con dificultad se equivocan los cadáveres de la fiebre pestilencial amarilla en su aspecto esterno é interno, precindiendo de las mudanzas comunes á los cuerpos que cesan de exîstir. Casi todos los finados con la epidemia espiran descompuestos en el lecho, atravesados, boca abajo, con la cabeza ó miembros colgando de la cama, con

los brazos cogidos bajo del cuerpo ú torcidos acia la espalda. Dos terceras partes de difuntos despide tufo indisplicente semejante al de los virolentos é insoportable á las pocas horas del tránsito, especialmente los disueltos. Á poco de la muerte el cadaver se tiñe mas ó meno de amarillez, siendo contado el que no se desfigura mucho hasta desconocerse á guisa de ahogado ó fulminado, con las uñas moradas, la cara acardenalada, manchas purpúreas anchas por la espalda y por el flanco sobre que estuvo recostado. Con la muerte se cargan de color las manchas cutáneas, y las pecas se hacen mas estensas y numerosas. La ictericia sobresale en la medianía superior y delantera del cuerpo, pocas ocasiones se echa menos sobre el abdomen, espaldas y nalgas, do se espanden largas vetas moradas é interpoladas con listas cetrinas, sobre el vientre y los muslos son mas permanentes los ramalazos longitudinales. Los cuerpos obesos, corpulentos y sanguinos están mas propensos á ennegrecerse é hincharse, y á pocos dias de enterrados se desvaratan, y si se eshuman con facilidad se desprende la calaveera del tronco, rebosan al menearlos líquido negro por boca y narices, quedándole encostrado el mismo humor oscuro en la barba: en los que mueren á manera de lipirios, asume la tez un viso jaspeado parecido á granito. Igualmente campean por el busto y por los brazos pecas rubio-azuladas, nunca visibles en la cara y á menudo reparable un grupo de ellas de once á diez y seis sobre la clavícula derecha, y una solitaria sobre el parpádo superior del mismo lado.

Las partes moles se ponen floxas y las estremidades tan correosas, que sin esfuerzo se consigue doblarlas, ecepto raro cadaver que se mantenia contraido. Al comprimir y partir las carnes, se advierte tal blandura que retienen la impresion de los dedos, y al sajarla se diria, que el pellejo se asimila á un saco, dentro el cual estan contenidas las partes musculares. Los vasos cutáneos se

hallan éxângües á esclusion de los del cuello, que á menudo se llenan tanto que podieran diseñarse. Muchos cuerpos guardan calor por espacio de doce horas, particularmente por la espalda y el vientre. Ordinariamente los cadáveres yacen en los depósitos con los miembros no agarrotados, los puños apretados pero estensibles á poco conato. Suelen tener los parpados entreabiertos, y la esclerótica como rociada de ocre, los ojos mas encarnados que durante la enfermedad y casi ensangrentados. Á algunos le asoman lágrimas y se ve la pupila dilatada. La boca está medio cerrada con espumajos, asquerosa sanguaza, ó con el líquido oscuro que inunda la cama y á menudo el suelo, y queda encostrado en las asentaderas. Se observa repetidamente que sale alguna lombriz por narices. En muchos las entrepiernas se manchan de naranjado por la orina que al escurrir se queda pegada. Nunca se manifiesta meteorismo ni turgencia en los hipocóndricos, pero en diversas ocasiones ocurrian tumefacciones en la celular del cuello.

Si por el esterior cambiamento se conocen verosimilmente los muertos de la fiebre tropical, en su abertura no falla la divisa. Al cortar los tegumentos se descubren las partes moles teñidas de amarillo tirante á cobre; las fibras carnosas, los vasos y masas orgánicas se transparentan de un aplomado pavoroso, cuyo tinte h oseo empaña el bistouri, y los lienzos se colorean de un bermellon bazo parecido á sangre de toro. El licor aguanoso que regularmente se encuentra dentro las cavidades era constantemente pajizo. Por separado de las referidas alteraciones en las partes similares, se registran mortificaciones é irrupcion de sangre en los órganos que mas sufrieron.

Aserrado el cráneo brotava la diploide la sangre oscura que filtra en todos puntos, y en los que toleraron fuertes síntomas capitales, se encontraron las carótides internas turgentes, inflamadas las meninges, los plexôs

choroideos hinchados de sangre, y la mole celebral llenava completamente el hueco de la calvaria. En ocasion de un epidemiado comatoso hallé derrame cruento por encima de la dura-madre. En los fenecidos desangrados ó por desfallecimiento asfitico el parenchyma cefálico se descubria deprimido y cedia á la mas leve presion. Pero si no habia sucedido arresto en la cabeza, conservavan los sesos su consistencia y volumen natural. La diferencia de hallarse el cerebro de los epidemiados bañado con suero ictérico ú sanguinolento en lugar de apostemado, como lo habia inspeccionado Pringl en los cadáveres de la fiebre maligna de Londres, lo atribuye el Dr. Chisholm, al rápido curso de la calentura pagiza y á la mas larga duracion de la malignante de aquella metrópoli.

La region que menos se ostenta ofendida y casi ilesa es el thoraz, siendo digno de notar, que los órganos de la respiracion, una de las vias por donde se supone entra el miasma, sean comunmente los que menos sufren aunque en inmediato contacto. Nunca se manifiesta el pulmon aderente ni contraido, rara vez aventado y salpicada su periferia con pintas livoradas é interpuestas de vejiguillas erisipelatosas continentes humor amarillo, mientras su testura esponjosa estava matizada de venas varicosas tocadas de aplomado. El corazon y su ventrículo derecho se hallan dilatados, las auriculas y vasos coronarios con grumos de cruor negro acumulado en abundante copia, sus lacertos parecian barnizados de amarillo refinado. Mas al paso que se mira agolpada la sangre dentro del pecho, la ramificacion subalterna está vacia, á ecepcion de la vena porta donde se estanca el cruor. La sangre del corazon se asemeja en su consistencia tenaz á la de los ahorcados ó muertos por la electricidad, al reves la de las venas siempre fluida y morena. Por todo lo cual ningun síntoma de afecto pectoral señorea en la fiebre pajiza.

Raro cadaver carece de mudanza en el bajo vientre. Abierto el abdomen un hedor estraordinariamente nau-

seoso, y un color misto de verdoso-amarillento-aplomado indica próxîmo pasage á la corrupcion. El peritoneo participa del color de azufre pegado á todas las membranas. El omento se descubre tan macerado y desecho, cuanto aparece derretida toda la gordura del cuerpo. En los que habian sido afligidos con el máligno dolor ardoroso dentro el hoyo del estómago, se descubria un círculo interior flegmonoso tres dedos de ancho que ciñe en torno la sumidad de los pliegues que forman el cardias, de modo que si cortado se desdobla el orificio superior, se observan blancas las rayas intermedias ocultadas con las arrugas. Los intestinos por afuera no demostravan inflamacion, pero los vasillos de sus túnicas dilatados con la sangre morena le infundian una transparencia cárdena. Desde la mitad inferior del esófago á la mediania del duodeno se vé una prolongada flogosis interna. Á menudo las membranas del ventrículo se inspeccionan mas dobles que lo ordinario, y con frecuencia se nota la vilosa arrollada y raida, juntándose con la linfa glutinosa y deshilachada que la despalma y tapiza una materia negra como hollin, la cual si raspada del forro felpudo dejava la tela vascular mui encarnada y esparcida de pintas roxo-tostadas como en la gastritis, de no confundirse con aquellas rosetas propias de este sitio, y que tal vez antes de Morgagní la tomó algun incauto por sello de propinado veneno corrosivo. Tambien en las mismas túnicas solian encontrarse marcas de estravasacion, resultado de la precedente flogosis gangrenosa: causando admiracion, como tales pacientes conservan el vientre floxo y sin dolor á menos que se le comprima! En las corvaduras de los intestinos tenues y pliegues de los crasos, por la detencion del humor atrabilario, se distinguen impresiones de necrosis, mientras la porcion del canal liso se mira únicamente erisipelada. En el hígado no se repara otra alteracion que su consistencia mas firme, como si estuviera cocido: su superficie convexâ tenia un color ceniciento acercándose a

castaño, pero su parte cóncava estava tocada de amarillo. La cistifélea aparecia por afuera gris de tamaño natural, ora continente cantidad de bilis negra espesa como melaza ó de cólera azafranada, ora vacia: juntamente el ducto coledoco trasuda el mismo humor fusco á la celular adiacente. Finalmente la vejiga orinaria dilatada encierra escasa porcion de orina turbio-pajiza, aunque los pacientes no hubiesen vertido aguas los cuatro dias postreros.

De los ensayos con el vómito pardo en averiguacion de su calidad resulta: ser compuesto de porcion de agua tinturada con resinosa y mucilaginosa sustancia no en perfecta solucion, y de bilis pervertida por un ácido en combinacion. Gatos y perros han comido pan remojado con vómito, y la misma vomitadura sin detrimento. El Dr. Firth de Salem el año 1804 se inoculó varias veces con el humor negro sin daño: tragó su estracto en píldoras y dos onzas de fresco vómito sin esperimentar la menor incomodidad. De su analisis química infiere: que el ácido fosfórico con el muriático presta á la materia del vómito negro la cal, la sosa y la resina, el agua le ministra el hidrogeno y oxîgeno, el azote la sustancia colorante y la animal untuosa, y el gas hidrogeno sulfurado probablemente la provee del principio azucarado. (Musæum médic. p. 119.) Mancomunado en Velez-Málaga con un inteligente farmaceútico D. Manuel Lainez practicamos varias diligencias acerca el vómito negro. Llené un vaso grande del referido humor sacado del estómago de un cadaver, reposado á pocas horas deponia mocos parduzcos á similitud de fluecos copos ó peluzas nadantes en agua amarillenta y sucia, que en los dias siguientes sabia á picante orinoso. Derramado el vómito prieto sobre un lienzo blanco, separa un círculo excéntrico aguanoso y concéntrico otro oscuro y espeso. Gustado escaldava la boca. Al vaciar pausadamente este vómito á otro recipiente, quedava un sedimento de moco térreo y lodo oscuro. Con este mismo vómito mezclé por separado ácido sulfúrico;

nítrico, y acético sin ocurrir otra mutacion, que cargarse con este último ácido un poco mas el color verdinegro: cuatro meses conservé otro vaso con vómito, habia criado por cima una costra de moho ó eflorencia blanca esponjosa de cinco líneas de grueso, depositando un poso negro jabonoso con hedor y sabor de fosfate amoniacal comparado á pescado podrído.

Pusimos á destilar 26 onzas de vómito reciente en una retorta armada con su recipiente. Al tercer dia habian pasado 15 onzas de agua lactiginosa de olor empireumático, la cual manifestava corta porcion de aceite disuelto. Nunca logramos algun precipitado con los reactivos. En la retorta residuaron de 9 á 10 onzas de un barro blando fetidísimo. Tambien mezclamos corta cantidad de vómito prieto frescamente lanzado con media dracma de potasa y otra porcion con agua de cal, y en ninguna se notó mudanza que indicase contener ácido. Unimos el vómito con muriate de hydrargiro sublimado sin apariencia alkalina. Lo combinamos con gas amoniacal por si encerrava cobre, con tintura de hematite por si adstringente, con ácido gálico por sí ferruginoso, con acetite de cobre por si amoniaco, únicamentre con el vinagre de plomo líquido (extracto de Saturno) se permutó el color del vómito en lactiginoso, dándose á entender incluia un leve principio de selenite.

SÍNTOMAS.

Suponiendo el estudio preventivo de los síntomas que caracterizan y acompañan las fiebres esenciales, y deben tenerse presente para aplicarlos á la actual que se reviste de la forma de todas, señalaré únicamente las marcas peculiares á nuestra fibre tropical; persuadido surtiria imperfecta cualquier descripcion lacónica, y utilísimo un prolijo dibujo de su procedimiento, sin esperar que todas las señas de este bosquejo sucedan indefectibles y

seguidas en los epidemiados, ni deje de pervertirse el órden con que se advierten en las diferentes apariencias de sinocal, gástrica, disolutoria, nerviosa, gangrenosa, ó mista.

Lo primero se ofrece contemplar al médico delante cualquier enfermo con la epidemia es el semblante inmutado, siempre anunciando el sobrescrito del mal. Es inesplicable el ceño que asume su oroscopo variando á compas del estado de la malatia, mucho mas facil de concebirse que retratar con palabras, y que un golpe de ojo descubre de parte del médico. En los casos pesados si el doliente es sanguino, su rostro se pone túmido-colorado, los ojos aguanoso-relucientes, la albuginea sonrosada mas constante ácia la parte inferior, sin dolor y sin la ramificacion ensangrentada que en la oftalmia leve. Ordinariamente desde el primer dia nunca falta un viso encarnado en los ojos, signo inseparable de todo apestado. En ocasiones desde el primero ó segundo dia se divisa la esclerótica color de canario en lugar de su blanco-celeste. Al cuarto si la fiebre pasa á maligna se deprime la cara con espresion de tristeza, la cornea se tiñe de encarnado-pajizo, los ojos indices del por venir se vuelven mustios sombríos y pierden su brillantez. Nuncios del delirio eran los ojos lustrosos, encendidos y reventones, moviéndose con celeridad dentro el órbita; siendo en todas coyunturas marca de congestion dentro la cabeza la permanente dilatacion de pupilas. Señales que la cercana muerte rondava al paciente, eran ponerse las facciones algo abultadas, mui desemejadas, pálido-cárdenas, los párpados entreabiertos, los ojos hundidos y cristalizados, y en la agonia la resudacion de una linfa coagulable empaña y enturbia la vision con asomo de algunas gotas de lágrima.

En cualquier periodo eshibió la periferia cutánea los signos menos equivocos de la epidemia peligrosa. Acia el temprano estadio y en el aceso de frescura se contraen

los perfiles de la facha, la piel se arruga, pone áspera y seca, comparable á la de gallina desplumada. Comunmente al tercero dia se toca el cútis fresco, lo que induce á negar la presencia de la calentura y del riesgo, pero luego la muerte escluye los medios de rectificar el yerro. Tambien una marmorea apariencia se percive cercano el mortal remate, no correspondiendo entonce la frescura de los miembros con la calor del tronco. Generalmente se reviste el pellejo de un paño bazo dificil de decir, pero distinguible á los acostumbrados manejar enfermos de la epidemia. En varios parages solia afearse el cutis matizado con vetas pálido-azuladas nunca lustrosas, y si con listas atezadas color de vino turbio, las cuales cuando tomavan posesion de la cara hacian espantosa sombra y desfigurado el doliente. Anchos cardenales semejantes á remiendos se difundian por la circunferencia del cuerpo pocas horas antes de espirar. En tanto el color pajizo que presta singular nombre á esta fiebre, suele comparecer y aun preceder poco tiempo á la invasion, pero regularmente se manifiesta cerca del tercer dia, retardándose y acelerándose con respecto á la graduacion del mal, siempre con mayor peligro cuanto se anticipa y carga de color hasta pardear. Se ha escrito que en otras fiebres y en el morbo regio empieza el cejo azafranado por el blanco de los ojos y raiz de las uñas, cuando en la fiebre amarilla principia á rayar por los carrillos, y curso de las venas yugláres.

La fiebre en cualquier tiempo es inseparable de la peste, cuando no constituya su esencia total, sin embargo que en los enfermos agravados no se apercibe destemplanza por afuera. La calentura varia sumamente, el fresco aceso era de corta duracion, rara vez seguido del encendimiento, sed y anciedad que en las intermitentes. El primer parosismo remite á las doce horas. El segundo es menos fuerte y menospreciable su frescura, da cual no se reproduce en los dias sucesivos. La esploracion del pul-

so sobre la cual ponen tanta confianza los esfigmicos, no es la guia segura del médico para conocer la suerte de los epidemiados, por causa que en ninguna otra enfermedad se toca mas engañoso; si bien debilitándose, concentrándose ó haciéndose capilar confirma el peligro y la próxîma muerte. Las notas menos variables del pulso eran viveza al comienzo, luego molicie y pequeñez, y acia el remate desigualdad, jamas dureza. Durante la horripilacion se nota el pulso tirante, con el recargo caloroso adquiere un grado de blandura, y en adelante llega hasta adelgazarse como cuerda de violin. En su estremada tardanza no baja de 30 latidos por minuto, y en su mayor celeridad no pasa de 95 ritmos. Es fijo que durante la tumultuosa contienda del mal, se mantiene el pulso connatural aunque asociado á desagradable frescura, mas impropiamente se atribuye tal modificacion á ausencia de calentura. Se ha negado á la fiebre amarilla el pulso intermitente, no el deficiente ni el vermicular. En las circunstancias deplorables desaparecian á la mas leve presion las pulsaciones al carpo, tanto como el aura suscitada junto al paciente inducia frialdad.

Los dolores tambien ocupan señalado lugar entre los síntomas de la epidemia, no solamente por los parages preferentes de que se apoderan, sino por ciertas consideraciones anexâs á ellos; aconteciendo que cuando la máquina caia bajo el ataque violento, se advertia diminucion de excitabilidad, pero si la naturaleza se lenvantava de la opresion, sucesivamente recuperava el cuerpo su sensibilidad primitiva. Asi en distintos lances vimos enfermos adoloridos al tocarle, mientras otro permanecia en estado de torpeza. Á menudo los brazos se adormecen. El dolor de cabeza se ciñe á la frente ó sobre el órbita tirando acia la raiz de los ojos con intolerancia de la luz. Una confusion mas bien que cefalalgia se hace molesta sin estenderse el dolor al ocipite. Alguno se quejó de tortura en las orejas comparándola á fuertes ligaduras. Rara vez falta do-

lor de cintura al ingreso del mal, prolongándose hasta las pantorrillas á modo de calambre. Tambien se quejaron de dolor de corazon taladrante acia la espalda. Varios se lamentan de opresion en los precordios que no saben esplicar claramente. La delicadeza que se siente al comprimir el hoyo del estómago, un dolor ardoroso con angustia, y la ocupacion á guisa de bola dentro el ventrículo, eran signos tormentosos: quejándose casi todos los epidemiados de pena y congoja en este sitio. Á menudo el paciente soporoso egecuta movimientos irregulares recostándose sobre el vientre, lo que inducia á pensar le inquietavan dolores interiormente. Las criaturas en particular sufrian fuertísima gastritis, cual si se le arrollasen las tripas, davan gritos descompasados, doblándose, arañándose la barriga, y deponiendo entre los retortijones atrabilis como tinta de choco hasta morir. Ya Hippócrates en una constitucion pestilencial dejó anotado: *primum quidem tenesmi multis dolorose, plurimis autem pueris, et omnibus qui erant ante pubertatem, et plurimi horum peribant.... Atræbilis item forma subsanguinea, febres ardentes et phrænitides ac dysenteriæ hos tentabant.* De morb. popul. sect. 3. p. 134. La abertura del cadaver de un muchacho de 12 años fenecido con los síntomas referidos nos mostró los intestinos tenues morados, los crasos y el esfinter gangrenados y la cistifilea mortificada con bilis-atra.

La debilidad se ha reputado marca inseparable de la peste y distintivo de su mas terrible forma. Un dia de calentura abate estraordinariamente la persona, y en el estado avanzado se creeria carecen de pies y manos, con tal pereza que mandándole sacar el brazo para pulsárle, lo hacen arrastrándolo, y acomodándose á lo mas hundido de la almoada y colchones se escurren á los pies del lecho, prefiriendo quedarse hechados de cara á la pared por no ser molestados. Muchos no se encuentran capaces de volverse ni levantar la cabeza ó sentarse en la cama por el desvanecimiento. Agarrándolos por el brazo

para moverlos retornan á la misma postura. Otros cambiando de posicion sin cesar, demuestran el alivio que buscan sin acertar á decir que les molesta, desmayándose al bajar para las diligencias corporales. En circunstancias agravadas se les ofusca la vista, anuda la voz, asoman lágrimas y los esfinteres pierden su elasticidad. Se les nota involuntariedad de hablar, nacida no de confusion de ideas sino de inercia en los órganos de la loquela. Tal vez durante el postrer periodo las fuerzas morbificas (apropiadamente llamadas) aparecen con sorpresa mayores, tanto que algun epidemiado imposibilitado antes bajar de la cama, se escapó del dormitorio y subió al terrado por un particular excitamento, al que sigue la muerte dentro de tres horas.

Las potencias sensitivas y motrices desde bien temprano se menoscavan y llegan á abolirse. Un interior presentimiento les anuncia en silencio su desgracia, advirtiéndose estan poseidos de temor y en adelante desconfian hasta de los remedios: encajan los dientes para reusarlos, y de pocos se narra conservasen el entendimiento despejado. A los enfermos aunque se les aliente, oyen pero no atienden como si embriagados, ni manifiestan mayor fiducia en la esperanza que se les dá de vivir. Escuchan con distraccion, fijan la vista, reconocen quien le habla, sin pedir ó apetecer cosa alguna: se olvidan de todo y consentidos que perecen, no buscan mas sino que los dejen, se vaticinan la muerte y aciertan. Preguntado el paciente en adelante sobre su estado, no se complace contestar, y si lo hace á instancias y ruegos, responde por monosilabos *mal* si está en su conocimiento, y si atolondrado *bien*, pero sin querellarse de alguna molestia. Si se le manda sacar la lengua, no la entra hasta que se le intima la retire ó se le empuje con los dedos; tiene aversion á todo, hinca la barba en el pecho y se tapa.

El delirio nunca aparece antes del segundo dia, y

regularmente por la mañana se sosiega. Han reparado los clínicos, que los apestados disparatan con un bajo devaneo llamado *typhomania*, ó desvario confuso con letargo. La cara, ojos y acciones del paciente se asemejan bastante á las de un ébrio no desenfrenado, mas siempre inquieto. En las horas que desatinan, mueven incesantemente los labios, murmuran y forcejean por alcanzar la cosa ó personas que su descompuesta percepcion le pone por delante. En medio á los transportes que le acometen, jamas imaginan ilusiones de una felicidad lisongera. Suele suceder acia el quinto dia, que se sosiegan por pocas horas, y los circunstantes se consienten en la mejoria, mas luego espiran de pronto. Vi en Puerto Real un jóven habil cirujano desatentado, con los ojos prominentes y sin conocer, la mañana del sexto dia de rodillas sobre el catre despedazando las sábanas, mordia las perillas, y se avalanzava contra las personas que lo contenian dos horas antes de morir. Un ganadero se tirava de la cama por salir al campo en busca de sus reses, y un minorista en Medina se huyo á la azotea voceando á sus compañeros: ambos fenecieron. Otro infeliz de recaida en el hospital de Velez, era tanta la algazara y furia gritando incesantemente y llamando al diablo, que no podiénle reprimir tres hombres, fué menester sacarlo de la sala y amarrarlo. En la abertura de su cadaver hallé sobre el emisferio izquierdo del cerebro una gelatina ensangrentada simil á gordura de gallina, de la dimension de la palma de la mano: la dura madre estava de color violado y los vasos de las meninges y carótides repletos de sangre grumoso-negra, las demás cavidades sin alteracion. Hai un medico justamente acreditado entre nosotros, que reconoce por mortal toda frenesi en la epidemia.

El coma nombrado por el Dr. Clarke síntoma desesperado en la epidemia, es seguramente el mas deplorable entre los trabajos de la fiebre amarilla. Pasado los tres primeros dias siempre hai tendencia al adormecimiento,

pero jamas falta completo en ocasiones desagradables. Entonce el enfermo era despertado instantaneamente por el vómito, contando por una noche el breve intervalo de su sueño, mientras con la cara estúpida ó espantado no comprende las preguntas que le hacen. Los movimientos convulsivos y el estertor no son tan asiduos en la epidemia como en otras calenturas perniciosas. Una jóven desahuciada al quinto dia con el vómito tenia una mocion tumultuaria en la lengua, que la entrava y sacava sin cesar hasta pocos minutos antes de espirar. El hipo era síntoma frecuente y mas constante al incorporarse el paciente, pero cuando no agregado á otras marcas de gravedad no se hacia temible.

El vómito por antonomasia de la fiebre amarilla constituye el signo mas alarmante y rebelde en la epidemia, por que inutiliza la via de alimentar y medicinar los enfermos: infunde ademas desaliento por sus estraños cambiamentos, y por la perversion que indica de la entraña delicada que lo arroja; demostrando su presencia no embarazo de congestion saburral dentro el estómago, sino su irritacion y flogosis. El paciente aunque se esfuerza tragar cuanto se le ministra, lanza todo aun las bevidas mas sencillas antes que bajen al ventrículo, particularmente el caldo que aborrecen, menos el agua fresca. Desde el primer dia comienza el vómito simple ó de cóleras, revuelto con las últimas pociones ó comida. Al segundo, tercero y cuarto dia ya se arroja el líquido pardo con raeduras mocosas simil á cocimiento de café no sentado. En adelante la espulsion no es tan continuada, pero su descarga mas copiosa á caños y sin arcadas; con cuya evacuacion se sosiega de pronto el enfermo, hasta que acumulada nueva porcion se renueva el lanzamiento, travado á menudo con partículas de sangre. Durante la tercer época se provóca un humor negro parecido á cisco molido, tal vez con alguna lombriz.

Comunmente sucede en los epidemiados obstinado es-

treñimiento de vientre, al principio notoriamente dañino. Entonce las vascosidades son de especie gredosa y cenicienta como legia. A veces las deposiciones fueron cuantiosas mas no frecuentes, y al contrario sin ser fétidas. Ocurrió algun caso con diarrea de material oscuro sin estrépito y con alivio. Á la fin los despeños se hacian coliquativos, espumosos, hediondos, involuntarios y carbonosos, diferentes de la atrabilis de los antiguos por faltarle lustre y espesura. Regularmente la orina no discrepa del estado sano, aunque solia ponerse encarnada y escasa durante el acrecentamiento. Al recobrarse los epidemiados deposita la orina un sedimento como de sieno. Asimismo la iscuria, que en esta fiebre se hace reparable por su temprana aparicion sin turgencia, no dimana de detencion de orina dentro la vexiga, sino de insecrecion por la general perturbacion de las funciones.

Entre el grupo de signos reparables en el tifo ictérico merece reconocerse el aspecto de la lengua, no por que por ella solamente pueda el médico formar positivo concepto del mal, sino por la guia que saca de sus cambiamentos. Ordinariamente está humeda y blanca los primeros dias nunca sarrosa, y sí como rociada de arina, a menudo con borde vermejo. En seguida se advierte con dos lineas longitudinales externas amarillas y las dos centrales encarnadas. Avanzando la calentura se pone seca, dura, gorda y roma igual á la de los papagayos: á lo último con grietas torcidas y velada de aplomado-fusco, cual la de los que acavan de bever vino tinto, con cuya muestra nadie escapa buenamente. Nunca se carga con el forro grueso y con la negrura que en las demas fiebres esenciales. Tampoco la sed, humedad y amargor de boca siendo aqui moderados, corresponden á la gravedad de los demas síntomas, como sucede con otras calenturas menos peligrosas. Hubo exemplo de limpiarse la lengua, remojarse, quedarse sonrosada y desgraciarse el enfermo. Cuando descuidavan bever los pacientes ó usavan pocio-

nes ardorosas, pronto se mostrava la lengua anaranjada seca y surcada.

En ninguna dolencia, ecepto el escorbuto, ocurre la epistaxîs ó fluxo de sangre mas profuso y temprano que en la peste, ni en ninguna aprovecha menos que en esta, si bien no siempre la hemorragia era síntoma letal aunque fuese copiosa. Generalmente la efusion de sangre sucede por nariz y encias, con escupos sin toz. En casi todas las epidemias se anticipa y aumenta la menstruacion y los loquios. En el estado deplorable se observa la boca bañada de sangre fétida y oscura, al mismo tiempo que las deposiciones ventrales mistas de atrabilis y de sangre grumosa completan la *melena*. En circunstancias menos agravantes es trivial y discreta la sangre nasal, no juzgándose entonce entre los acidentes funestos. La sangre estraida de las venas aparenta siempre negruzca, poniéndose luego mas encarnada con el aceso del aire, segun lo ordinario: por cima del coagulo se descubren vetas ó manchas blanco-verdosas. He reparado tambien salpicadas en la superficie del cuajaron pintas negras ahujeradas tamaño de lentejas en epidemiados, en quienes se manifestaron luego petequias. Finalmente si en una epidemia de fiebres agudisimas la tumefaccion glandular y flictenas deciden el caracter de la peste, la calentura amarilla cuenta casos de bubones, si bien no frecuentemente con renitencia á resolver ó supurar. Tuve un epidemiado grave con parotide tan abultada en el lado izquierdo del cuello, que por la compresion sobre la yugular y carotide esterna, se recargó la afeccion comatosa y sufocacion que lo acavó, no obstante de haberle sajado el tumor inmaturo.

Á triple orden puede reducirse la carrera de los sintomas de la epidemia. Por fortuna en el primero se incluye la parte mas numerosa de enfermos. Dura la calentura moderada unos dos ó tres dias, rara vez una semana, con aparato ordinario y sin forma especial. Cede al sudor, comedida diarrea, estilicidio de sangre

nasal y sin necesidad de remedio farmaceutico, salvo algun cocimiento diaforético ó medicina ecoproptica.

Signos preventivos de la segunda clase eran cansancio sin motivo manifiesto, defectivo apetito, tristeza, dolores vagos y pasageros, descolorimiento, frescura, pesadez de caveza &c. Á continuacion bostezo, desperezo, calofrio (jamas rigor ni temblor) intolerancia de la claridad, dolor de cintura, fatiga en el estómago, ansia de provocar ó vómito verdoso; subintra calor con bochornos, pulso pleno acelerado mole, sueño interrumpido, voz bronca y hastio á cualquier manjar. El doliente pasa la primera noche con inquietud, y acia la madrugada declina la calentura con sudor. Al segundo dia vuelve el pulso á descomponerse sin nuevo calofrio, y con menos fuerza se reproducen los síntomas del primer paroxismo, los que se acortan mas á la tercer jornada.

Cuando el mal camina concertadamente se desvanecen las indicadas molestias con pausa, las fuerzas se sostienen, el cutis se ablanda y nada de cuidado sobreviene. Pero si la malatia prosigue siniestra derrota, unos síntomas se alijeran para ceder lugar á otros mas graves. La calentura remite y se oscurece, se sostiene la vigilia, el cuerpo queda destroncado sin dolor, el pulso bajo y lento, lo que lisonjea asomo de recobro. Mas no tarda en desvanecerse tamaña serenidad pérfida, tras la cual viene el segundo periodo desplegando diverso tren de síntomas con redoblada malignidad.

Sobre el cuarto dia á la decoracion sinocal subroga la tifoidea. Precede noche quieta, decaen las fuerzas, la viveza se amortigua, la tez sonrosada se trueca en pajiza. El estómago espele á bocanadas cuanto traga misturado con líquido color cascara de castaña, quejidos y desasosiego. Al quinto dia lamentos de ardor dentro el estómago con vómito parecido á chocolate. Suceden hemorragias, delirio mite y soporoso, hipo con filtracion cruenta por las encias &c. Tal vez se advierte un movimien-

to automático de los labios como de mascar. Al sexto dia desesperados signos fijan el tercer periodo, que puede reputarse empujo del antecedente, cuyo plazo no excede de venticuatro horas. En este estadio todo indica tránsito al gangrenismo, reduccion del pulso á vermicular, frescura por el ámbito del cuerpo á reserva de la region epigástrica, la cara hippocrática, vómito incesante, lengua balbuciente &c. Á la entrada del septimo letargo, impedida deglucion, vómito carbonoso entreverado con sangre, los pies destapados y cárdenos. El moribundo exhala transpiracion fastidiosa, aliento frio, y con breve estertor fallece. Muchos no llegan al fin de la semana, fenecen al tercero cuarto y quinto dia. Se cuenta algun epidemiado que por corto intervalo recobró los sentidos, se sintio aliviado de pronto y sosegó con sueño natural fementido; pero ah! ilusorios preludios de su ruina, por que sobre una inspeccion perspicaz se traslucia empañada la diafanidad de la cornea, el cutis pegajoso y fresco, agolpándose luego de improviso á las dos ó tres horas el síncope con la muerte.

Pero la forma terrible y maliciosa de la epidemia es su presentacion nerviosa, de la que nadie sale con vida. Hace tiempo que el célebre Jackson la habia descrito casi destituida de ictericia y vómito negro. En efecto embiste con aproches de traicion. Aqui el primitivo asalto de la pirexîa no está vivamente marcado con los altos síntomas de ardiente, orgasmo y excitamento, sino con los solapados de tifo asfitico, lipírico ó fiebre de coágulo. Á menudo se esconde la fiebre sin declararse al pulso, mas la postracion, vertigos, semblante nunca encendido y sí color de limon maduro, mustio y estenuado de pronto, descubren su ocultacion. El Dr. Davidson compara la cara de tales epidemiados á la de un salvage poseido de horror y desaliento. Mirándolos no aparentan peligro en su serenidad, ni estar de cuidado, conversan como sanos aunque no mucho, pero se notan meditabundos con los ojos ba-

jos como si reflexîonaran grandes cosas, ó reconcentrados en si mismos no padecen las angustias que los de la clase anterior. La lengua, el estómago, el vientre, la orina &c. todo procede sin mayor disturbio, mientras el cutis va tomando viso jaspeado-violaceo. Los enfermos silenciosos suspiran, profieren con pausa y no pueden estar sino acostados. Demandados como se encuentran? replican que *asi*, y vuelven á deprimir la vista. Alguno persevera en una especie de enagenamiento, otro de duerme-vela. Yacen supinos con las manos cruzadas sobre el pecho, y los pies estendidos sin demostracion de sentimientos. Á intervalos murmuran entredientes, y progresando el mal cogen peluzas, hacen lio con la ropa ó piden los vestidos por que se van, escupen sin tino, toman el alimento y las medicinas mecánicamente. Los mas sin mutacion reparable, aunque negando su estado de cuidado, bajo inesperado deliquio ó súbita convulsion al tercer dia se quedan muertos.

PRONÓSTICO.

Inciertas son las predicciones de los morbos agudos acerca la salud y la muerte, dijo el oráculo de Coo: sentencia en ninguna enfermedad comprobada mas segura que en la peste, ni mas cabalmente adaptada que en la inconstantísima fiebre amarilla, en la cual casi todos los signos son ambiguos, y pendientes de mil eventos. Cuya máxîma incertidumbre arrancó el consabido dicho de Morelli: «que en la peste engañan los sentidos, la razon, los aforismos, y el mismo Hippócrates se equivocaria; sucediendo que el falaz enemigo mientras acaricia, maquina insidias con mostrar en el frontis la salud, y en el reverso escondiendo la muerte." Por lo propio Silvio Deleboé (Oper. medic. p. 417.) queria cautos y avisados á los aplicados á la medicina, á fin que en la peste no se fiaran lijeramente de repentina é inesperada mejoria,

por que pareciendo aliviado alguno de los síntomas importuno antes al paciente, solia esconderse entre la yerva la sierpe, matando impensadamente los desprevenidos. Semejantes autoridades nos enseñan tambien otra importante leccion, para que nunca abandonemos los epidemiados aun reputados por desauciados y sin vislumbre de esperanza: siendo nuestra obligacion agotar los recursos, disputando á palmo con la muerte, á favor de una sana práctica dictada por la Ciencia y garantida por la humanidad. Aquella siendo una gran médica verdad, que jamas debemos desesperar, interin la llama vital anima la fábrica por feble que esté, por motivo que puede ser fortuitamente relumbrada por una chispa. Si asumimos el esclarecido nombre de médicos, procuremos merecerlo vacando con los desvelos de nuestra preciosa facultad, cuando asistimos especialmente en la epidemia: imitadores del Dr. Lean, quien entre otros epidemiados gravisimos logró tornar á vida á un soldado ya frio, sin pulsos y convulso. An Inquiry. &c. p. 144.

Si para tener anticipado y debido conocimiento del caracter de las epidemias y dolencias populares, es menester estudiar á Hippócrates; mucho mas será indispensable para el acierto de las adivinaciones, aprovechar las advertencias de sus pronósticos: en los cuales nadie le ha excedido, y en donde desplegó la profunda instruccion que tenia de las obras de la naturaleza, hasta descubrir por ella, aunque no en términos distintos, la inmortalidad del alma y su celestial Hacedor. *Ego ad hunc usque sermonem communibus sententiis utor tum aliorum, qui me præcesserunt, tam etiam meis: necesse enim est conmune principium sententiis supponere eum, qui velit hanc de arte médica tractationem componere. Verum de rebus sublimibus in aere, ac cœlo neque opus habeo dicere, nisi quod quantum ad hominem et reliqua animantia, quæ sunt et nata sunt, pertinet, demonstrabo, et quod anima sunt, et quod sanitas, et quod morbus, et quod in homine malum ac bonum, et un-*

de moritur. Nunc autem ipse meas sententias profero. Et videtur sane míhi id quod cálidum vocamus inmortale esse, et cuncta intelligere, videre, audire: et scire omnia tum præsentia, tum futura. Hujus igitur plurima pars, quæ turbata essent omnia, in supernam circunferentiam secessit. Hipp. de carnib. n. 1. p. 18. Por lo cual y suponiendo sabida de antemano la norma ds sus presagios ordinarios, señalaré únicamente los privativos á la fiebre tropical.

Como el idioma carece de voces para espresar vivamente la menudencia de los síntomas, de los cuales se sacan los pronósticos, es necesario que una atenta observacion supla lo posible para adquirir esta divina rama de la medicina. Indefectiblemente los gestos, las miradas y la perspectiva destinada en cierto modo á predecir lo futuro, halla embarazo para darse á entender con vocablos en la actual dolencia, á similitud del lenguage de las pasiones y de sus secretas cuerdas tan facilmente comprendidas por el alma, pero con dificultad trasladadas al discurso. En tanto por un solo síntoma, por un particular cambiamento ó por una singular apariencia no vale arriesgar un fallo decisivo, mientras no se descubran indicios satisfactorios, sobre los cuales anticipar ó diferir el voto. Únicamente de la combinada situacion del paciente puede cimentarse razonable idea del éxîto, nunca asegurando la resolucion del mal hasta pasado el dia cuarto, siempre ladeándose á lo triste, por razon que algun epidemiado mandado vestir la víspera, fué conducido al cementerio el dia siguiente. En todo caso la gravedad del mal se mide por la distancia que los signos guardan comparativamente del estado sano, resultando siempre mas triste la profecia cuanto mas pujante el concurso de causas morbosas y complicada la turba de síntomas, cuya duracion y fortaleza prepondera con el peligro. De manera que el acometimiento sencillo se diferencia del malo, y el seguro fin se distingue del arriesgado en la mayor ó menor embestida de las mismas señales, con la recípro-

ca igualdad tambien que el ataque leve y el mortal guardan corta duracion de dias. Indudablemente la nimia robustez personal, que tan recomendable se esperimenta en los demás géneros febriles, redunda nociva en el espantoso tifo ictérico, adelantándose el vómito negro en mayor copia, y desangrándose el paciente con mas celeridad. La magnitud del mal debia computarse asimismo por el aparato del primitivo ataque, con el cual corresponde la salida. *Nam per id temporis, grassantium popularium morborum, ne bonis quidem fidendum est signis.* Pasta in Hipp. aphorism. p. 41 por que *divinum quidem in morbis inest.* Hipp. pres. lib. 4.

No obstante la falible doctrina sobre las crises y dias críticos no amplificada ni reducida á segurísimas reglas por la aprehension de los hombres, puede hasta cierto punto inducir vislumbre de prevision en circunstancias señaladas de la epidemia. Por exemplo el tercero dia era de término, y el cuarto cuando no letal era índice del séptimo. El sexto era fatal, por eso llamado *tirano* por Galeno. Regularmente si sobrevivia el paciente al septimo se alentava la fiducia del recobro, rebajando entonce la calentura de su índole maligna á una forma ordinaria, y haciéndose mas dócil á ser manejada con acierto. No se diferencian radicalmente los síntomas críticos de los sintomáticos, sino atendida su mala ó mediocre asociacion y engrandecimiento.

Morbíficos fenomenos indicantes sumo riesgo en la epidemia era la torpeza del sistema con negligencia á todo acontecimiento, reputándose menos mala cualquier impetuosa reaccion, que la vencida y subyugada naturaleza; por motivo que muchos epidemiados superado el término agudo no se restauraron por la invencible postracion, lo que hacia siempre apetecible la duracion de fuerzas: verificandose constantemente, que el abatimiento al principio con frecuentes deliquios ó palpitacion de corazon tenia funesto remate. Cualquier disturbio en las operaciones del sen-

sorio avisava siniestro aguero, por razon que la vida se extingue casi siempre por lesion en el cerebro. En todas coyunturas contribuyó á fijar la certeza del anuncio reparar los perfiles de la cara, los cuales cuanto mas semejantes al natural, tanto mas loable y al contrario, pero acercándose á lívido infaliblemente sobrevenia la muerte. *Considerare oportet per morbos acutos, primun quidem faciem ægroti, an similis sit bene valenti, máxîme autem sibi ipsi.* Hipp. præsag. lib. 2.

El permanente encendimiento de ojos indica que las carótides internas de que son bâstagos los vasillos de la esclerótica, se encuentran atascados de sangre, asi como la perturbacion de la vista es señal de cuidado. El pulso connatural durante el auge del mal era siempre falaz, y mas engañoso si acompañado con síntomas graves, tal el singulto, letargo &c. El delirio que no se aplaca con el sueño ó no desvanece bajo un copioso sudor, prosiguiendo pertinaz, amenaza degenerar en legitimo furor. El sopor tras el devaneo fue constantemente mortal. Confirmamos con los redactores de peste, que de los epidedemiados que se quejaron de ronquera, estorvo, dificultad, apreton ó dolor en la garganta, sin tumor, aftas, sequedad ú otra incomodidad manifiesta, era casi cierta é infalible la muerte á las venticuatro horas, aun cuando se le agregase otro índice que podiera ministrar prestigio de confianza: si bien hubo caso leve donde la molestia de tragar dependia no de presumible convulsion ó paralisis en la traquea, sino de visible rubicundez en las fauces y velo palatino. La amarillez y las parótides se juzgan sintomaticas compareciendo antes del dia septimo, y críticas transcurso dicho término.

Cualquier subitanea mutacion dava á entender próxîmo empeoramiento. Por exemplo, si de pronto y léjos de una causa patente sin dejar de bever se seca la boca, engruesa la lengua con aspereza, tostadas las porciones laterales y las centrales blancas, juntandose mite de-

lirio, demostrava acumulacion dentro la caveza, aconteciendo el fallecimiento al dia siguiente. En las grandes sequedades la repentina falta de sed, arrimándose otros síntomas de consideracion, prenunciava gangrena. Cuando de un alto grado de demencia y tumulto bajava prontamente el estado del enfermo á otro distinto de debilidad y aparente tranquilidad, espirava á las tres horas. Siempre era mala señal, si al tiempo de hablar al paciente se necesitava excitarlo de la distraccion taciturna en que se hallava. Las variaciones meteorológicas poco influyen sobre la suerte de los epidemiados.

«Si despues de un sudor estraordinario se queda por momentos el epidemiado figurándose bueno, mas sin agilidad satisfactoria y con ligeros calofrios, solia sobrevenir el vómito negro, y á las venticuatro ó treinta horas moria, siendo aun mas cierta la fin, si se agregava deslumbramiento seguido ó por intervalos. Los enfermos que sentian punzadas dentro el vientre que les obligava á dar gritos, negándose á tomar alimento y medicinas por no estar en su cabal juicio, fenecian indudablemente antes del término ordinario. Los que apenas apercivian frio al contraer la epidemia, y decian mantenerse por mera precaucion en la cama sin gana de alzarse, con dolor de caveza, todo levemente segun ellos, por lo regular no se volvian á levantar. Un signo poco notado y siempre mortal era la estenuacion que de improviso se advertia en ciertos dolientes. La sensacion de calor quemante acia la region del hígado junto con las estremidades frias, avisava hallarse la muerte cercana." El Sr. de Aréjula sobre la epidemia de Cádiz. Pronost.

El vómito verdinegro fusco atrabilario, y las deposiciones de igual condicion se reputan perniciosas con respeto á su anticipacion, pravedad de color y union con otros síntomas, siempre estimándose predecesor de la muerte el vómito carbonoso; al contrario cuanto mas claro homogéneo y menos frecuente infundia mejor promesa. Don-

de con el vómito prieto se juntava ó adelantava ardor por el esófago, penosa afeccion en el cardia, sufocacion como de una vola en lá garganta ó hipo incesante, no habia que contar con el paciente. Dolor, tension y renitencia en la region epigástrica con pena al tocar el estómago, indicava próxîmo vómito. La diarrea no es en la peste aquella crisis ordinaria de otras fiebres agudas, sino la continuacion de despeños obstinados y atrabilarios, si bien la falta total de cámaras se considera todavia peor. Igualmente la lentitud en operar los eméticos ó su beneficio invertido por la via inferior apuntava larga y dificultosa curacion. La iscuria era mui dañosa, por que falta una de las vias, por donde el cuerpo se exônera de excrementos heterogéneos, á mas de señalar tópica paralisis.

Circunstancias que ofrecen confianza de restablecimiento son el aflojamiento de los signos pésimos ya detallados, las secreciones no mui cambiadas ni impedidas, moderada accion muscular y entereza de sentidos. Cuando la enfermedad inclina á terminar favorablemente se efectua por el gradual abatimiento de los síntomas perversos, por el retorno de la perspiracion y por sudor general cálido y azafranado, mayormente si sobreviene arrojo miliar, grietas ó postillas en los labios, picazon por el cuerpo y descostracion blanca de la lengua principiando por la punta. El cutis se vuelve suave húmedo y sensibiliza. El sueño refosila en vez de ser pesado. Los ojos y el semblante se animan por la seguridad y anhelo de vivir. La lengua se humedece y la sed se mitiga. La ansiedad, la calor e irritabilidad del estómago se aplacan, se admiten y retienen los alimentos con asomo de apetito y deseos de cosas ácidas. Las deposiciones inferiores se enmiendan de oscuro á verdosas y amarillentas. Ha sucedido tambien terminar la enfermedad por abundantes escupos.

Faustos signos del primer tiempo se consideran la traslacion del dolor de caveza á la espalda, aumento de sen-

sibilidad despues la sangria, disposicion á escupir libremente, copioso sedimento en la orina, y aclaracion en los ojos. Del segundo estadio, fueron el abatimiento del vómito, de la opresion y fatigas en los precordios, y alivio del dolor quemante del ventriculo. Del tercer periodo, el sucesivo retorno del calor á la superficie, cesacion del delirio y abolicion del vómito.

CURACION.

Era preciso que enfermedad tan proteiforme y ejecutiva como agitada en el dictamen de los médicos, probase suma contradiccion en sus remedios, principalmente do se inmoló la clínica al prejuicio y aprisionó el criterio al sistema: debiéndose sentir igualmente que la terca asignacion y preponderancia de señaladas medicinas á peculiares indisposiciones, esté tan clavada en el espíritu de ciertos profesores, que reusan porfiadamente la influencia del raciocinio y de la observacion, pilares que deben ser de certidumbre y acierto: olvidados que el don de la medicina (aquella ciencia sublime tan antigua como el hombre, y que segun Cullen, fué encontrada por el acaso, buscada por la necesidad y perfeccionada por el discurso y la esperiencia) es mui dificil poseer, no reuniendo muchos conocimientos, ó no suponiendo en los que la exercen el mayor genio y tino. Por tanto no suscrivamos á los caprichos de la multitud, aumentando con propios errores las miserias de nuestra feble naturaleza demasiado fecunda en males, y hagámonos guiar de una discreta libertad en la preciosa práctica sin aderencia servil, ya que por fortuna el imperio de la razon ha subrogado al perverso y falaz egoismo; persuadidos que á menudo el fato del enfermo pende de la juiciosa eleccion de medios. Á todo evento la árida leccion de los resultados infaustos y la sincera confesion de las tentativas infructuosas, no nos son menos instructivos que la de los

prósperos sucesos: convencidos que la desnuda verdad desenganchada de falsas teorias y de preconcebidas conjeturas (que nos enseñan á estraviar por reglas) sostienen la medicina dogmática, cuando hermanada con la empírica, sin que dichosas temeridades puedan servir de norma. En este entender serian aqui vituperables los oráculos, las decretales y desiciones magistrales sin otro fundamento que un tono doctoral, ó la preconisacion de estupendas curas y falsos cánones, sean cuales fueren sus autores, títulos y secuaces.

Los médicos antiguos hasta la edad media fueron rigorosos imitadores de sus antepasados tocante la débil é incompleta curacion de las fiebres, sin que aspirasen tentar nueva senda. Se ha escrito, que no conociéndose la causa próxîma de la calentura pajiza, era un subterfugio y ficcion proseguir la práctica por indicaciones: y que ignorándose la índole de la peste y su principio regenerante, no era suceptible de ser removida con la seguridad que otras dolencias hasta cierto punto mecánicas. Mientras en esta fiebre violenta en su ataque, rápida en su progreso y fatal en sus terminaciones, ocasiona imponderable descalabro la obstinada prodigalidad de algunos auxîlios, tanto como la pertinaz aversion á otros socorros. De las apuntadas ideas preliminares se deduce, que ningun remedio hai constante, siendo menester nivelar su ordenacion á medida de los diferentes estados y phases, porque pasava velozmente la calentura de esténica á asténica. Tampoco nada con ímpetu conduce obrar, sino con prudencia y concierto, donde tanto urgia equilibrar y sostener el poderio del sistema, y donde todo estremo era malisimo y las drogas operavan con la mitad de la dosis ordinaria. Aqui no obstante la mayor premura se desespera el profesor á la cavecera de los epidemiados, mirando la ineficacia de aquellos mismos remedios que le surtian tambien en otras calenturas esenciales, mas sin utilidad en la presente. Un suave y blando régimen far-

macéutico adecuado á las condiciones del mal no agravava como los alterantes: verificándose puntualmente el aviso del Hippócrates romano. (Á Corn. Cel. lib. 3. c. 7.) *Ergo ut in alio quoque genere morborum parcius in his (pestilentiis) agendum est: non facile sanguinem mittere, non facile ducere alvum, cruciare vigilia, fameve, aut nimia siti, non vino curare.*

"El tratamiento de la epidemia no podia ser prescrito de una manera absoluta y á merced de los libros, por motivo que los métodos generales aunque buenos en si, debian reducirse segun la constitucion del individuo, del tiempo y de la presentacion del mal. Por lo cual amoldar un plan universal curativo que podiera usarse en cualesquiera ocaciones, seria poner en manos de todos una arma prohibida que hubiera sido mejor haber ignorado. La opinion de combatir el mal con *fundentes*, *drásticos*, *diaforéticos*, *salivantes*, *sangrias &c.* causava con frecuencia una directa astenia que no se lograva enmendar, y era seguida de muerte precoz, á la par que la indistinta ordenacion de *tónicos*, *eméticos y cardiacos* producia crispatura insanable. Los hechos confirmaron, que si de tropel se adoptava un calificado plan *antiflogístico*, presto se anticipava la fatalidad del colapso, y por diverso rumbo si al principio se tomava una confusa indicacion *antiséptica*, con igual seguridad se aumentava la tendencia de la exîstente inflamacion al gangrenismo." Mr. Devezé. Diss. sur la fiebr. jaun. p. 55. En tanto varios modelos de terapéntica se han propuesto para esta tremenda dolencia, que los profesores sabios han modificado conforme á la urgencia. Algunos escritores han pretendido se disminuyese antes el rápido curso de los fluidos sostenido por la actividad de la calentura, pasando despues á exónerar el cuerpo de las materias aptas á pervertirse en todas las graduaciones de la epidemia. Otros dirigieron sus miras á aliviar los síntomas predominantes, contrarrestar la morbífica accion del veneno, y reponer luego

las fuerzas de la vida. En fin los que han considerado la enfermedad inflamatoria y humoral, han encargado los *evacuantes* y los *sudoríficos*. Los que han imaginado pútrida la fiebre amarilla ó el grado mas exâltado de la biliosa remitente de los trópicos, han encarecido los *antisépticos* y *esténicos*, á mas de los *cordiales*. Por mi parte he tenido la desgraciada casualidad de tentar el mayor número de los remedios propuestos, confiado en las lisongeras promesas de sus apologistas, pero los efectos me han mostrado el intrínsico valor de cada cual, y probablemente sin afectar modestia, no habré sido el que menos haya errado. "Guiados por la esperanza hemos recurrido sucesivamente á las fricciones de aceite que agravavan la opresion, á las aspersiones frias y calientes que aceleravan la hemorragia, al mercurio que atraia la diarrea, á los antidotos y á las escarificaciones tan decantadas por Próspero Alpino que transitavan á gangrena, al cauterio potencial aplicado en diferentes partes del cuerpo que aumentava la postracion. Miserables resortes! que ni siquiera indemnizaron su administracion con momentánea mejoria." Mr. Pugnet. p. 188.

Cuando algunos compiladores de la fiebre amarilla destinan un artículo separado para cada remedio, es estraño no señalen un párrafo apartado para el agua y los refrescos, cuyo provecho se ensalsa grandemente en la epidemia. Efectivamente el agua que tan grata y apetecida es de todo calenturiento, surte mui util en el tifo ictérico, clasificado en el órden próxîmo á una pirexîa ardiente. Ella suple á los sudoríficos, laxântes, anodinos &c. facilitando las mencionadas evacuaciones y calmando sin miedo de alterar la máquina, de cuyo asequible sosiego depende el próspero suceso. Ella atempera el encendimiento de los primeros dias sola ó con subacidos; á mas de franquear la transpiracion, orines y cámaras, disminuye el estímulo dentro el estómago y el vómito, refrena la propension al gangrenismo; y si bien su uso no

goza la fuerza activa de las medicinas eficaces, tampoco puede redundar perjudicial como ellas. En lo cual convienen conmigo nuestros facultativos de América, y suscriben tambien los despreocupados de Europa, al cabo de ensayados sin utilidad los mas poderosos antídotos.

De la espontánea propension y conveniencia de sudar en la peste, salió la práctica de curar las fiebres pestilenciales con los diaforíticos, cuando se creia consistir la causa de la calentura en una materia morbífica, que la naturaleza atenua y espele por los poros cutáneos: recurso que ha procurado imitar provechosamente el arte, promoviendo la transpiracion á la entrada del mal sin desperdiciar un instante, por que mas tarde atraeria mayor daño, comenzado que fuese el disturbio fatal con el aumentado calor de la fiebre. Bajo una blanda perspiracion el pulso se vuelve molè y lento, los dolores se abaten, y el cutis adquiere húmeda y agradable frescura; nada de lo cual se logra, si los sudores son excesivos y redunda de su profusion menoscavo. Posteriormente se ha creido, que los sudoríficos obran por abstraer del cuerpo la porcion superflua del fluido tenue y del preternatural calórico, y por reducir la accion de los vasos sanguinos, con cuyo favor se repone el cuerpo en su ordinaria temperatura. Pero de cualquier modo la presencia del sudor aunque siempre apetecible y la mas oportuna para resumir el maligno agente miasmático, su eficacia está confinada á la clase leve de epidemiados, no para aquellas tristes apariencias, donde toda la fábrica cae en angustias insoportables, progresando la operacion deletérea: entonce una vigorosa actividad se hace absolutamente necesaria. Tambien el sudorífico tratamiento fué el principal resorte curativo del Dr. Warren de la Barbada en la epidemia, obtenido á fuerzas de cordiales alterantes, esternas aplicaciones y opresivos cobertores; pero segun el Dr. Currié l. c. 82. no solamente resultó inutil el escopo de aquel profesor, sino que en la mayoria de casos su mé-

todo fué un expedito aunque penoso pasaporte para el otro mundo. Entre los sudorificos merecen preferencia las bevidas theiformes, las limonadas tibias &c. en lugar de los ponderados alexîfamarcos, de que abundan las rancidas farmacopeas.

Ningun remedio esperimenta mayor alternativa de reputacion y descrédito, ni ha sido mas agriamente impugnando en la peste y en la fiebre amarilla, como la sangria. Tal es el hado del arte curativa, como el de cualquier otra que en gran parte pende de la opinion, saltar á paso de gigante de uno á otro estremo. Si los médicos desde el nunca bastante celebrado Hippócrates se hubieran ceñido á enseñarnos el tratamiento de las enfermedades por una fiel observacion, y segun el resultado de los medicamentos, en vez de embarazar sus cavezas con escudriñar la escencia íntima de las cosas, no hubiera llegado la ciencia médica á sufrir la imputacion de conjetural y de remota utilidad, á pesar de sus profundos conocimientos fisiológicos esperimentales; y acaváramos de persuadirnos, que la medicina no solamente cuanto menos especulativa y mas filosófica mas se acerca á la naturaleza del doliente, sino que la facultad de sanar se halla reducida á un corto número de socorros, los cuales muchas veces aun bien aplicados no alcanzan producir los beneficios que se intentan: de cuya santa y desafortunada verdad tenemos un irrefagable y conspicuo exemplo en la epidemia. El antes alabado sabio de Coo, que floreció el año primero de la octuagésima olimpiada, y que redujo el arte á preceptos, describió una fiebre biliosa con título de *typhus*, y fué amante de la sangria. Erasistrato 200 años despues de aquel gran médico, fiel sectario de la doctrina de Crisipo, su maestro, se declaró anti-flebotomista. Asclepiades y su discípulo Tremison, que egercieron la medicina en Roma antes de la introducion del cristianismo, fueron enemigos de sangrar en las fiebres. Cornelio Celso, que vivió en el reinado

de Tiberio, dice que la sangria es requerida en las fiebres. Claudio Galeno natural de Pérgamo establecido en la misma capital del Mundo el año 160 imperando Marco Aurelio y Adriano, sangrava profusamente. *Cum olim pestilentia ingens Asiam occupasset, qua cadebant innumeri, tum ego secundo die, multa facta remissione crus scalpendo, ad binas libras sanguinis evacuationem fieri permissi, et perinde debitavi periculum..... Multi quoque alii eo usi adjumento conservati sunt, præcipue qui large sanguinem evacuarunt.* Pæsag. exp. confirmat. t. 6 p. 82.

Despues la ocupacion de Bizancio los abatidos y perezosos griegos no cultivaron mas la profesion de sanar, hasta que posterior á la caida del imperio romano renació en Siria y Arabia, de donde los sarracenos la difundieron por las costas de África, España é Italia, no habiendo sido los médicos moros los mas adversarios de la sangria; sin embargo Avicenna que profesava la facultad en Ispahan fué reservado en su uso. Luego en época mas avanzada, cuando ya cada departamento de ciencias habia subido á un eminente grado de adelantamiento, Wan-helmont, Stahal y sus coetáneos inferiores en fama, proponiendo frívolos é inertes remedios, entre ellos los sudoríficos, detestaron acerrimamente la abertura de la vena, con el propio aunque contrario teson que Fernelio y Lomnio prodigavan su estraccion. Leonardo Botallo en el mismo siglo y anterior al descubrimiento de la circulacion por Harveo sacó mucha sangre en las fiebres pestilenciales de la Rochela, de Mons y Paris. Hoffman variava su ordenacion, pero Boerhaave y su ilustre comentador el baron de Wanswieten la estendieron con ampliacion. Sydenham, cuya práctica fué sin cesar una guerra abierta con sus principios, tuvo sobresaliente idea de la abundante y repetida sangria en la peste, no asi en las fiebres autumnales; y empeñado en declamar contra el uso ensalsado de los sudorificos suplantó sus antiflogisticos y evacuantes en los casos que numerosos exem-

plos y razones demuestran, resultavan impropios; por que si la calentura, como él creyó, es *un conato de la natura á fin de esterminar la materia morbífica*, las sacas de sangre y depauperantes no eran medios adecuados para efectuar semejante designio: precindendo que la narracion de sus diferentes constituciones epidémicas en realidad no son mas que la fiebre endémica de Londres y su adyacente territorio, diversificándose como en otros parajes por causas asesorias.

Actualmente los fisicos ingleses desusan la sangria, y los anglo-americanos la mandan con parsimonia á la entrada de la fiebre amarilla. El Dr. Valentin la escluye aun de los casos inflamatorios y de decidida plenitud. Por igual vicisitud, antagonismo y abuso de razon en los paises donde se decretó el destierro absuluto de la lanceta, y la sentencia se cumplió por la pluralidad, debemos creer se contribuyo no poco á engrosar los comboyes mortuorios.

En tanto no cabe presumir sin graduarse de testaduria ó falta de sentido comun, que el socorro mas pronto y eficaz de la medicina pueda ser confusamente espulso en la curacion radical ó paliativa de cualquier enfermedad. Dice al propósito el Dr. Hosack de Nueva York: (Medic. Rep. t. 1. p. 230.) «El abuso de un remedio no es argumento contra su uso, podiéndose añadir, que ni el fatal evento de un caso, prueba su inutilidad ó daños; necesitándose para determinar la propiedad ó esclusion de la estracion de sangre en la calentura pajiza, averiguar en que periodo y bajo cuales circunstancias se puso por obra debiendo surtir perjudicial la promiscua operacion de la lanceta." De manera que ningun hombre docil á las sujestiones del entendimiento, puede condenar absolutamente la sangria, sin incurrir en la nota de temerario, ú arrastrado por la corriente del fanatismo. Yo no suscribiré al desangrar de los humoristas, ni á la rutina que grosera y satiricamente vitupera M. Towsend á

los médicos españoles amantes de la lanceta, quienes segun él, disponen sangrias desde sus casas antes de visitar al enfermo. Reconosco en la fiebre amarilla aquella malignidad halituosa, irreducible y desmedida que repugna abiertamente con la sangria. Considero que la inflamacion interna puede depender aqui no de copiosa sangre, sino de falsa plétora por el maléfico estímulo. Sé que sépticos vapores encerrados dentro el abdomen fingen síntomas de afecto tópico en la caveza. Pasma la veloz transfiguracion del fugaz estadio caloroso al diametralmente opuesto de deficencia. Convengo en que mueren tanto los epidemiados sangrados como los reservados, en comun con los demas auxîlios que participan de igual incertidumbre. Confieso que los exemplos de curacion en epidemiados agravados son demasiadamente raros, y concuerdo con un circunspecto profesor recien-domicilado en la isla de Sto. Domingo que escribe acerca la fiebre amarilla: *quicumque medicinæ scientiæ confisus, si jactat hunc morbum posse certo curare, vel seipsum decipit, seu vult alios decipere.* No ostante ciñéndome á lo que he observado en la epidemia, puedo cándidamente asegurar, que sino se cumple prudencialmente la evacuacion de sangre la vez que es requerida, el progreso del mal sucede mas veloz é impetuoso, cuando habiéndola ejecutado en ocasion oportuna se reconoció de sumo provecho. Si constantemente trucida la peste á los jóvenes, á los robustos y á los pletóricos, porqué se esquiva entonce la sangria? Ya Mr. Desportes habia reparado, que las sangrias frecuentes no probavan tàn bien en Sto. Domingo como en Francia.

Luego es dificultoso por no decir imposible el empeño de establecer reglamento fijo para la sangria en las urgencias de la epidemia. Cada ataque individual se abroga el derecho de ser decidido por si mismo en el tifo ictérico, podiendo en cierta oportunidad ser la flebotomia el ancla de la esperanza, y en otra acelerar la muerte. Al intento debe entrar en consideracion la vida del pa-

ciente, su complexion si sanguina y gallarda, cara sonrosada y pelo rubio, joventud regalada, costumbre de sangrarse, uso de licores y especerias, predisposicion capital por el cuello corto y grueso, caveza grande ó mal conformada, semblante abultado, intenso dolor frontal, vision tenebrosa como de humo luces ó colgaduras coloradas, mejillas encendidas, el cutis cálido seco y con sed intensa, las venas patentes, fatigosa respiracion, nudo en la garganta y compresion en los precordios, el vientre adolorido con tirantéz penosa, orina rubicunda con lodo craso &c. Tambien el riesgo de inminente inflamacion ó decubito en el cerebro rendia indispensable la seccion de la vena, lo que se patentava por el corrimiento de la sangre á la cara, ecquimosis de los párpados, dilatacion de pupilas, estrema sensibilidad á la claridad y al ruido, pulsacion tormentosa en las sienes, rumor en los oidos cual de las lluvias ú olas del mar al frangir en los peñascales, gotas de sangre por narices, mal de estómago con estreñimiento de vientre, lengua de pronto seca &c.

Por la inversa resultava nociva la abertura de la vena cuando principiava el asalto con postracion imprevista, angustia en el corazon, semblante pálido, corta respiracion con suspiros apresurados, desfallecimiento, pulso bajo, calor diminuta, modorra sin levantar caveza, ojos bajos y afligidos, respuestas entre ansias &c. Con todo se dá un estado de falsa atonia ó defecto de excitamento por exceso de estímulo que reduce los epidemiados apáticos y friolentos á similitud de los ahogados, insultados, tocados del rayo ó con muerte aparente: en cuyo caso la diminucion del calor interno con pulso pequeño pero tirante, el rostro abotagado y jaspeado, el sopor &c. podieran con incomparable daño retraer al médico de preceptuar la sangria, y abreviar la perdicion del enfermo con medicamentos alterantes. No yerra menos contra las leyes de óptica el paisano que supone real la encorvada figura de un baston inmergido en el agua, cuanto se en-

gaña el fisico contra un estatuto de la economia animal, al equivocar la debilidad que induce la opresion, de la que procede por resolucion: de la propia suerte que se produce una ceguedad por demasia de esplendor, ó las veces que queriendo mirar al Sol en su zenit aparenta su disco una masa de oscuridad en lugar de una órbita de luz. La noticia de síntomas parecidos por causa de diversos estados del sistema, es tomada de Hippócrates, quien describe convulsiones y singultos ocasionados por replecion é inanicion. Mr. Desportes (Trait. des fiebr. de Sto. Dom. p. 106.) no descubria un contraindicante de la sangria en el vómito ni en el sudor, al reves semejantes acidentes precarios le advertian su necesidad; supongo seria en aquellas circunstancias particulares, en las cuales la flogosis del ventriculo ocasiona el vómito, y el eretismo acarrea el sudor y los despeños. *Profecto vera debilitas rite erit á simulata interstinguenda, antequam illam in ægris statuamus. In malignis morbis rara adeo hæc vera debilitas est, ut nihil magis, quam ejusdem frecuentem in illis miremur mentionem.* (De Haen. Rat. medend. t. 10. p. 133.

Últimamente los beneficios de la estraccion de sangre se reducen en disponer los sólidos acia una laxîtud artificial, en remover la diathesis ardiente con moderar la accion vascular, precaver letales decubitos en el cerebro y arrestos dentro el corazon, alargar la transpiracion y el sudor, estorvar la inflamacion del ventrículo y mortificacion de los intestinos, y aflojar los dolores en cualquier parte del cuerpo, especialmente de caveza. En el interin no puede arreglarse la cantidad de la emision de sangre sino á la cavecera del enfermo correlativamente á sus fuerzas y á la urgencia, valiendo mas aventurarla corta y repetida que de una vez abundante. Direcciones invariables no pueden fijarse en un sin número de acaecimientos diferentes, do pequeñas ocurrencias deben amaestrar al facultativo. En general la costumbre, edad, sexô, lugar, tiempo, complesion &c. son el thermómetro de la

lanceta. Si con la primera sangria no afloxan los síntomas de fortaleza y plenitud, entonce segunda evacuacion puede hacerse parcamente, nunca excediendo el intervalo del segundo dia, ni la porcion de cuatro onzas; observando siempre el éxîto de la primera antes de disponer la siguiente.

Del vomitivo han desconfiado los relatores de la calentura americana, temerosos que el disturbio y la irritabilidad que origina, nunca puede ser compensado con la imperfecta descarga que produce. Efectivamente la delicadeza y propension á quebrantarse el estómago con la próxîma rotura de sus vasillos capilares, parcialmente rellenos en fuerza de las violentas contracciones y sacudimientos, la facilidad con que se equivocan por una analogia de síntomas la inflamacion del ventrículo y su replecion saburral, siendo comunes á ambas afecciones el velo blanco y viscosidad de la lengua, el pulso inferior acelerado y debil, la nausea ansiedad y el vómito, la precipitacion por el vientre, y el dispendio de fuerzas durante el lanzamiento, aterrava emplear el emético; obrando frecuentemente al reves de lo que se esperava, con inducir feroces bascas, perpetuo vómito y fijar la gangrena por término de la vida. El Dr. Pinkard informava, que el efecto de los eméticos fué siempre nocivo, cuando se administra en la presentacion grave de la fiebre amarilla, no asi en en las clases leves donde surtian seguros. En la epidemia de Liorna año de 1804 refiere el Sr. Palloni, que se achacó el descrédito del vomitivo, á que se dejava pasar el momento favorable de su ordenacion. «En este mal considero sumamente azarosa é impropia la esibicion del emético, y creo haber inspeccionado muchos casos, en los cuales la muerte no podia referirse á otra causa que á un incesante vómito producido por aquel remedio propinado al comienzo de la enfermedad.... Deseamos que este hecho tan bien establecido tenga poder de restringir la prescripcion de los eméticos al principio en las fiebres de nuestro pais,

ó á lo menos emanciparlos de un servil consentimiento á las opiniones del Dr. Cullen, y á la de muchos otros celebrados médicos europeos." Medic. Repos. t. 1 p. 232. Es menester no dejarse engañar por los vómitos espontaneos, que regularmente son aqui sintomáticos, con diversidad de en las calenturas pútridas é intermitentes.

Profesionalmente ha escrito el Sr. de Gonzalez (Disert. sobr. la calent. de Cádiz p. 56 y 58.) «Es verdad que muchos casos benignos se han superado con el uso de los eméticos, pero tambien es cierto qúe sin ello se han vencido muchos mas, ó que entre los enfermos graves que visité en Cádiz, no puedo citar uno solo en quien el emético haya sido de provecho conocido: al contrario en muchos de ellos encontrava justos motivos para atribuir su exâsperacion á efectos de aquel remedio ministrado al principio. Si el emético se precipitava, como sucedia á menudo, los intestinos quedavan igualmente resentidos, de modo que se promovia una diarrea que debilitando los dolientes prolongava el mal, y tal vez acarreava funestas consecuencias." En el caso que convenga provoque un epidemiado, se incitará con un gentil vomitivo de solo medio grano de tartrite stibiado de potasa en dos onzas de agua, ó con el cocimiento de manzanilla, y en los casos ambiguos con oximiel ó aceite.

Mucho antagonismo esperimenta el mandamiento de purgantes en la epidemia. El estreñimiento de vientre hallándose casi siempre perenne al ingreso del mal, y á menudo por toda su carrera, sea por torpeza de los intestinos ó por el invertido curso de la bílis que escasea dentro el tubo alimenticio: y siendo esta via no menos propia que conferente para estraer los líquidos gástricos vueltos sépticos, cuando la fiebre está decidida por la especie corruptible, antes que los humores pervertidos inficionen la masa general, turbando el sistema arterial con su poderoso estímulo; tienen lugar los laxântes en la presentacion efimera ó en los primeros paroxîsmos de la ma-

nifestacion aguda, eligiendo el mas tranquilo estadio, porque los de la especie drástica aunque encarecidos por algun autor, motivan diarrea irreducible con suma congoja y estremada pérdida de vigor: basta corta porcion de tartrite acidulo de potasa, siropo de chicoria, maná ó tamarindos. Célebres profesores detestan con fundamento todo género de purgantes. «Callen los que enseñan con Avicenna y con otros grandes médicos, que la curacion de la peste debe comenzar con purgantes, por que ni los fuertes cathárticos, los mediocres ni tampoco los laxântes resultaron seguros ni provechosos: al contrario siempre notamos que despeñavan en un grande peligro." Diem. p. 426. A fin de exônerar blandamente el vientre de la redundante y ofensiva materia, y apartar el sobrado estímulo del agente nocivo con diminucion del morbífico excitamento, convienen admirablemente las enemas, con tal que no obren en demasia.

La erudicion de mis lectores me dispensa indícar la serie de escritores que aplauden ó refutan el método tónico en la fiebre amarilla, debiéndose por la sumaria variacion de la enfermedad deducir el acierto ú el yerro de su precepto. Asi pues la sencillez de las primeras clases de epidemiados no necesita toda la fortaleza de un tratamiento que esponia á empeorar; al propio tiempo que la lesion de los órganos en el estado adelantado dificulta y condena semejante plan incendiario, tal el de los estímulantes difusivos, opio, eter, almizcle, quina, emético, vino &c. La prontitud de los cambiamentos del mal y el aparente descaecimiento del poder vital que se ruina por momentos, inclina considerar la fiebre pestilencial como una malatia en la cual los tónicos antisépticos y alexîfamarcos podrian ser útiles, mas no puede darse ordenacion mas falaz y de perniciosas sequelas, si se atiende á que la accion de la ponzoña es verosimilmente estimulante. La quina dada en el primer periodo era tenida por Rush como un veneno. En efecto la misma naturaleza ostenta aqui

la impropiedad de concederla, no solo por rendirla aborrecible al paladar, al reves de lo que sucede en las biliosas remitentes, sino por excitar tal grado de espasmo y disturbio dentro el estómago, que la rinde totalmente incapaz de recepcion. Qué daño no debia aguardarse del promiscuo uso de la cáscara peruviana sola ó avivada con los ensalsados anti-malignos cálidos, serpentaria, contrayerva, angostura &c. do la críspatura, pujante irritabilidad y agudo dolor de vientre tirava á gangrenismo? Qué estrago no provocarian los amaricantes ministrados confusamente en el falso supuesto de medicar una ininfluencia de fiebres puramente biliosas ó de pantano, cuando el mayor número viene con caracter sinocal? Para un incesante vómito que constituye el apuro mas sufocante, y que tan rebelde no se conoce en ninguna otra indisposicion, quién por mas adicto á la corteza confesará era oportuno remedio? cuando los miserables dolientes se estremecian al verla, y para espresar el detrimento que resentian de su ardiente y seca aspereza, decian, *se les abria y quemava el pecho al tomarla*: y dictándolo el mismo instinto clamavan ansiosamente por agua, ó morian lastimosamente rabiando, quién la aprovara? «El vino, la quina, opio y el emético tan frecuentemente benéficos en las fiebres biliosas y pútridas, se hallan decisivamente perjudiciales en cualquier caso de la calentura pajiza: cuyo hecho ofrece nuevo argumento en confirmacion, de que aquellas calenturas no solo difieren en grado sino en especie de la amarilla." Dr. Currié l. c. p. 86. Si el vómito prieto es morbo de países cálidos, de estacion ardiente, de la joventud fogosa, de los cuerpos enardecidos, insolacion &c. como no ofenderá un plan de curacion tónica?

Yo presencié el año de 1801 el establecimiento de un hospital provisional en Medina Sidonia, que se abrió el 13 de Octubre situado en el molino de la Corredera, donde entraron 68 febricitantes, de los cuales á poco murieron 39, se les dava quina, opio y vino; pero se ame-

drentaron los concurrentes, y á poco se cerró este asilo despues de crecidos gastos. Perjudicó grandemente la quina, cuando ordenada en personas delgadas y secas, de complexîon espasmódica y sujeta á dolores, con disposicion inflamatoria, frenético delirio, pulso duro, ojos relucientes, aspecto tétro, lengua áspera con sed, congestion estomal ó en el cerebro, congojas, puerperio &c. Al contrario sentava bien su cocimiento ó el de camomila, si se entrelucia periodo subintrante, fiebre prolongada sin asomo de determinacion orgánica, y en la disolucion verdadera.

« La quina fué por mucho tiempo aplicada á los enfermos de este mal en todos los periodos y bajo cualesquiera circunstancias. No hubo preparacion alguna en que no fuese ministrada, dósis ni manera reservada para este caso. Síntomas falsamente concebidos ó idea sobre toda su carrera equivocadamente formada, fueron las causas que dieron principio á la indistinta propinacion de este vegetal por otra parte utilisimo; no siendo bastante á limitar la estencion que se le habia concedido ni los raciocinios profunda y sólidamente establecidos por algunos aunque pocos profesores, ni los sucesos desgraciados que casi siempre sobrevenian á su uso; mucho tiempo há que nosotros lo habiamos reducido. En el año 1794 cuando aun todos los paises en que dominava la fiebre, estavan sujetos á semejante práctica, ya las repetidas desgracias y la inutilidad de los ensayos nos habian puesto en estado de abandonarla en mucha parte. En los años sucesivos rectificamos nuestras observaciones, y últimamente la epidemia de que trató, dió las pruebas mas seguras de nuestro sistema. En los tránsitos repentinos á una debilidad esencial y á los acidentes producidos por largas evacuaciones, ocupa uno de los primeros lugares."

El vino que parecia tan indicado para acudir á la falta de vigor inseparable de este mal tremendo y que dichosamente su gusto era indisplicente, lo aborrecian devol-

viéndolo los epidemiados, ni podia persuadirséle lo tragasen aun con la mayor dificultad. Debe reputarse este licor fermentado cual un tósigo durante el primer periodo, no asi en el debilitado estadio despues de calmada la calentura, entonce concurria á reanimar las fuerzas del doliente. El vino conteniendo una parte principal de hidrogeno y carbono aumentará la del mismo fluido aeriforme que se supone causa interna de la calentura amarilla. Igualmente el opio tan ventajoso en otros géneros de fiebres acompañadas de espasmo, era en nuestro tifo rara vez conducente; sea por que se lanzava antes de tiempo, ó por que se hacia ineficaz con motivo del tono supendido del estómago é intestinos. En tanto sin discutir sobre si el opio es sedativo ó el mayor de los estímulos incitativos que opera venciendo la endeblez, encontramos que los fuertes narcóticos inducian inquietud, cargavan la caveza, fijavan metastasis, ocasionavan letal sueño, á mas de ponerse árido el cutis, y el hábito mas contractil por razon de la acrecentada debilidad indirecta. El láudano descubria menos detrimento espedito que el opio puro, quizas por actuar mas estensamente dentro el estómago, pero casi siempre se enfurecia el vómito con su recepcion, y aproxîmava la muerte. Por todo lo cual si precisava la virtud de los anodinos para frenar las afecciones nerviosas y las dolencias, procurar descanso, apresurar el recobro y vigorizar el sistema, convenian los suaves paregóricos de adormideras, tila &c. « La inspeccion de cadáveres exhibe las funestas impresiones de recetar ácido nítrico en la actual horrorosa pirexîa, sucediendo con su ordenacion, que la dimencion del ventrículo se encontró bastantemente encogida, y su forro felpudo arrancado en todos puntos con evidentes sugilaciones de gangrena." Dr Chisholm t. 2. p. 423.

La dificultad del objeto ha fatigado la atencion de los médicos en busca de un remedio nuevo contra la fiebre amarilla, no satisfechos del dudoso evento de los co-

munes ya mencionados. El azogue, ese Sanson de la Materia médica, de origen divino por haberlo deificado en Mercurio la elegancia y delicado metro del célebre poeta-médico Gerónimo Fracastoro, entró con mucho aplauso de sus secuaces en la medicina, pero sin poder contar todavia entre sus triunfos y fastos que en la sifilide, tetano, hidrophobia, raquitis, hidrocephálo, polipos, scróphulas y lombrices, la curacion de la epidemia. Ya el acreditado médico de Montpeller Lázaro Riverio (Centur. 4. observ. 97. p. 553) casi 200 años há, instruido por la esperiencia enzalsava para diversos males agudos y crónicos, la que hoi es práctica reciente de una preparacion mercurial, que él primeramente llamó *calomelanos* (muriate de mercurio) y la recomendó como excelente cathártico en las fiebres, asociándole resina de jalappa ó escamonea: dando á la par á sus enfermos agua saturada de potasa (sal de tártaro) de que era mui apasionado, hasta ponerle el nombre de *agua febrífuga*. Por testimonio de Lind (An essay, &c. p. 100.) se usava el hidragiro hace mucho tiempo en la India oriental, bajo la forma de unguento y de mercurio dulce para curacion de las fiebres, y especialmente para la hepatitis, precedidas las competentes evacuaciones. El Dr. Warren que escrivia acia el año 1721 asegura, que era mui antigua y de inaveriguable fecha la práctica del calomelano en la Barbada para las calenturas inflamatorias. El Dr. Wright atestigua, que la usanza del calomelanos para las fiebres esenciales corria en Jamaica el año 1788. Mas el honor del primer ensayo en los Estados-Unidos, dice Mateo Carrei (A short account on the malig feb. p. 24.) fue atribuido por muchas personas al Dr. Hodge y al Dr. Carson, quienes, segun voz pública, lo emplearon una semana antes que el Dr. Rush. Refiere nuestro Diaz ya citado « que fué Mister Ricardo Spain de Filadelfia, en la calle tercera por quien la primera vez se disiparon las tinieblas, con que los caracteres y acidentes de los purgantes habian envueltos á los médicos en su apli-

cacion. Unos olvidados manuscritos del inmortal Franklin usados sabiamente por aquel profesor que los poseia, dieron principio á una nueva curacion de esta fiebre. Todos los habitantes de aquella desgraciada ciudad confiesan los muchos centenares de individuos que debieron su vida al presente dichoso hallazgo. El mercurio dulce, cuya introduccion dentro el cuerpo humano hasta entonces habia sido suficientemente limitada, halló abierto ancho camino á fin de excitar las grandes y útiles propiedades, con que le habian dotado naturaleza y el arte.... No murió persona alguna en quien produjese la cámara ó se manifestase la salivacion. Muchos publican con sus vidas la benigna influencia de este mineral." Pero estava reservado á la capacidad del Dr. Chisholm la quimical esplicacion y la estensiva práctica de tan heróico medicamento para la fiebre pestilencial, cuya aventajada observacion imitaron y elogiaron despues los Dres. Clark, Wade y otros. Cumple el óxîde mercurial dentro el sistema el doble oficio de descomponer el miasma pestilente á beneficio del oxîgeno que le comunica, y realza tambien su energia por la impregnacion del principio metálico del hidrargiro, con lo cual estimulando los emunctorios salivales, hecha fuera el azote desprendido, derivándolo y espulsándolo por la boca ó por el bajo vientre á distancia del cerebro.

Se ha impreso, que las objecciones fundadas en el rápido progreso de la fiebre amarilla, en la lenta operacion del mercurio, en la dificultad de introducir una debida cantidad capaz de efectuar el saludable cambiamento, en ser un penoso remedio y en la incertidumbre de excitar el ptialismo, son reparos mas formidables en la imaginacion que en la realidad. Asimismo añaden que precindiendo del saludable descubrimiento de oxîgenar el sistema, la teoria y la práctica parece reciprocamente ilustrarse para confirmar, que el mercurio posee calidades peculiares que no gozan otras medicinas, tal el

ácido nítrico, el muriate oxîgenado de potasa &c. por que el argentovivo acumula el oxîgeno determinadamente acia el conducto de las glándulas salivales de un modo específico, á guisa del fluido eléctrico que carga y dirige su fuerza ejecutiva cuando atraido por la punta del conductor. Pero desgraciadamente semejantes aserciones se han probado irreconciliables con los efectos, apesar del abono ilimitado de sus comentadores, y en nuestra presente ignorancia de los principios componentes el azogue, aun con todo el auxîlio de la química pneumática, es preciso ser mui circunspectos y portarse con cautela; conviniendo casi unánime otros médicos, en que no corresponde este antídoto con los altos fines, para los cuales se ha propuesto: consista su virtud en la amalgamacion, ó espulsion del miasma.

«Es un bizarro principio (Dr. Currié p. 79. and 104.) para vencer un morbo criar otro, entiendo decir, promover el esputo mercurial en la epidemia. Si mis observaciones no me engañan, el mercurio prolongó la fiebre y retardó la cura, á menos que por la aumentada cantidad de hidrargiro causase copiosas deposiciones inferiores en cualesquier casos de síntomas inflamatorios; mas cuando empleado donde signos de malignidad eran evidentes, infaliblemente aceleró el fatal momento. En los acasos ligeros otros auxîlios mas sensillos que el mercurio probaron igualmente efectivos sin tanto azar; notándose que en muchas personas por culpa del azogue quedava arruinado el poder digestivo, ó el paciente se volvia hipocondriaco. El único encuentro en que el mercurio hizo el estraordinario servicio de rescatar muchas vidas apreciables de las garras de la muerte, fué las veces que patentes señales de local congestion ó efusion comprimian el cerebro, indicadas por la dilatacion de pupilas y por el coma. El año de 1798 sobre la narrativa de Bryce y los testimonios de Rush, Chisholm y otros varios escritores en favor del mercurio; el Dr. Bard é yo resol-

vimos usarlo conforme á la prescripcion de los referidos Sres. Lo dimos en primera instancia como purgante en dosis de 10 granos, luego lo continuamos como alterante en cantidad de 12, y en muchas ocasiones en union con el opio, á fin de asegurar lo posible su accion sobre las glándulas salivales. De esta forma nos servimos de él por espacio de 15 dias, pero aquella catorcena fué el infausto periodo de nuestro egercicio, por que durante tan corto intervalo cerca 40 de nuestros dolientes cayeron victima de semejante tratamiento. Confieso que los amigos de los difuntos me perdonarán esta sincera relacion, al considerar los motivos que nos indugeron á probarlo. En cualquiera coyuntura donde el mercurio resultó funesto, dimanó por la crispatura que promovia en el estómago con arqueadas y náuseas que impedian recibir suficiente cantidad de bevidas, y en muchos exemplos no cesaron de provocar los epidemiados hasta sobrevenir la muerte, rara vez obteniendose el ptialismo."

"Bastantes epidemiados (Dr. Lean l. c. p. 121.) tragaron centenares de granos sin resentir la minima novedad, cuando en alguno solamente tres granos de calomelanos excitaron fuertes cambiamentos, aunque jamas mostró el mercurio una gracia especial en esta fiebre; su mayor operacion siendo purgante, y lo mas un alterante del actual estado del sistema. Él no puede ser dado como agente principal de la cura de la remitente."

En mas de 30 epidemiados me vali del calomelanos juntándolo con la jalappa y sin ella durante la epidemia de Velez, asociado con el difunto médico titular D. Antonio Castilla, mas en pocas personas surtió bien y en ninguna con asomos de babeo, sin embargo de haberlo empleado en crecida dosis y en fricciones hasta dos onzas en un dia, repitiéndola al siguiente sin alivio en circunstancias graves; por la inversa suscitava indomable diarrea, retortijones y vómito con mayor abatimiento. Tampoco reconosco eficacia profiláctica en el mercurio á fin de

preservar de la epidemia, despues de visto en Medina la muerte de varios epidemiados en ocasion de hallarse alli acidentalmente salivando para livertarse del mal venereo.

El falaz fundamento de imputar la fiebre amarilla á un exceso de azootisacion, y probablemente á un defecto de oxîgenacion, no podia menos de inducir un desconcierto en su método curativo, sugeriendo entre los teoristas la prescripción de remedios oxîgenantes, que forzosamente deberian exhibir las impresiones de un poderoso y durable estímulo: tales sucederian el óxîde preparado por el ácido nítrico, los precipitados de distintas sales mercuriales por los álkalis cáusticos, el oxîde de manganesa, el muriate sobreoxîgenado de potasa, los cuales desprenden superabundante oxîgeno ó cantidad de aire vital. Pero juzgando por una sólida enseñanza hallaremos inaplicables los mencionados procesos químicos por su accion fundente y corrosiva, y contraindicados por la agregacion de espasmo y disolucion: cabiendo igual reparo con el alcanfor. el eter, el alkool y los narcóticos, que segun algunos quimicos, estraen el oxîgeno del cuerpo humano. « La teoria del Dr. Monch que espone el Sr. Baumes sobre el uso del carbon en las enfermedades pútridas, (azoteneces) cuya esposicion se funda en la oxîgenacion de esta substancia ó inmediata accion de su oxîgeno, no es conforme á la doctrina de la verdadera química; porque el carbon en el estado natural no puede descomponer el gas oxîgeno, ó separar á este del calórico sin el auxîlio de un grado de fuego tan elevado que no cabe suponerlo dentro la economia animal. Á mas pensar que el carbon ora roba el oxîgeno, ora lo suelta, es puramente arbitrario." Mem. del Sr. Carbonell p. 81. Sabemos que el agua hedionda é impura recobra su buen gusto y limpieza filtrandola por carbon; y tambien que la carne podrida adquiere su bondad y sabor primitivo despues de cocida con el mismo. Tampoco ignoramos la virtud lithontrica del carbon, la anticancrenosa y la de

preservar de gusanera el agua contenida dentro las pipas durante la navegacion, mientras subsiste el carbon á las duelas. Se ha afirmado el buen uso de introducir porciones de gaz ácido carbonico en bastantes casos de la remitente amarilla por medio de clisteres, sacado el *aire-fixo* de la cal estinguida en agua con inspersion de ácido sulfúrico concentrado, del mismo modo que la encargan los ingleses inspirar en pequeñas dosis para señalados ataques de pecho. Sin embargo yo pienso, que la insinuacion curativa del carbon se pude asegurar despues de la decision, de si la fiebre amarilla pertenece á la clase de pútrida ó á la de una peculiar índole: reconociéndolo apropiado en el primer supuesto, y cuestionable en el segundo.

« Por los hechos sentados en mis primeras pruebas, se halla incontestablemente establecido el anti-pútrido valor de las tierras y sales alkalinas. Tales sustancias, parece, han sido producidas en toda la naturaleza con intencion de formar un contrarresto á la acidez predominante, lo cual sin su interposicion arrastraria el mundo animado á la ruina. Pero las materias alkalescentes no solamente se encuentran esparcidas en la superficie de la tierra para egercer allí su neutralizante operacion, sino la sosa exîste en las aguas inmensas del Oceano combinada con ácido muriático, y en la bilis de los animales unida á una resina inflamable, y entrambas el agua marina y la bilis despiertan aunque en diferentes grados un mas amargo sabor.... Seguramente la pútrida acrimonia cáustica y las innumerables perniciosas calidades achacadas á la bilis por modernos escritores no son realmente condiciones de aquel líquido, sino nociones sacadas de sus propias cavezas." Medic. Rep. t. 2. p. 292. El Dr. Mitchill y muchos médicos anglo-americanos que por ilacion de sus premisas juzgan al *septon* base del fluido pestilente, sea inspirándolo de afuera ó engendrándose dentro el cuerpo, y al oxîgeno como el ingrediente que le co-

munica actividad, y ambos gases siendo ciertamente ácidos, descubren un remedio específico en los alkalinos, sirviendose del carbonate de potasa (sal de agenjos) del acetite de potasa (tártaro regenerado) del sulfite de potasa (tártaro vitriolado) del tartrite de potasa (tártaro soluble) para formar con ellos septites de potasa, de sosa, de amoniaco, de magnesia, de ostras calcinadas &c. con que sanar la fiebre amarilla: prefiriendo como eficaz seguro y barato medicamento el agua de cal mezclada con igual porcion de leche, cuyo invento aseguran, alivia la pena y ardor interno que precede al vómito negro, empleandola tambien durante el primer estadio sin interposicion de otro remedio, y podiéndole substituir la magnesia calcinada. El Dr. Vaughan de Wilmington encarga el javon blando de Castilla como arcano infalible.

«Siendo probable que la peste se entremete principalmente por la via cutanea, lo que rinde la mejor solucion de las inchazones glandulosas en lugar de tenerse por crítico esfuerzo de la naturaleza, de aqui se ha querido deducir la eficacia de las unturas de aceite." Mr. Pugnet advierte (l. c. p. 216.) «El aceite no gozó mucho tiempo de la reputacion adquirida en los casos de benignidad desde que la enfermedad subió al estado de devastacion, y fué demostrado que no servia de socorro alguno. Mi cólega Carrié apercivió que su uso interior fatigava los pacientes y apresurava la muerte. El reparo que de 15 personas sometidas en la misma época á este tratamiento, solo uno se restableció con trabajo y los demás perecieron en un intermedio estremadamente corto, es casi desicivo." Sea lo que se quiera la de escelencia preservativa y curativa del aceite en la peste, como despuntante, embotante ó que tapa los poros, se me permita decir lo he esperimentado infructuoso en repetidas tentativas; añadiendo no se exêntaron de la epidemia los manipulantes en este género, como se ha ideado persuadir, ni los recien-innoculados con la vacuna. Estoi distante de

disputar cuestiones ociosas ni pretender la solucion de problemas indisolubles, cuando se desespera arrancar un secreto á la naturaleza.

Los baños se usaron en la medicina por los griegos y romanos para la cura de muchas dolencias graves y pertinaces, si bien los escritores han sido deficientes en su detall; todavia se conservan thermas entre los monumentos de la antigüedad. En Oriente están colocados los baños entre las ceremonias religiosas encubiertas de política, tal la purificacion en los rios sagrados el Ganges, el Jordan y al lado de las mezquitas, mientras en los serrallos y harem se costean con lujo asiático para aumento de la voluptuosa afinacion, tersa hermosura y recreo de los grandes y poderosos. Mas por separado de su gustoso aliciente y limpieza, se ordenan en la medicina para franquear la perspiracion mundificando y suavisando el cutis, estimular los estremos vasos y aumentar la fuerza de la fibra animal: aparte de las señaladas ventajas que gozan sobre distintas malatias en los paises calidos, y singularmente para la fiebre amarilla, contándose al Dr. Wirght como fundador de semejante práctica introducida en Filadelfia el año 1793. Independiente de la virtud tónica de los baños mediante su reaccion sobre la superficie del cuerpo, sucede tambien (segun la hipótesis de un químico reciente) la descomposicion del agua, la cual cede una porcion considerable de su oxîgeno ó casi todo su hidrogeno á la naturaleza. Juntamente algunos médicos llevados de la inesperada curacion de ciertos males rebeldes despues un subitáneo cambiamento inducido en la máquina corpórea en fuerza de violenta conmocion, suscitada por un terror inopinado artefacto ó por otro acidente subitáneo, cual en las narraciones de epilepsia, estasis, cuartanas inveteradas, afonia &c. conceptuaron obtener del baño un seguro recurso para la calentura pajiza, moviendo una saludable revolucion en el estado de la economia animal postrado bajo el desórden del mal. Al propósi-

to el Dr. Lean aconsejava al principio y precedida mojadura tibia se vacien jarros de agua fria sobre el cuerpo desnudo, y si apesar del insinuado socorro continuava el pulso en abismarse y la vital energia en apocarse, recorria á la par del baño á los mas fervorosos estimulantes, eter, alkool, pimienta y símil: envolviendo tambien el cuerpo con sábanas mojadas en aguardiente templado: y cuando nada de lo espuesto podia verificarse por la deplorable situacion del epidemiado, se contentava con lavar la cara, pecho y manos con aguardiente tibio, mediante lo cual reconocia vigorizarse el enfermo. El Dr. Clarke esperimentó el baño frio con agua de mar, ó rociava los epidemiados cuatro veces al dia con la misma, y despues abrigándolos les dava vino caliente puro ú aguado con limon y azucar, resultando favorables efectos, que no surtieron despues tan propicios en la Dominica; advirtiendose que las aspersiones frias alternantes con las calientes coadyuvavan á mantener la hemorragia. El Dr. Davidson tenia alto concepto del baño frio durante el primer periodo de la calentura, antes que la máquina se alborotara ó un decubito estubiese próxîmo á verificarse. El Dr. Currié demonstrando que las mojaduras frias poseen un poder tónico-sedativo, las juzgava perjudiciales en los casos inflamatorios, y buenas para el entorpecimiento y la convulsion. Dice, que si al comienzo la caveza y el estómago se muestran topicamente ofendidos, las aplicaciones frias podieran ser con utilidad localmente adaptadas.

Los rubefacientes y vejicatorios tienen lugar oportuno en ciertas circunstancias de la fiebre pajiza, segun las observaciones en epilogo de autores desapasionados. Las cantáridas puestas en debido tiempo y con prudencia, removieron el espasmo, efectuaron ventajosa revolusion y llegaron á igualar los movimientos febriles con las fuerzas de la vida, en una enfermedad en que el ánimo desfallece por instantes, y donde la tardia aposicion de los epispásticos podria redundar en mas perjuicio que emolu-

mento. El ciudadano S. Ours, cirujano del egército de Jaffa decia, que los vejigantes como excitantes y derivativos impiden y vencen aquellos mortales letargos y decubitos cerebrales, de que son atacados dos terceras partes de apestados desde los primeros dias. Los cáusticos conservando una operacion naturalmente séptica, no convenia colocarlos en las coyunturas de sumo quebranto de fuerzas, disolucion y aparato gangrenoso: por la contra no debian ahorrarse, cuando el disturbio de los humores arrastrava depósitos á las cavidades, amagava coma, estava el pulso bajo y trémulo, ó exîstia aquella insensibilidad que á menudo se unia á los síntomas enunciados. El Dr. Stewart notició á Rush, que á una muger en el tercer periodo de la fiebre amarilla le cayó una vela encendida sobre el pecho, y antes que acudiesen en su ayuda, se le levantó ancha ampolla, por cuyo acontecimiento despertó de la enagenacion en que se hallava y se restableció. En las circunstancias de ponerse los escaróticos durante grande accion arterial, se conocian perjudiciales, no obstante que á algunos médicos siempre les ha parecido transitorio el alivio producido por los cáusticos y sinapismos. Por último se ha encarecido la aposicion de un vejigatorio sobre el estómago con la esperanza de aplacar las bascas y el vómito descompasado.

Un buen regimen paliativo con respecto á algunos síntomas esenciales y el dietético deben procurarse indispensablemente en la epidemia. Á cuyo intento se han multiplicado las recetas en su abono y dejado á discrecion el señalamiento. Para sosegar el vómito desenfrenado y el dolor ardoroso del estómago (incidentes los mas tribulantes de la fiebre tropical) alavan al principio el agua con limon, pasado el periodo sinocal el agua de canela con jarave de yerva-buena y tintura thebaica, el agua de mentha pipérita y las esencias azucaradas, el siropo de meconio con el ácido sulfúrico, la mistura mucilaginosa de la goma arábiga, ó el agua acídula con elixîr de

vitriolo. Se halla escrito, que algunos epidemiados han apetecido manteca fresca que surtia antihemética, y su linimento sobre el cardias se reconoció util. Mui socorrido fué el arcano de Riverio (citrate de potasa) sal de agenjos con zumo de limon en el acto de la efervescencia para contener el vómito descompasado. Cleghorne juntava á la referida mistion salina algunas gotas de láudano. El Dr. Rush acostumbrava resistir al vómito acompañado con sensacion de rescoldo, que se manifestava acia el quinto dia, con cortas y repetidas tomas de leche caliente, sustancia de pan, aceite dulce con melaza, oleo de ricino, ó emulsion con láudano. El Dr. Hume se servia en las Antillas de leche de nuez de coco. Los que suponen ácido en primeras vias amonestan los alkalinos, sustancias calcáreas, agua de cal y vegetales de la misma especie. El Dr. Roberto Dumbar recetava desde media á dos dracmas de sal de tártaro con un poco de crémor, que hacia disolver en 16 onzas de agua hirbiendo, agradándolo al paladar á favor de algun lamedor gustoso. Sobre la autoridad del Dr. Cathrall probé en tres epidemiados el agua de cal sin los buenos efectos que de ella se publican. Se nota que las bevidas gratas surten bien ó por lo menos no se provocan con la facilidad que las indisplicentes. Tampoco se deben fatigar los pacientes con repetidas pociones, ni propinarlas en cantidad. Procurése la posible tranquilidad, por motivo que repetidas veces el menor movimiento ó imprevisto ruido renovô el vómito ya apasiguado. Últimamente llega el caso que el mas seguro medio para obstar al vómito, fué el desistimiento de cualquier farmaco.

Sucedia casi siempre dificultoso enmendar el estreñimiento de vientre y la flatulencia que molestava durante el curso del mal, mayormente si se agregava náusea ó vómito. En semejante aprieto no quedava mas alternativa que procurar el flujo de vientre á merced de un minorativo. Al reves depauperando á los epidemiados cámaras

excesivas, hemorragias prolongadas, vómitos y disoluciones de toda especie, sentava bien desde temprano la emulsion arábiga con el diascordio, ó el cocimiento de quina con gotas de ácido mineral y láudano. A fin de aliviar el dolor frontal, obviar la irritacion estomacal y aplacar el ardor interno, se han recomendado sobre las respectivas partes afectas las mojaduras de agua con vinagre, y para el pertinaz desvelo que acarrea tras si inquietud, los suaves anodinos, (nunca el opio puro) pues en logrando conciliar el sueño se disponia el doliente á resistir la estremada malignidad, se serenava la demencia, y por lo menos se preparava mejor á conformarse con la muerte. Los gratos cordiales reemplazaron el fastidio del vino y del caldo, y por instinto apetecen los epidemiados bevidas confortativas y templadas en el avanzado estadio: á cuyo próposito se dirigen los vigorizantes de agua de fresas, melisa, menta ó cinnamomo con siropo de cidra ó de granadas, gotas de elixîr, &c. apesar de la indiferencia con que alguien mirará esta ordenacion. En el estado asfitico prueba bien la corteza de angostura, la esencia de espliego, la pimienta de Cayenna, la cerveza de Londres llamada *porter*, el vino caliente, punch, rosoli, fomentos de aguardiente alcanforado, sinapismos y bayetas calientes á los pies; para este estremo caso y el nervioso encargan pildoras compuestas de 20 granos de pimienta, 5 de alcanfor y 6 de opio, repartiendolas en horas adecuadas. Finalmente si las tumefacciones glandulosas del cuello causan sufocacion, afecto soporoso ú impedimento en la masticacion, se procede á su abertura aunque inmatura, por que sucede á menudo que se oculta la supuracion dentro la dureza del bulto y á bastante profundidad.

Dieta rigorosa no puede señalarse, donde se aborrece la sustancia animal, el vino y todo líquido ó sólido menos el agua. No obstante tal repugnancia es preciso sostener al enfermo con alimento tenue atemperante, esclu-

yendo caldos grasientos y menudeados, prefiriendo el de ternera, pollo ó perdiz, el agua panada ó de cebada, la crema de arroz con azucar, la limonada &c. y las frutas maduras. Minorando el peligro y á fin de rasarcir la endeblez perentoria, se concedia el vino, la cidra, estractos de carne en pastillas, candieles, cocimientos de pan, y el café tan apetecido en la epidemia. Ninguna forma ó especie de alimento conduce mejor que el caldo animal hasta pasado el cuarto dia, aun en la presentacion leve. Asimismo elíjase aposento espacioso ventilado y fresco, do se agite aire puro y renovado, que comunica á la sangre energia y vitalidad. Conviene distraer las ideas lúgubres y desesperadas del enfermo, asegurándole con conversacion amena su pronto restablecimiento, por que con frecuencia estriva la terminacion favorable en esto, al paso que vimos desanimarse los dolientes por una indiscreta ó ambigua espresion, sin lograr disuadirles despues y morirse al nuevo recargo; por tanto ractifiquesele no tiene la epidemia aunque lo pregunte, mas luego informése á la familia de la verdadera situacion del doliente.

La epidemía no solamente es formidable por su estado agudo, sino por el largo encadenamiento de achaques crónicos que suelen seguirle, cuyo remate muchas veces acava fatal; por lo cual exîge el presente párrafo suma atension de parte del facultativo, á fin de tronchar con antelacion los indomables bástagos de un morbo que acostumbra dejar muchos lisiados, quienes tarde ó nunca se reponen en su pristina salubridad: verificándose á menudo que las grandes calenturas por su vehemente perturbacion residuan desconciertos en la fábrica humana. Por tanto el convaleciente debe vivir circunspecto en su conducta fisico moral para evitar recaidas: visto que en muchos epidemiados curados felizmente y creyéndose fuera de peligro, excediéndose mas de lo que permitia su situacion, reverdecian los síntomas alarmantes por un liviano é imprevisto descuido, y al segundo ó tercero dia de la repro-

ducion sobrevenia la muerte. Un soldado al décimo quinto dia de convalecencia por una cena de carnes recayó y falleció al sesto con vómito negro, que no habia tenido la vez primera. Una muger tambien salida de la epidemia por una riña fuerte recayó de muerte. Ya Timoni habia advertido: *A peste convalescere ins cipiens, si ante quadragesimun diem gravem aliquem in diæta errorem fecerit, novo erumpente bubone moritur.* Philosoph. transact. n. 31.

Constantemente en la epidemia es mas lento el recobro que en las comunes pirexîas, especialmente cuando se habia abusado de los debilitantes. En general un dia de fiebre (segun queda dicho) arrastra muchos de desmedro, y proporcionadamente los que estuvieron agravados arrivavan mas tarde. El cuerpo resiente los efectos de un asombroso descaecimiento en los miembros inferiores, ademas de caerse los cavellos, encanecen y envejecen las personas. Los convalecientes se levantan de la enfermedad delgados, descoloridos y amarillentos, se lamentan de sabor podrido, desvanecimientos y vigilia con confusion de ideas, impertinencia, permanentes orines turbios, &c. Ordinariamente los que convalecen del estado pésimo se cubren de subida ictericia, la cual inclina entonce á color de cobre, llamado vulgarmente *ictericia negra*, y conduce á la anasarca y al ascitis. El sistema glandular y el linfático se endurece y opila, arraigándose tambien calenturas lentas y consumptivas por obstrucciones en el mesenterio. Alguno padeció fluxo de vientre, y las mugeres sufrian menorrhagias ó total suspension de meses. En suma todos los epidemiados aun de las clases leves esperimentan prolongadas molestias durante la convalecencia. Si superado el término agudo, aplacados los síntomas alarmantes y en la ilusoria salida del peligro, acaecia cohibirse imprudentemente la transpiracion, desviarse del régimen apropiado, ó por inevitable resulta del mal se mira al convaleciente taciturno, propenso á acostarse, inerte, desganado y sediento con mareos y ansias de provocar, pasando noches

inquietas y sin quejarse de dolor, desemejado, &c. debe entenderse no se halla vencida la enfermedad, al revez va á reproducirse, y al veinteno dia ocurrirá el vómito oscuro, cursos biliosos y la convulsion que impele á la muerte.

Es sabido, que por impotencia de la naturaleza, magnitud del mal, desorden del enfermo, error en la asistencia &c. las calenturas no se critican perfectamente, ocasionando repeticiones, y cronicismos que acostumbran durar mucho tiempo y minan lentamente la exîstencia, comprobandose la amonestacion del principe de la medicina: *quæ relinquuntur in morbis post judicationem recidivas facere solent.* Aphor. 12. sect. 2. Señales que una serosa acumulacion se estanca pausadamente dentro la cavidad del cráneo despues el desaparecimiento agudo de la fiebre pajiza son, cuando quedan los convalecientes con obtuso dolor de caveza y peso en su interior, notable protuberancia del bulbo de los ojos con dilatacion de pupilas, sed, absoluta inapetencia, tendencia al sueño y frecuentes ancias de vomitar. Tambien las potencias mentales solian estar indispuestas por largo tiempo. Tucydides menciona de algunos convalecientes de la peste que perdieron enteramente la memoria, no acordándose de sus íntimos amigos, de las cosas pasadas y hasta de si mismos. El Dr. Woodhouse se encontró con una muger que se habia olvidado su propio nombre. Leemos de personas que desconocieron hasta el alfabeto: otros se quedaron fatuos temporalmente ó con intelectual desarreglo. Aqui hemos visto escapados de la epidemia con gota serena, mudos, melancólicos, y como engullendo automáticamente en silencio, ó propasándose á acciones no aprobadas en el estado sano.

En los casos apuntados de solapado ó declarado cronicismo, convenia con oportunidad un método curativo adaptado á las circunstancias, con medicinas anti-febriles, estomáticas, amargas y corroborantes, acompañadas con

parco manjar y de fácil digestion, vino secó y añejo, ahuyentando las causas ocasionales. La quina y el vino gozan lugar preferente para debelar la sorda malatia, precaviendo aceciones febriles, procurando aumento de fuerzas y promoviendo el apetito. Igualmente con la intentencion de alijerar amenazante leucoflegmasia, endurecimientos y depósitos dentro las viceras, surtian admirable efecto los ecoprópticos, amaricantes, marciales, las píldoras jabonaceas, la infusion de poligala de Virginia, asociando unturas de pomada mercurial oxîgenada, exercicio á caballo ó sobre ruedas. Asimismo para remover espedita y eficazmente la ictericia, convenian moderadas dosis de calomelanos con ruibarbo. Las aguas minerales jamas surtieron bien, al contrario promovian incorregible diarrea. Cuando la fiebre amarilla degenerava en intermitente ú errarica, cedia gradualmente á la camomila, quina ó serpentaria. En los apuros de no medrar los convalecientes, agarrársele calor hética, sudores colicuativos, despeños oleosos con camino á la consumpcion ó á la formacion de tuberculos, era preciso agregar al uso de la corteza peruana, dieta láctea, zumo de berros, salida á lugares campestres en agradable sociedad, ó desviarse á los montes y climas nortinos. En los arrestos capitales á los remedios internos puede juntarse la aplicacion de cáusticos á la cerviz.

La gente pobre acosada de la necesidad y que escasea de ropa de abrigo, se alimenta mal por la indigencia ó indiscrecion, habita estancias estrechas no ventiladas é inmundas, va al trabajo anticipadamente por la precision, se espone á los rayos fuertes del sol, ó no procura desvanecer las reliquias de la epidemia aguda, incurria mayormente en recaidas, en la ictericia negra y en los mencionados vestigios incurables. Por tanto la dieta principalmente que en el estado febril era de poca monta, por razon que los epidemiados fatigados no toman ni les conviene nutricion formal, componia el renglon mas impor-

tante de la convalecencia, donde la urgencia de reponer las fuerzas combinada con la imperfeccion de los poderes naturales, causava demasiado frecuente muertes postergadas: notándose aqui tambien que el apetito no se rehacia con la prontitud que en otras calenturas esenciales, anticipándose mas bien el gusto por el café, tabaco y licores fermentados. Por cuya consideracion, deberán escoger alimentos simples y gratos al paladar, y los nutritentes de menor volumen; con preferencia las aves tiernas, ternera, pescado blanco, sopas de puchero, peros asados ó compotas, biscochos y vino puro esquisito, nunca merienda ó cena pesada hasta cumplida la cuarentena; concomitente alegria, recreo y continencia. Últimamente á título de medicina profiláctica dieron muchos individuos con la causa procatártica (de preservativa á escitante) invirtiendo su método de vida ordinario, y debilitandose á fuerza de rigorosa dieta, purgantes, aislamiento, falta de egercicio, temor &c.

Asegurados por sus inventores del feliz suceso de ciertos fluidos aeriformes artificialmente sacados, para purificar el aire en parages infestados con andancias de fiebres pútridas, nos servimos en los primeros años de la epidemia de los gases recomendados, sin obtener adelantamiento con su operacion. En tiempo que se reputavan los miasmas contagiosos de naturaleza alkalina ó corruptoria, propusieron *neutralizar su calidad deleterea con ácidos á la par de fijar el principio amoniacal.* Al intento nos servimos del ácido sulfúrico junto con el muriate de sosa para desprender gas muriático, é instruidos del aire vital que contiene el óxîde nativo de manganesa, nos aprovechamos de este descubrimiento, mediante el cual la alabandina se combina con el ácido sulfúrico y produce un sulfate de manganesa, y cediendo parte de su oxîgeno al ácido muriático, lo hace pasar al estado de gas muriático-oxîgenado. En las enfermerias y aposentos ocupados por epidemiados nos valimos del gas nítrico, sacado por la descomposicion

del nitrate de potasa, mediante la intervencion del ácido sulfúrico, el cual por su mayor atraccion con la potasa, se une á ella y despide el gas nítrico en forma de vapor blanco. Tambien el gas sulfuroso separado por la lenta conflagracion del azufre, fué usado para la desinfeccion de viviendas sin gentes y géneros contagiados.

Cambiada posteriormente la teoria de la fiebre amarilla y por deduccion los ingredientes de su descontagio, se persuade aora la abolicion de fumigaciones ácidas y le substituyen sustancias alkalinas, afirmándonos su buen efecto cuando debidamente practicadas. Con la idea de prevenir la infeccion y destruir la exîstente, se nos encarga bañar los pavimentos con legia fuerte de potasa, barrilla ú otras materias térreas y alkalinas, mientras con la misma intencion se *suaviza* ó *neutraliza* el ácido principío. Á falta de las referidas especies le subrogan javon ó cal. Asimismo se aconsejan los riegos y mojaduras, por razon que el agua pura es intimamente miscible con el fluido pestilente que constituye la infeccion. La cal con su poder atractivo préviene la evaporacion del gas pestilencial, siendo notorio que las aguas estancadas y corrompidas se vuelven sanas mezclándolas con cal viva. En confirmacion se sostiene, que desde que el aire de Londres está impregnado con el humo de carbon de tierra, hecho general su consumo á fin de ocurrir á las necesidades de la vida y de la industria, notan sus fisicos, haberse alejado las pestilencias antes bien frecuentes. El aire puro y renovado desvanece el miasma en la proxîmidad de su centro.

Carta del Dr. Mitchill (Medic. Repos. t. 2. p. 229.) « El azoe es la sustancia mas abundante de la animalisacion, asi como el carbon de la vegetacion. Sín embargo que el séptico ácido es tan comun y copioso producto de la putrefaccion, los filósofos por largo tiempo han sostenido, que la alkalecencia en determinada y particular manera caracteriza el putrefactivo proceso, y que el amoniaco era su mas abundante resultado. Despues todo esto no

sorprende que las nociones acerca la *alkalina condicion del contagio* predomine en el espíritu de los hombres. Sus cavezas han sido tan dominadas por esta persuasiva, que las fumigaciones con ácidos de vapores fueron reputadas desde tiempo inmemorial y recientemente por los mayores correctivos y destructores del contagio, opinando, que atacan los átomos infectantes por neutralizarlos ó descomponerlos. Sobre este principio fué, que un varon circunspecto y considerado tal como Guyton Morveau en el año 1773 recomendó á los médicos de Francia y despues al *Comité* de sulud pública, purificar los hospitales y la Catedral de Dijon; pero exâminando sus procedimientos se hallará, que por el removimiento y la purificacion se hubiera conseguido igual provecho sin necesidad de humos ácidos.... Ni menos hallo otra razon mas concluyente en pro de la peculiar ventaja que se ha dicho de la deflagracion del nitro, como lo practicó J. Carmichael Smith en 1780 dentro la carcel y hospital de Winchester. No parecerá á V. que la ventilacion y el riego de los edificios, baños, el paseo fuera la prision, la muda de vestidos, y la esposicion de las amacas al sol, dejaria de ser el mas medicinal y quirurgical auxîlio? que semejantes diligencias bien cumplidas no surtirian mas eficaces que los sahumerios de un poco de sal piedra? Otro tanto sucediera, si en lugar de perfumar con gases ácido-marino ó nitro, lo hubiera practicado con el tabaco de su caja... El Sr. Trotter, fisico de la escuadra del Lord Howe ha presentado una queja formal contra el gas ácido nitroso. Sobre las esperiencias á bordo el navio-hospital la Union, dice, hai engaño desde el principio al fin, y los Sres. Blair y Blane rubrican la nociva propiedad del referido gas en su estado concentrado. Si nuestros exâmenes relativos á este punto son verdaderos, debe seguirse, que las sustancias que padecieron el proceso putrefactivo son un preventivo contra la corrupcion. Este mismo ha sido puntualmente el caso de las indigaciones esperimentales de Alexander:

estando igualmente confirmado, que el agua mas emporcada y ofensiva de los fosos y cenagales posee una facultad de preservar la carne de la putrefaccion, mucho mas tiempo que el agua pura."

Con la ocasion de sahumerios se entona el Médico repuesto segun el sólito desprecio contra los médicos españoles (t. 8. p. 101.) « Para ayuda del ilusorio proyecto de entonces (en la epidemia de Andalucia año de 1800) se emplearon fumigaciones ácidas, y el natural desaparecimiento de la malatia con la venida del frio fué estrañamente atribuido á los perfumes de gases ácidos. Esto era pretender que la atmósfera se hubiese purificado y desinfectado por tales inutiles y peor que inanes fumigaciones. Mas para resguardo de la justa reputacion del Dr. Berthe (médico frances que vino á Cádiz el año de 1800) debe mencionarse que segun parece, él no tenia mucha confianza en los vapores del oxîgenado ácido muriático, pues declara que sus efectos fueron exâgerados, y habló de ellos en términos estraordinarios." Sepa el Dr. Mitchill ya que lo ignora, que á fines del año de 1800, es decir, cuatro años antes que saliera su invectiva, habia impreso ya un español (el autor anónimo de las *Reflexîones sobre la epidemia* de Cádiz) cavalmente discorde de las fumigaciones ácidas, los siguientes reparos estractados de la Memoria de Mr. Lavoisier tocante la naturaleza de los fluidos elásticos aeriformes, sacada á luz el año 1782. « Hasta aqui se ha creido que los productos de la fermentacion pútrida eran mas ó menos alkalecentes, y que en el procedimiento de tal operacion se desprendia alkali volatil.... Estava yo bien lejos de creer, que el aire que se habia obtenido, podiera ser un *ácido*.... Pero la cal y el agua lo absorvieron igualmente.... Por esperiencias exâctas queda establecido, que el aire desprendido de la materia fecal era *aire fixo*, aora se sabe que semejante aire es un *ácido en vapores*... En fin en las *sustancias alkalinas no en los ácidas*, es donde se deben buscar

los preservativos contra el mefitismo." La autoridad del precitado padre de la moderna chimia pneumática es mas respetable de lo que hai menester, para sospechar de los métodos de purificacion propuestos. Fuera deseable saber del Dr. Mitchill, en qué obra ó papel nuestro sobre la epidemia se afirma el error pueril que injusta y gratuitamente nos imputa, ni cuando hemos sido tan limitados y mentecatos de esperar mediante las fumigaciones á puerta cerrada obtener el descontagio de la atmósfera universal? Digánnos por remate los Sres. médicos anglo-americanos, si los franceses é ingleses han encarecido y usado los gases ácidos antes que los españoles, porqué mudando la hipótesis hemos de ser vilipendiados en una discucion todavia indecisa?"

El Dr. Patterson publicó en Londres el año de 1795 los reparos que se le ofrecian contra la opinion que atribuye á la corrupcion de las sustancias vegetales y animales el origen de las epidemias y de la peste. Aduce los ejemplos del cáñamo en maceracion, de las tenerias, (escarnados los pellejos) de personas que al propósito estubieron absorviendo eshalaciones de carnes podridas, y de otros que aguantaron el hedor de cámaras fetidísimas de un cólico y de vómitos asquerosos sin darles fiebre, aparte del suceso de cadáveres insepultos en batallas campales sin producir peste ó contagio febril. El Dr. Rush conceptua que el frio y el agua son suficientes y generales arbitrios para disipar la acumulada infeccion: próvida la naturaleza habiendo criado un soberano preventivo universal contra el fluido pestilente en su mas grande producion el agua.

Por lo espuesto resulta, que no se ha fixado todavia una barrera suficiente á la infeccion, debiendo variar la eleccion de medios segun las circunstancias de la urgencia. Cuando peca la temperatura por las calidades fisicas de humedad como acaece en los campos sembrados de arroz, albañales, pantanos y maceraciones, convienen las cande-

ladas. Al reves donde la intemperie defectua por cálida y seca son oportunos los riegos, colgaduras de lienzos mojados y enramados de yerbas frondosas, tal la juncia y la arena mojada. Pero no es tan asequible corregir el vicio del aire por efluvios deletéreos desconocidos. Solamente por ocurrir á un exceso de oxîgeno en el aire ó por incógnita causa pudo reconocerse util, lo que se cuenta del beneficio de la abertura de cloacas en Londres para sufocar la peste en el reinado de Carlos segundo, y lo que se narra de los efluvios hediondos de gatos y perros muertos espuestos adrede en las calles, á fin de atajar la peste de los sármatas en Scitia, que refiere Alexandro Benedicto; cuyo caso se tiene por apócrifo, no especificándose el tiempo, el médico, ni la fé que debe prestarse á un mercader de Creta que traficava en Taurica, donde lo oyó decir.

Año 1800.	Sevilla..	14.685.
	Cádiz...	10.986.
	Xerez de la Frontera..	10.192.
	Isla de Leon.	5033.
	Puerto de Sta. Maria...	3693.
	Sanlucar de Barrameda.	2303.
	Lebrija.	2100.
	Moron..	1854.
	Utrera..	1689.
	Puerto Real.	1621.
	Chiclana.	1328.
	Rota.	1116.
	Las Cavezas.	994.
	Alcalá de los Gazules..	817.
	Arcos...	631.
	Carraca.	515.
	Coria.	450.
	Espera.	442.
	Los Palacios, y Villafranca.. .	192.
	El Arahal.	180.
	La Carlota.	147.
	Medina-Sidonia...	136.
	Paterna..	86.
	Dos Hermanas.	70.
	Tribujena..	68.
	Bornos.	17.
	Mairena.	9.
	Sara.	5.
	Estepa..	2.
	Villamartin	1.
		61.362.

1801.	Medina-Sidonia...	776.
1803.	Málaga.	5290.
1804.	Málaga.	10.500.
	Antequera.	5000.
	Velez-Málaga.	3240.
	Cádiz..	3200.
	Cartagena..	3010.
	Ecija.	3000.
	Alicante.	2471.
	Montilla.	1242.
	Moron..	1115.
	Xerez...	460.
	Espejo..	420.
	Espera..	385.
	Vera..	200.
	Arcos.	186.
	Paterna.	162.
	Algeciras...	160.
	Ximena.	120.
		34.871.
1810.	Cádiz	2239.
	Cartagena..	4469.
	Canarias.	1500.
		8208.
1813.	Cadiz....	1285.
1819.	Cádiz...	4537.
	Isla de Leon.	2509.
	Puerto de Sra. Maria..	690.
	Xerez...	408.

Sevilla.	217.
	8361.

RESUMEN.

Año 1800.	61.362.
1801.	776.
1803.	5290.
1804.	34.871.
1810.	8208.
1813.	1285.
1819.	8361.
Total. .	120.153.

La brevedad de una Memoria me releva narrar por estenso particulares ocurrencias concernientes á la epidemia de Andalucia. Por lo cual diré en compendio, si bien con involuntario atraso: que el calor del año 1800 fué preternatural, habiendo subido á 28 grados en la escala del thermómetro de Reaumur, acompañado con 42 dias de furioso é incesante Levante, y el restante tiempo de calmas. Se admiró al anochecer del dia 15 de Agosto un meteoro igneo con direccion al Sudowest, que electrizado de una nube espesa y caliginosa difundió un vaho caloroso mas notable en el Puerto de Sta. Maria y en Cádiz. Por entonce la inopinada y tácita aparicion en esta Plaza de una calentura, cuya esplosion progresando cada dia divulgava la alarma de contagio, y convertida en certidumbre por la pluralidad de enfermos y muertes ejecutivas, excitó la vigilancia de la municipalidad. Convocados los facultativos de mayor crédito en la Sala capitular á fines del mes, unos caracterizaron la fiebre de estacional, otros mas cautos opinaron ambiguamente, pero nadie la nombró con el espantoso epiteto de epidemia ó peste, sea por que asi lo sintiese, ó quizá por no parecer terrorista: savedores del prestigio de la imposicion de nombres. El Ayuntamiento con sus diligencias oportunas procurava desvanecer la consternacion, el arte agotava infructuosamente sus recursos, pero muchedumbre de gente sucumbia, y la enfermedad reducida poco antes dentro el barrio de Sta. Maria pronto se espandió por toda la ciudad.

Se atribuyó comunmente la malatia á contagio ultramarino importado por la corbeta anglo-americana el *Delfin*, su capitan Guillermo Jaskal, procedente de la Havana y Charlestown, y anclada en la bahia el 6 de Julio al cavo de 25 dias de navegacion. Durante la travesia se le murieron tres marineros (dicen) con fiebre amarilla. A corto rato supimos brotava la propia calentura en Sevilla, empezando por el barrio de Triana, y sucesivamente se fué manifestando en los pueblos intermedios, no obstante de

prohibirse la entrada á los que llegavan de Cádiz, creyéndose en seguridad por tal providencia vana. Mui avanzado el mal fué cuando la mayoria convino, en que realmente la enfermedad dominante se reducia á la epidemia, de la cual apenas tenia yo superficial noticia. La calentura se declaró hasta en la Carlota (35 leguas de Cádiz en la carrera de Madrid.) Con tan infausto incidente se interrumpió el comercio, la labranza, los estudios, los correos &c. resultando tan general como la influencia el apuro. Ninguno osaba preguntar por persona conocida, temiendo oir ha *muerto* ú está *mui malo.*

Hecha popular la atosigada dolencia y descubriéndose en ella indisputables marcas de peste, á su espansion y malignidad igualava el destrozo y el sobresalto. Familias enteras se atenian al favor de los amigos ó al apoyo del menos débil. Los sanos recelavan por instantes ser envueltos enmedio la ruina de la epidemia: no faltando entre la gente rústica quien despojara la vivienda de muebles y desamparava su mas cercano pariente. Qué de entrañar! cuando alguno que empleava su ciencia y persuasiva á fin de tranquilizar al paciente, usó disimuladamente reservas que desmentian su asercion. Con corto intervalo todas las casas rebozavan de enfermos y en rara no se esperimentó descalabro. En los hospitales escaseavan sirvientes, y el número de médicos minorava por dias abrumados entre fatigas y pesares: contándose aquel año en Cádiz 12 profesores y 28 colegiales fenecidos. Rosas tempranas que marchitó furioso Aquilon! Mui en breve los ordinarios sepulcros fueron depósitos insuficientes á la multitud de transpasados: epidemia y muerte eran sinónimos, todo inspirando terror, compasion y desaliento.

Corro lúgubre velo sobre el desastrado cuadro de aquellos dias aciagos, en que atestiguamos pasos de amargura tan poderosamente impresos, que su recuerdo jamas se borrará de la mente: vertiendo lágrimas estériles, cuando tendiamos la vista sobre la desolacion pública y sobre

muchos mártires de la sociedad, que á riesgo de su exîstencia salvaron la de su prójimo. Ah espectáculo lastimoso! visitar de continuo espectros semivivos, anegados cuerpo camisa y lecho en sangre y vómito negro. Ver á menudo la ira de un frenético junta con su aspecto cadavérico: observar al que poco antes se encontrava imposibilitado de moverse, necesitar despues el esfuerzo de muchos para sugetarlo: mirar en suma retratada de mil formas diferentes la tetra imagen de la muerte. Uno encubierto el rostro de sombria palidez languia sin articular palabra con falsa tranquilidad, mientras otro en el arrebato de la acesion delirava continuamente. Todos en fin con un aire de turbacion y estrañeza que los desfigurava y hacia desconocidos á sus padres, maridos ó ardorosos amantes.

Ya no se escuchava por las calles sino los ecos y lamentos de un moribundo desauciado, los gemidos de una familia destituida, el tono aterrador de un ministro auxîliante, ó llamar á los enterradores para estraer á tres y cuatro los muertos; señalándose casa de vecindad de la cual se sacaron 23 cadáveres durante la temporada. Qué dolor! desaparecer de nuestro lado á centenares los hombres, cuando otro resto trémulo y despavorido buscava con ansia, sollozos y voz entrecortada un confesor ó el médico. Qué desastre! por todos sitios el luto y el llanto, creimos llegara el estremo dia, tan solo señoreava triunfante en abominables carros la parca, estremeciendo á los sanos y enfermos el chirrido de las ruedas. En las grandes poblaciones fué menester al servicio de los carros agregar tiros de calesas y serones, empleando para la inhumacion los presidarios que se encontravan.

Condolido el rei D. Carlos cuarto de nuestra situacion climatérica, con fecha 25 de setiembre por la via de Estado nombró una comision de cinco médicos, de los cuales tres vinieron de Madrid, el cuarto merecí ser, y quinto el inspector de Sevilla, á fin que acorde nos ocupásemos en la direccion médica de sus súbditos. Igualmente

autorizó S. M. á los Ayuntamientos para disponer en beneficio comun de los Propios y arbitrios, permitiéndoles tambien tomar dinero á premio: perdonó á bastantes pueblos varias contribuciones, y prodigó crecidas remesas de quina escogida; á las viudas y huerfanos de militares abonó el íntegro montepio que á los muertos en campaña, y condecoró con cruces de honor á diferentes sugetos beneméritos. Ademas por órden superior se erigió en cada lugar una Junta de Sanidad que atendió al acopio de provisiones, al cuidado de los pobres, á la seguridad de las casas &c. Con la propia intencion de proporcionar curacion á los epidemiados indigentes se prestaron gratis los facultativos repartidos por parroquias, se costearon de limosna los gastos de botica, se distribuyeron de valde clisteres por barrios, librándose á los necesitados diaria racion de carne y dinero: aparte de cuantiosos y secretos socorros franqueados por incógnitos y por medio de suscriciones. Igualmente con el saludable objeto de arredrar sobresaltos, que tribulan á los fuertes y desaniman á los pacientes, se vedó las rogativas, girava de oculto el Viático precedido apenas con interpolados toques de diminuta campanilla. Se suspendió el tañido doble de las campanas, el aparato de entierros, recogiéndose en un depósito comun los cadáveres, para esportarlos de noche á los cementerios rurales estramuros: campos de funestos recuerdos! cuya dolorosa permanencia ofrece una leccion de horror, que transmitida á las generaciones venideras, servirá de infausto monumento de la destructora epidemia.

Ya la festiva Cádiz se reducia á un vasto túmulo, amarillentos flacos y ambulantes esqueletos parecian los convalecientes. Mas esta desventurada ciudad de Alcides (roca siempre firme contra tantas oleadas) no habia apurado bien el cáliz de la amargura, faltavale para complemento la amenaza de una invasion marítima.

Posterior al bombardeo sobre nuestra plaza las noches del 3 y 5 de Julio año de 1797, sufriamos un incesante

bloqueo de tres años por la superioridad de fuerzas de la escuadra inglesa del almirante John Jervis, (Lord S. Vicente) cuando en lo mas encarnizado de la epidemia, dia 4 de Octubre de 1800, de rechazo del Ferrol se presentó á la vista de Cádiz una espedicion naval de las mayores que han salido del Canal de la Mancha, compuesta de 200 velas de transportes al mando del Lord Keit con 20.000 hombres de desembarco á las órdenes de Sir Raph Albercombrie. La inesperada intimacion anglicana de entregarles nuestros navios de guerra anclados en la rada, y en contravencion esponernos á la quema del arsenal de la Carraca, precisó á nuestro gobernador D. Tomas de Morla mandar bajasen del ínterior á las costas varios regimientos de infanteria y caballeria de refuerzo. Consistiese el malvado pensamiento de los desendientes de Albion valerse de nuestro desamparo para repetir los escandalos y profanaciones del segundo año del siglo pasado, cuando al retirarse del frustrado sitio de Cádiz cubrieron el Emporio de negruras; ó con semejante estratagema tubiesen los britanos el torcido designio de amagar un desembarco confiados en atraer nuevas victimas bajo la inexôrable cuchilla de la epidemia; protegidos por las tinieblas de la noche 6 de Octubre, se reconoció por los rastros que dejaron, intentaron un desembarco en el playazo de Rota. (á tres leguas de Cádiz) No poseo el encanto del estilo, menos las flores mágicas de la retórica para espresar debidamente la conmocion de aquella época, y reclamar el ultrajado derecho de gentes. Valientes compatriotas! á quienes se os previno por bando estar alerta al primer retoque de la generala ó arrebato de campanas, hallándose entre nosotros pocas personas con fuerzas, decid la impaciencia de vuestros pechos castellanos en tan apurada coyuntura? Callaré el conflicto universal que en la subsiguiente noche del 8 de Octubre se suscitó con el acidental incendio de la confiteria de la calle de la Bendicion de Dios, para apartarme ya de pateticas figuras, capaces de reputarse ponderaciones de mi fan-

tasia exâltada, ó entusiasmo angustiado de un misantropo: añadiendo únicamente, que entre el estrépito de los sagrados bronces aquella noche, el destemple de tambores y el tropel de paisanos y soldados sobrecogidos por el pavor de un asalto, se agravaron notoriamente los enfermos, y empeoraron los convalecientes por causa tambien del nocturno relente.

Al fin vueltos los dias serenos y restituidas á su bien estar las deliciosas llanuras de Andalucia, despues siete meses de circunvalacion, nos vimos libres del duro cerco que interceptava la correspondencia maritima y terrestre. El que en adelante fué *imperio frances* envió á Cádiz tres médicos de Montpeller Juan Nicolas Berthe, Pedro Lafrié y Victor Brissonet, quienes por mandato espreso y circular de nuestra corte fueron acogidos con el honor y agasajo debido á sus personas y á la *cara naciou aliada* que los habia destinado. Dichos Sres. se convencieron de la cesacion de la epidemia y de nuestro acertado procedimiento tocante el descontagio. En seguida del comun regocijo recobraron su actividad la labor, la industria, el tráfico, &c., retornando á sus domicilios los que se refugiaron al campo, á tiempo que las autoridades y muchos sugetos acaudalados concurrian con sus beneficencias á subsanar los atrasos eslabonados por las paradas y la epidemia: habiéndose dedicado antes de todo los primeros momentos de nuestra recuperada sanidad en tributar pública y religiosa demostracion de gracias al Supremo Rector del universo en las respectivas Catedrales.

Con recelo pasamos el año siguiente 1801, temerosos no se reprodugera la epidemia. El grado mayor de calor por Agosto equilibró algunos dias al del verano anterior, si bien los vientos generales corrieron de Poniente. Por otoño se divulgaron voces circunspectas de sufrir en Cádiz el *vómito* la nueva guarnicion del regimiento de Zaragoza. En Sevilla estuvo la declaracion en litigio. Pero donde la vuelta de la canícula hizo retoñar el fomes de la

epidemia fué en Medina-Sidonia, habiendo principiado por la calle de tintoreros. Al socorro médico de esta ciudad fuimos enviados por la superioridad D. Juan Manuel de Aréjula, D. Manuel Padilla é yo, mientras á beneficio de la práctica que teniamos ya del mal y del noble auxîlio que prestó el Cabildo y aquellos profesores, se debió el logro apetecido de su curacion.

El año 1803 se padeció la epidemia en Málaga importada (como se susurró) por la urca el *Jóven Nicolas* en cuarentena. El dia 28 de Agosto se sintió allí temblor de tierra. Durante la epidemia que comenzó por el barrio del Perché, murieron 20 facultativos y 9 practicantes. Se esperimentó mui mala la embestida de la enfermedad, en prueba que de una partida del regimiento de Zeuta de 14 individuos incluso el oficial, ni siquiera uno se libró con vida.

El año 1804 renació furiosamente en Málaga la fiebre amarilla, á donde acudió el Dr. D. Juan Manuel de Aréjula como en el anterior por mandato del gobierno. Igualmente la Junta suprema de Sanidad del reino honró de nuevo mi insuficiencia destinándome á Velez Málaga. La epidemia ocasionó allí bastante estrago por el entorpecimiento inseparable en semejantes situaciones. Creeria mortificar la delicadeza del consistorio de Velez si pregonase los importantes servicios que prodigó á sus conciudadanos y á los lugares de su jurisdiccion, participando yo de sus dádivas con una corta pension anual que la clemencia del Rei padre tubo á bien señalarme espontaneamente sobre aquellos fondos de Propios.

Por Setiembre y Octubre del año 1810 unicamente sufrieron la epidemia en Cádiz las familias que del interior del reino se refugiaron á esta Plaza, alejándose de la invasion de los franceses, y por el mayor número los vecinos de la Villa de Madrid. No pudo culparse esta vez el destemple de la estacion, determinado viento, ningun meteoro, ni la miseria pública, penuria de vituallas ó equi-

valente impensado acidente; por que aquel verano fué de los mas frescos y amenos, en la costa de enfrente subyugada por las bayonetas enemigas no ocurrió dolencia singular, los muertos no pasavan de 2 á 4 diarios; el trigo y las arinas nunca estuvieron mejor acondicionadas, las carnes gordas y baratas, los géneros coloniales de boca en ninguna época mas acomodados, la policia general y doméstica no hai memoria de mas exâcta. La diputacion de Sanidad habia amonestado ya con apremios á los vigilantes encargados de las embarcaciones sospechosas. El Ayuntamiento rezeloso tambien habia exôrtado en valde á los forasteros se trasladasen á otra de nuestras provincias libres: en tanto con el dinero de donativos y retornos de América se ocupavan los artesanos y los industriosos. Solamente la novedad consistió en el aumento de gente, computandose cerca un tercio mas de inquilinos amontonados en las casas de Cádiz: causa suficiente para excitar la fiebre amarilla, cuando ni aun se permitia salir fuera la puerta de Tierra, único desahogo de ensanche. Se cundió la voz de algunos marineros prófugos de buques nacionales y anglo-americanos en cuarentena.

El año 1813 reducido á mas angosto espacio nuestro encierro por el bombeo de los franceses, cuyas granadas á poco alcanzarán por todo el recinto, y recargada con exôrbitancia la capacidad de los edificios con el refugio del Supremo Gobierno de las Españas, Consejos, Grandeza, Secretarias, Ministros &c. aparte del Soberano Congreso de Cortes Generales y Estraordinarias: se resintió necesariamente la epidemia, sin que la influencia se estendiese á los gaditanos, ni á los pueblos libres costaneros que mañosamente nos proveian diariamente por mar de hortalizas, frutas, vinos, ganado &c. Se advirtió que varios forasteros que no padecieron la epidemia el año 1810, la toleraron ahora. Tambien corrió la rutinera cantinela de contagio, con relacion al navio Miño que acabava de rendir su viage con caudales de Nueva-España.

Legítimas causas produgeron la postrer epidemia el año 1819. Un estio de fuertes y continuados calores con mucho Levante, y la reunion de cerca 20.000 hombres de egército para la grande espedicion de ultramar, en concurrencia de cuantiosos transportes estrangeros fletados en Francia, á mas de los nacionales y correspondientes buques de guerra, debia forzosamente engendrar la epidemia; no faltando quien la imputase á la llegada del navio de la marina nacional el Asia procedente de Veracruz, (que se remitió al Lazareto de Mahon) ó al contemporaneo arrivo del navio de igual clase S. Julian venido de Calcuta. Ella se declaró primeramente en la Isla de Leon en el barrio del Cristo, consiguiente al mayor alojamiento de tropa y depósito de gente de todas armas. Á corto intervalo se advirtió la fiebre en Cádiz y en los pueblos que tenian repartimiento de soldados y paisanos no aclimatados, á pesar del rigoroso acordonamiento por mar y tierra. El curso del mal no varió del sólito, y unicamente hubo feliz alteracion en los rasgos de munificencia, por que Cádiz liberalmente habia socorrido á la ciudad de S. Fernando (Isla de Leon) y Madrid heróica auxîlió á todos los distritos con la epidemia, asi como á las victimas del 10 de Marzo; encavezándose en la suscricion de la nacion y de la metrópoli nuestro augusto Monarca el Sr. D. Fernando séptimo, aparte de varias franquicias concedidas temporalmente por S. M. Gloria eterna á los hijos del Manzanares y á todos los españoles! por la gratitud con que recompensaron á la Patria y al fraternal hospedage que antes recibieron de los gaditanos.

Durante el espacio intercalar de la epidemia, se han dado á la prensa en Cádiz varios tratados y disertaciones acerca la materia, por nuestros doctos médicos Aréjula, Flores, Ameller, Gonzalez, Castro, Terreros y otros facultativos que fuera molestoso nombrar con separacion.

Últimamente faltaria al mas justo de mis designios, si al concluir este opúsculo, no robara al olvido la congratulacion que cabe al Ibero suelo invicto, por no contarse uno entre tantos

millares de epidemiados, al cual(segun permitian las estrecheses de tan amarga tribulacion) se le escasearan subsidios de la mas acendrada misericordia. O vosotras! á quienes la mortal guadaña con haberos arrancado los pedazos mas queridos del alma, os destina desamparadas á un perpetuo duelo, recibid pésames por pérdidas tan irreparables. Dignos eclesiasticos y virtuosos ciudadanos! que por todos medios contribuisteis al alivio de mendigos dolientes y moribundos, permita el cielo que vuestro magnanimo ejemplo grabado en nuestros corazones excite imitadores, si á despecho del tiempo, dias de nuevo luto llegan á repetirse; mientras si la poca energia de mis acentos igualará los tiernos afectos de reconocimiento que nos inspira vuestra bondad y patriotismo, me esforzaria en vociferar el encomio debido á vuestras finezas y desprendimiento. Supremo gobierno y Juntas de Sanidad! de cuyo fervoroso y mutuo esmero reconoce la causa pública gran parte de su restauracion, seaos grata la propia humanidad enferma que habeis salvado: en tanto que un ínfimo gaditano sensible é interesado en el bien de sus semejantes, os rinde á nombre de sus hermanos débiles espresiones de agradecimiento. Ilustres y bienaventurados manes de mis amados concólegas, seaos la tierra leve! interin vuestra inmarcesible memoria acreedora de esculpirse en bronce ó entallada en mármoles para dechado de la posteridad, debiera consagrarse á la celebridad como en la última peste de Marsella la de sus tres primeros fisicos el año 1720, o cuando menos cincelarse vuestra fama ínclita sobre las frias losas de la tumba do yaceis. Y por remate, médicos vivientes, que segun esclamacion de un docto panegirista sagrado (el Sr. Canónigo Cos, Serm. de accion de grac. en la epid. de Cádiz año 1800) *renunciasteis todo género de emulacion, y sacrificasteis generosamente vuestro interes personal á la salud general de los conciudadanos*, igualándoos con aquellos profesores peritísimos, á los cuales por testimonio de Sydenham en otra símil peste, sobró espíritu y constancia pa-

ra arrostrar con perplegidad todos los peligros de la muerte: yo ansio por ver mejorada la suerte de nuestro noble instituto, y restituida la veneracion eclipsada á la divina arte Apolinea. Diré sin prostituir elogios ni transgredir los límites de un apostrófe, que actuasteis con decoro los primeros papeles en las dolorosas escenas que han ocurido; vuestras manos bienhechoras haciendo gemelos los oficios de la mas acrisolada caridad con los remedios de aquella sublime facultad, de la que á menudo pende la salvacion de los imperios.

Sapientis siquidem est, veritatem indagare, et inventam toto nixû tueri, propiaque impugnare, si vera non sint... L. Botalli p. 114.

FIN.

ERRATA.

P. 42. lín. 2. dice el principio de la peste. *Léase*, el principio *vaporoso* de la peste.